DESDE las MONTAÑAS de COLOMBIA

MALCOLM MENZIES

INTRODUCCIÓN A ESTA EDICIÓN

Hemos reproducido este libro, conscientes como somos de que constituye un documento valiosísimo para la reconstrucción de la historia colombiana del siglo XX y que aporta importantes elementos al origen del actual conflicto social y armado que vivimos.

De su autor poco se conoce, salvo que fue testigo de excepción de los hechos que narra, y que reunió éstos es la primera (y única hasta donde sabemos) edición de este libro, hecha bajo el Editorial Mabillón de París en 1999. El autor visitaría la zona de distensión durante el proceso de conversaciones de paz del gobierno Pastrana, regalando algunos ejemplares a los participantes de las mesas y comisiones temáticas.

En nuestro camino pudimos recuperar una de esas ediciones, bastante trajinada y a la que le faltaban algunos apartes. A pesar de esto, hemos querido reproducirla, conscientes de la actualidad y el valor que ella misma reviste. Por los vacíos de esta edición (derivados de la circunstancia mencionada) solo habremos de responder nosotros, no el autor.

Los editores.

ÍNDICE

07 LA CAPITAL

15 EL DAVIS

73 VILLARRICA

123 MARQUETALIA

171 RIOCHIQUITO

LA CAPITAL

Aquella tarde fatídica, un asesino abaleó a Jorge Eliécer Gaitán, el Caudillo[1] en una calle de la capital.

El Poeta, llorando al Caudillo[1], escribió estas líneas:

Tres golpes de sangre tuvo
el capitán de los hombres.
Lo mataron por la espalda
con tres descargas de bronce.

El Poeta son todos los poetas, presente y pasado de este triste y noble país. Habla por el pueblo que nunca tuvo su propia voz. A veces escribe poesía delicada; algunas veces sus versos son aquellos sentimentales, de un rimador provinciano, o aquellos indignados, de un panfletario.

Esa tarde de abril de 1948 empezó a llover, una lluvia fría que se convertía en llovizna persistente. Las calles, los edificios, pronto se hallaron desolados, húmedos; las montañas, detrás de la ciudad, se ocultaron bajo las nubes.

La muchedumbre ultrajada linchó al asesino. La noticia de la muerte del Caudillo se difundió rápidamente.

Desde los barrios de miseria, desde las casonas y ramadas, desde los callejones de barro, millares de hombres y mujeres convergían al punto donde lo habían matado, para vengarlo. Dos veces esa tarde, en tumulto, marcharon hacia el Palacio Presidencial, porque creían que eran los propios detentores del poder quienes lo habían matado. Pero fueron rechazados

---

1. Jorge Eliécer Gaitán Avala (1898-1948). Líder del Partido Liberal de Colombia.

por los guardias del palacio. ¿Adónde irían? ¿Qué iban a hacer?

Estos eran momentos en que su destino se definía en la balanza. Su pena, su sensación de ultraje, hubieran podido ser transformados en una genuina revuelta social; pero ellos no pensaron derrocar al gobierno ni asumir el poder. Fuera de que nadie, ni grupo político ni partido político con suficiente influencia, surgió para guiarlos y representarlos. Esta falta de propósito definido, produjo consecuencias catastróficas.

La revuelta estalló; insurrección sin plan ni objetivo. Fueron lastimosamente abandonados a su propia conducta y se fueron disgregando más y más. En manos de la frustración, se convirtieron en un populacho lanzado a destruir los símbolos palpables del poder y de los privilegios, de los cuales siempre habían sido excluidos.

Si el Caudillo hubiera vivido, ¿qué habría hecho? ¿Qué habría llegado a ser? Era el líder de uno de los dos grandes partidos políticos del país. El Presidente y el partido opuesto le temían. Él había cultivado relaciones estrechas con la gente común y corriente: obreros, campesinos y demás gente de condición humilde.

¿Habría logrado él construir la sociedad justa que les había prometido, si lo hubieran llevado al poder? ¿O era un demagogo más detrás de cuya brillante elocuencia se ocultaba sólo un agitador político intoxicado por la evidencia de su origen popular y la atracción personal que ejercía? Las conjeturas le son indiferentes a la muerte. Para el pueblo, él había encamado una gran esperanza, y habían acabado con él.

En la capital, los amotinados habían volcado autos y buses, destrozado tranvías, arrancado rieles.

Únicamente mediante la destrucción violenta fueron capaces de expresar su inmensa desesperación. A medida que el día seguía su curso, desenfrenados arrasaron edificios públicos, ministerios, sedes de periódicos, bancos, universidades. Así, manuscritos preciosos en los que se relataban los orígenes del país, su historia, se perdieron para siempre. Profanaron la gloriosa catedral y las iglesias. La policía municipal, cuando no permaneció impasible, se unió a los insurrectos. Columnas de humo negro se alzaron en el centro de la ciudad, por entre el aire húmedo, sin que el menor soplo de viento llegara para desvanecerlas.

Hacía cien años que los dos partidos políticos tradicionales,

el Conservador y el Liberal, se disputaban el mando de la nación.

El pueblo había sido excluido del poder y no había sacado provecho de él. Al amparo de su desgracia, desprovisto de identidad y de vocería política, el pueblo se aferraba a uno u otro partido con encarnizada pero insensata lealtad. Los partidarios de uno rechazaban a los del partido rival, y murieron por sus propios partidos en una docena de guerras civiles. Dicha lealtad ciega era transmitida de padres a hijos. Fuera de esto no había nada. El espíritu partidista y la intransigencia eran las únicas fuerzas motoras del mundo de inercia social, de diferencias injustas bajo las cuales vivía el pueblo con aquellos que lo gobernaban.

La oscuridad había caído sobre la capital. La furia destructiva del populacho se había desaforado; mataba, destrozaba, quemaba. Las llamas daban a las calles un aspecto fantástico, parpadeante, donde resonaban gritos desesperados, y el aire hedía a madera ardiendo.

El populacho había abierto las rejas de las cárceles y liberado los presos. Saciados de destrucción comenzó el saqueo. Querían comida y en particular, licores; no se interesaban por cosas costosas ni por objetos preciosos. Bebieron abundantemente, lloraron, se abrazaron, y mataron. Lloraron a causa de los actos de violencia cometidos, que no comprendían, y por el Caudillo, cuya muerte tal vez los había arrancado de un destino triunfal.

Era una época de malestar social. Mariano Ospina Pérez era el Presidente conservador del país. Para su elección había aprovechado la división del Partido Liberal. Sin embargo, el Partido Conservador era minoría en el Senado y en la Cámara de Representantes. Los liberales impugnaban el argumento según el cual los conservadores podían legalmente gobernar al país y confiaban en el Caudillo para obtener de nuevo la presidencia, o sea la más alta posición del poder.

La mayoría del pueblo era hostil al gobierno conservador. El Presidente temía un levantamiento popular; había suprimido las organizaciones obreras, prohibido las manifestaciones políticas, y comenzó a unificar las fuerzas del orden al servicio de su partido. A todo lo largo y ancho del país surgieron focos de violencia y de desorden partidista. Nada podía reconciliar un partido determinado a mantenerse en el poder, costara lo

que costara, con un partido temeroso de no reconquistar el mando. Pero esta noche de destrucción frenética en la capital, tanto las oligarquías como los políticos de ambos partidos temblaban ante el populacho que vagaba por sus calles.

El Caudillo había desafiado la vigencia de los políticos y su autosuficiencia; la supremacía de las oligarquías basada en la riqueza y en los privilegios. Le había dicho al pueblo que él colocaría a éste por encima de aquellos. También había dicho que juntos construirían una sociedad en la cual el derecho y dignidad del más humilde de los hombres serían respetados. Él había amenazado la legitimidad del orden social existente.

Él había muerto ahora y el pueblo estaba desesperado. Fue esa desesperación la que lo incitó a destruir, no sólo los símbolos visibles de lo que lo había tiranizado, sino a sí mismo, su propio, amargo y permanente destino. Pero esta noche de agitación, y el día y la noche siguientes, no proporcionaron al pueblo el consuelo ni la justicia esperados.

Cuando la revuelta al fin terminó y los soldados impusieron el orden en la capital, gran parte de ésta había sido reducida a ruinas y desolación. Había cuerpos de muertos yacentes en los parques y en las calles. El aire era pesado y quieto, el humo se levantaba suavemente del rescoldo de los escombros, indicando el fin del primer acto de un drama monstruoso, presagio de terribles acontecimientos por venir.

Había habido alzamientos en otras ciudades y poblaciones del país. Se dio una ruptura entre la nación, su gobierno y el pueblo. El pueblo no volvería a vivir en paz. Vendrían ahora violencia, derramamiento de sangre, contiendas políticas.

La violencia que había sido desatada por la muerte del Caudillo se extendió a través de varias regiones del país, adoptando diferentes formas y estilos. Era un perro loco, vagando por el campo ladrando a la luna, arañando innumerables puertas humildes. Se propagó como un contagio fatal que atacó la mente de los hombres. Era convertirse en la misma muerte, indiferente a quien huyera o se le opusiera.

Una noche sin luna y sin estrellas, llegó a aquel departamento llamado Tolima.

El Tolima es una región montañosa del sur del país. He aquí cómo el Poeta, que ama el Tolima, la describe:

Digiérase que el Tolima fue modelado de un manotazo por un gigante descomunal.

Dos cadenas de montañas accidentadas, dirigiéndose de sur a norte, la Central y la Oriental, pertenecientes a la cordillera de Los Andes, bordean la ancha, alta, llanura del Tolima. Van a juntarse en las cumbres volcánicas de la Sierra Nevada del Huila, a más de cinco mil metros de altura sobre el nivel del mar. Aquí, en regiones de difícil acceso, tienen su límite tres departamentos del país, que se encuentran: el Tolima, el Cauca y el Huila.

Aquí también, en una remota y escarpada altura, nace el Río Grande de La Magdalena, nombre dado por los conquistadores españoles que contemplaron por primera vez su esplendor. Hoy es el Magdalena, pero en nuestro relato lo llamaremos río Grande. Se precipita con violencia y vertiginosa potencia, salvando rocas a través de angostas gargantas, por entre selva enmarañada sin caminos. Sus aguas braman como truenos, arrastran y se llevan todo. Es un dios de la naturaleza. Un centenar de otros ríos con sus afluentes se vierten en él antes de que llegue a la llanura, tranquilo y ensanchado, con su furia juvenil convertida en majestuoso poder. Ahora empieza su largo viaje señorial hacia donde, en la época de nuestro relato, todavía los caimanes dormitaban en las orillas, las mismas que bordeaban los buques de rueda, antes de llegar al mar.

Sale una carretera de la capital del país, por la Cordillera Oriental, pasando por Girardot, puerto sobre el río Grande, hasta Ibagué, capital del Tolima. Esta vía parte en dos el departamento. La llanura del Tolima se ubica en el sur de éste.

Aquí crece tabaco y mayormente algodón. Cuando está florecido semeja una alfombra de nieve, como si el clima hubiese hecho una broma a la misma naturaleza. Hay pasto para ganado, punteado irregularmente con arbustos espinosos, deshojados, torcidos; pero no es el Tolima una importante región ganadera. En cada punto del horizonte las montañas son un oleaje azul-negro, inmóvil, hacia el cielo. En sus laderas crece el café, por el cual es reputado el departamento.

Al oeste se extiende un valle, entre las montañas, en lo que antaño fueron tierras indígenas. Aquí moraban los indios coyaimas, natagaimas, pijaos. Los pijaos eran crueles y feroces guerreros. Aquí está situada Coyaima, una municipalidad cuya

ciudad fue un centro distinguido de la antigua ruta a lo largo de la cual emigraban los indios desde el norte. Ellos trocaban metales y piedras preciosas, productos de artesanía, cereales, plumas de aves raras de vistosos colores, en sus mercados. Sus descendientes viven aquí, pero la tierra ya no les pertenece.

Más allá de Coyaima, donde se estrecha el valle, está Chaparral, centro administrativo de la región. Vastas heredades de sus alrededores pertenecen a ricos latifundistas, destacándose las familias Castilla, Alvida, Peralta. En estas propiedades donde se cultiva el café los habitantes son arrendatarios, aparceros o jornaleros rasos. En las estribaciones de la montaña se encontraban parcelas pequeñas de tierra, cultivadas por colonos que las habían arrancado a los latifundistas, cuando no a la naturaleza. Los campesinos pobres habían fundado ligas campesinas y asociaciones para defenderse de la arbitrariedad de los terratenientes, mejorar las condiciones de trabajo y unirse en una lucha común para obtener tierra.

Los indios viven en las montañas, en los pocos resguardos subsistentes, o en las comunidades a las que fueron trasladados.

Un vetusto camino de herradura conduce de Chaparral a la población de El Limón, y desde allí a Rioblanco, pequeño municipio solitario.

En esta comarca los caminos y trochas son escasos e intransitables, razón por la cual se anda a pie o a caballo y los viajes de un punto a otro pueden durar muchos días. Así, se requieren tres días para trasladarse de Rioblanco a Herrera, a más de salvar ríos selváticos y torrentosos. Herrera es una aglomeración de casuchas del cañón del río Saldaña.

Más adelante sólo hay montañas y más montañas, crestas grises, barrancos, selvas, ríos infranqueables. En otras partes, la desolación hostil de la naturaleza, por doquier la soledad y el silencio. Arriba del límite forestal se halla el páramo, pradera encharcada, aguas estancadas donde poca cosa crece. Encima del páramo se encuentran cenizas volcánicas, los escarpados picos nevados cubiertos de seguido por las nubes, donde el cóndor circunda el cielo infinito, con sus enormes alas desplegadas al viento. Como el río Grande, también el cóndor es un rey de la naturaleza.

Aquí pues, se libró la larga, cruel y sangrienta guerra a la que se refiere nuestro relato. Los campesinos que recibieron sus

embates la llamaron unas veces guerra y otras veces violencia; se desarrollaba por períodos que si a veces desaparecían, era para volver.

¿Acaso una verdadera guerra podía ocurrir en una tan remota y limitada región? Atenas no distaba sino quince leguas de Tebas y cuarenta de Esparta. Para el antiguo griego la guerra entre estas ciudades concernía al mundo entero. Si la muerte de un hombre tenía que ver con todos los hombres, entonces el campesino que sufrió y luchó en la poco conocida guerra de esas montañas remotas puede tener derecho a la misma convicción.

EL DAVIS

Cuando las noticias de la muerte del Caudillo llegaron al Tolima los liberales se apoderaron del control de la capital, Ibagué, y de otras ciudades; pero rápidamente los soldados los desalojaron e impusieron el orden. Esto ocurrió en Chaparral. La mayoría de los campesinos del sur del Tolima era liberal, partidaria del Caudillo, lo que le acarreó la desgracia que siguió.

Los motivos del asesinato del Caudillo jamás serán aclarados.

El Presidente, quien necesitaba inventar un culpable, dijo que era el Partido[2] y por ende sus militantes -los camaradas- quienes eran responsables de la muerte del Caudillo, y rompió las relaciones diplomáticas del país con la Rusia Soviética, la Grande y Fraternal República. Las autoridades comenzaron a acorralar y encarcelar a los líderes y militantes de la capital y otras ciudades. Hubo alboroto y creció la tensión en todo el país.

Políticos liberales se juntaron con conservadores para constituir un gobierno de Unión Nacional, para demostrar que estaban unidos en el deseo de restaurar el orden. Ambos partidos políticos están ligados en las formas tradicionales de la vida política. Pero esta reconciliación fue superficial y breve. Uno de los partidos le temía a un desafío popular que se había iniciado contra su autoridad aquella tarde de abril; el otro pensaba que los efectos de aquel desafío podrían restituirle el poder. No buscaron la manera pacífica de reconciliar al pueblo.

---

2. Partido Comunista de Colombia.

El bienestar del pueblo era menos importante que la lucha de los intereses partidistas, la contienda por el poder político. Con impúdica arrogancia invitaron a sus seguidores a sostenerlos y defenderlos y enardecían pasiones y animosidad secular.

El Presidente estaba dispuesto a defender y perpetuar el predominio de su partido en la presidencia, pero sabía que le era imposible conseguirlo por intermedio de la Constitución. Los liberales habían ganado las últimas, recientes, elecciones para Senado, Cámara de Representantes y Asambleas Departamentales, y no le reconocían el derecho a gobernar el país. El Presidente estaba convencido de que los liberales fomentaban una subversión. ¿Acaso sus jefes no trataban de desprestigiar al gobierno en todos los sentidos?

Para combatirlos comenzó a garantizar para su partido un virtual monopolio de cargos públicos, de comandos provisionales, del poder local. Su partido se proponía imponer su voluntad por medio de las autoridades regionales y de la policía que comandaban. Sólo se estaba haciendo lo mismo que el partido liberal había hecho antes. Durante sus largos años en el poder, el Partido Liberal había construido una fuerza de policía nacional favorable a sus propios intereses. Ahora, los conservadores comenzaron a sacar de allí a los liberales y a crear la suya propia.

El Partido Liberal se dio cuenta de esa estrategia, pero no podía impedir su acción. Hizo un llamamiento para protestar y para la resistencia civil a través del país. Políticos de ambos partidos, con sus periódicos afines, se deleitaban con una clamorosa retórica sectaria para atacar a sus opositores mediante calumnias o libelos, prefiriendo enredar al Estado, en vez de repartirse el poder o renunciar a éste.

En mayo de 1950 el Partido Liberal se retiró del gobierno de Unión Nacional.

Tales actos y declaraciones de desacato, arrojados sin escrúpulo sobre un terreno de intolerancia y de lealtad congénita, introdujo el desastre en el país y colocó a conservadores y liberales frente a frente. La violencia partidista aumentó. El orden, la nación, la ley, empezaron a desintegrarse. El pueblo comprendía, pero confusamente, hasta qué extremos estaba siendo conducido, y que la violencia era quizá el último recurso posible contra el abandono, frente a un futuro que parecía no ofrecerle nada.

En algunos departamentos del país estalló una violencia incontrolable; había matanzas sectarias y en algunos sectores conservadores la policía y los vigilantes conservadores empezaron a perseguir a los liberales.

En el Tolima también hubo focos de violencia y desorden. Un oficial del ejército fue nombrado gobernador. Pero la policía, la municipal y la rural, mantenía aún el control; conocía a los campesinos bien y no los provocaba.

La minoría conservadora del Tolima no había sufrido persecución de importancia durante los pasados veinte años, después del regreso de los liberales al poder. Los liberales conservaban la supremacía política en el Tolima y estaban convencidos de que ellos controlaban todavía su destino. La violencia que apareció en otras partes, en esos contornos era mantenida a raya. Sin embargo, las declaraciones de sus líderes nacionales los invitaban a ver en los conservadores no a opositores políticos sino a enemigos. Debido a la sublevación liberal en el Tolima en el momento de la muerte del Caudillo, el Presidente y el gobierno ya no confiaban en la lealtad del departamento. Una vez retirados los líderes políticos liberales del gabinete del gobierno de Unión Nacional, ya no podían refutar las acusaciones de los conservadores contra ellos, de traición e intriga, y el control liberal de la política departamental en el país comenzó a corroerse.

Pasaban las estaciones, el sol aparecía después de la lluvia; se cosechaban los granos del café. En el Tolima las estaciones se distinguían por la lluvia y no por importantes cambios de temperatura.

La policía departamental y municipal del Tolima fue incorporada a la policía nacional.

En junio de 1950 los liberales obtuvieron la mayoría en las elecciones municipales y departamentales del país y en las elecciones para la Cámara de Representantes.

Convencido de que su partido no vencería en las elecciones presidenciales por mayoría de votos, el Directorio Nacional del Partido Conservador desató una brutal represión contra sus adversarios, so pretexto de restaurar la paz en el país. Y con eso esperaba poder estar en condiciones de mantener el mando.

Ahora llegó al sur del Tolima una fuerza de policía nacional, sometida al querer de las autoridades conservadoras que se habían instalado allí rápidamente. Chaparral era una de las dos

ciudades que había mantenido alcalde liberal.

Esta fuerza fue reclutada entre campesinos ignaros de baluartes conservadores del departamento de Boyacá; la población liberal del país, que iba a atemorizar, la llamaba la chulavita que era el nombre de uno de esos lugares. Unas veces la llamaba policía y otras veces chulavita.

Hombres oscuros, de salvajes impulsos, se presentaron con flamantes uniformes nuevos. Llegaron a Chaparral, a Rioblanco y a El Limón, y aquí convirtieron la iglesia en sus propios cuarteles. Los chulavitas habían sido adiestrados para perseguir a la población liberal, de manera que fueron voces para el candidato conservador de las elecciones presidenciales que se avecinaban. Guiados por vigilantes conservadores, enviaron misiones brutales a apartadas aldeas, aglomeraciones y fincas de las montañas. Llevaban consigo robo, incendio y muerte.

Los sencillos campesinos no entendieron de inmediato el significado del desastre que se cernía sobre ellos. La violencia fue dirigida contra ellos por aquellos que representaban lo que era justo y legal, bajo el pretexto de que ellos eran criminales, enemigos del gobierno legítimo.

No opusieron resistencia a los chulavitas sino que se aferraron a la ilusión de que la ley iba a castigar a los agresores, creyendo que los políticos podían todavía restaurar el orden.

Pero ahora ninguna ley ni contrato disponían de fuerza basada en el orden establecido. ¿Por qué hombres violentos, con licencia casi dada sin restricción, debían inquietarse por temor a castigos? Las autoridades justificaban sus actos.

Los primeros campesinos que trataron ellos mismos de protegerse contra la represión eran campesinos liberales de las regiones de Rioblanco y Herrera.

En esta región abrupta y de configuración accidentada, aquellos campesinos que no vivían ni trabajaban en las haciendas de los ricos terratenientes, vivían en caseríos, cuando no en fincas o ranchos en remotas veredas, o en el más completo aislamiento. Las montañas y la soledad los cercaban y modelaban su carácter que, al no poder desarrollarse dentro de relaciones de vida social más normales, tendía a manifestarse en la vida física y las sensaciones. Los medios de comunicación eran pocos. Una ida al mercado más cercano, en general varios días de viaje desde sus casas, era el único contacto de los campesinos con el mundo exterior.

Casi todos vivían dentro de una gran pobreza, una pobreza transmitida por sus padres, ellos mismos pertenecientes a generaciones de pobreza. La mayor parte de ellos eran analfabetas. El orden social no les daba nada, ni medicina, ni escuela, ni justicia. Vivían en el aislamiento, indefensos y expuestos a todo. En general la presencia física del Estado no se sentía en las regiones donde vivían ellos.

Pese a la dureza de la vida de los campesinos, amaban la tierra, sus pocos animales, sembrar, plantar, cosechar el maíz, fríjoles o granos de café, los cuales les permitían sobrevivir. Para quienes no poseían tierra, soñar con adquirirla constituía una obsesión, porque campesino sin tierra en realidad era una criatura desgraciada.

La soledad los ataba estrechamente a sus parientes, a su partido político y a la humilde comunidad donde vivían. Sus costumbres, sus principios morales, creencias y convicciones, fundamentos de sus tradiciones, dependían de cada credo y se mantenían constantes porque las circunstancias de sus vidas rara vez cambiaban.

Esta existencia pasiva y elemental había dado a los campesinos un sentido profundo de lo humano y una gran paciencia frente a la adversidad y las necesidades. Pero los llamamientos criminales de los políticos les llegaron también y los inquietaron. La violencia que vino a trastornar sus vidas atentó contra los valores humanos sobre los cuales reposaban, e hizo que los efectos producidos en los campesinos fueran terribles.

Fueron especialmente los campesinos quienes hubieron de soportar los ultrajes de la guerra inminente. Las injusticias interminables, y la miseria que resultaban de una sociedad desordenada. Las ciudades fueron dispersadas y por eso trataban de buscar refugio allá. Cuando la violencia los atacó lo primero que sintieron fue miedo.

Los chulavitas perseguían a los campesinos liberales. Encarcelaban a unos y mataban a otros, incendiaban sus casas y sus cultivos y se llevaban sus animales.

Jóvenes, andrajosos y descalzos, deambulaban sin hogar por las montañas. Cada uno tenía una herida en el corazón, había visto su rancho quemado, su padre abaleado, o su hermana violada. Su reacción instintiva fue defender sus propias vidas. Tomaban las armas sólo por esto. No ambicionaban atacar a

sus agresores.

Sus armas eran escopetas, herramientas de fincas, machetes y hachas, fusiles antiquísimos que eran reliquias de la Guerra de los Mil Días. ¿Cómo podrían protegerse con esto? Se movían sin plan definido, en pequeños grupos casuales. Carecían de ropa, de alimentos y de dirección; carecían de todo y cuando se encontraban con la chulavita huían. ¿Quién podría ayudarlos? ¿A dónde podrían ir?

Algunos de ellos se encaminaron a la hacienda de Gerardo Loaiza, cerca de Rioblanco. Este campesino próspero, quien poseía tierras en varias comarcas, era un partidario del Caudillo y jefe liberal natural de la región. Era un hombre seco, pequeño, de cabello cano, no muy joven, de carácter reservado. En su casa se reunieron treinta hombres, cinco eran hijos de Loaiza y otros pertenecientes a las familias Ospina, Rocha y García. La familia García era de Herrera.

Loaiza se trasladó a Ibagué para averiguar qué había sido de la Dirección Liberal Departamental. A su regreso se expresó en estos términos:

«Ibagué, la ciudad, está repleta de campesinos. Tienen un aspecto lamentable. La mayor parte de ellos no tienen hogar y por la noche duermen en los parques, en el pavimento de las calles, y en las gradas de la catedral. Tienen hambre y sus niños se están muriendo por falta de medicina y de leche. La población hace lo que puede por ellos, pero ningún verdadero campesino quiere vivir de la caridad. Sabemos quiénes son ellos y qué los ha llevado allá.

«Hagamos a un lado las razones por las cuales cada uno de nosotros está aquí presente. La situación es sencilla: somos liberales y los conservadores nos han declarado la guerra. Su policía nos va a matar si no le obedecemos. Los conservadores, aún si nos dejan con vida, querrán arrancamos nuestros derechos inalienables de ciudadanos.

«Nada ganamos con la sumisión. Sólo cuando nuestro partido vuelva al poder, nosotros con nuestras familias viviremos otra vez en paz. No podemos seguir escondiéndonos frente al enemigo, ni contemporizar con él, sino combatirlo en esta región que conocemos bien y donde los campesinos querrán unirse a nosotros.

«La Dirección de Ibagué no me dijo tanto, es prudente, pero comprendo lo que quieren de nosotros. Anuncian que dentro

de poco el país íntegro va a sublevarse contra el gobierno ilegal conservador. Se empezará por los Llanos. Hombres armados ya se están preparando allá y los terratenientes los ayudarán en lo que necesiten. La Dirección desea de nosotros que organicemos la resistencia aquí en las tierras liberales del Tolima».

Acto seguido estos hombres se fueron para Herrera, baluarte liberal; atacaron un retén de vigilantes conservadores, pero fueron rechazados por la policía venida de Rioblanco. Ahora las autoridades sabían que ellos existían como fuerza liberal combatiente. Ellos carecían de armas modernas y debían entonces tomarlas donde las había, en la policía y donde los vigilantes. Se retiraron hacia el sur hacia las tierras altas, perseguidos, pero haciendo emboscadas a sus perseguidores. Tenían miedo, pero cuando comenzaban a matar al enemigo se animaban.

Ellos mismos no se consideraban guerrilleros. Eran novicios en el arte de la guerra. Pero un campesino alzado en armas contra las autoridades es un guerrillero, y de hoy en adelante lo llamaremos así. Llevaban consigo solamente sus armas rudimentarias y ropa andrajosa en la espalda. Eran ahora setenta y había niños entre ellos.

Se detuvieron durante tres días en Peña Rica, vereda situada en lo alto del cañón del río Atá, al pie del Nevado del Huila. Un sitio solitario en el que ocurrirán más tarde acontecimientos dramáticos de nuestro relato. La policía acudió de Neiva, capital del Huila, para sacarlos de allí. Se retiraron, pero no antes de haberse apoderado a machete de armas modernas en escaramuzas con sus atacantes.

Una tarde, en la montaña, se reunieron y designaron a Gerardo Loaiza como jefe. Seleccionaron como comandantes militares a dos de sus hijos y a Leopoldo García, jóvenes. García se convertiría más tarde en una muy conocida figura campesina.

Los campesinos liberales del sur del Tolima se dieron cuenta de que ahora había hombres luchando por ellos en las montañas y les proporcionaban abrigo, provisiones. Algunos se adhirieron a ellos.

Bandas de guerrilleros liberales habían invadido ciudades de los Llanos, llanura oriental por la que corren grandes ríos. La resistencia contra el gobierno se extendió a otras regiones

del país.

Debido a que dominaba el Congreso, cuerpo del poder legislativo, el Partido Liberal planeaba promulgar una serie de reformas que restringirían el poder del Presidente, e incluso llevarían a acusarlo.

Los liberales declararon una huelga general para derrocar al gobierno, pero esto fracasó, y tramaron un complot para un golpe militar. La represión contra los liberales se acentuó.

Amenazado por una inminente insurrección, el Presidente aplicó las leyes excepcionales de emergencia. Clausuró las dos Cámaras y las Asambleas Departamentales, declaró todo el país en estado de sitio, y suspendió los derechos de ciudadanía en las áreas rurales.

Para protestar, el Partido Liberal decidió boicotear las próximas elecciones presidenciales, cuya fecha del calendario electoral los conservadores habían adelantado, mediante lo cual se aseguraba el triunfo conservador.

La banda de guerrilleros de Loaiza estaba siendo acosada por la chulavita. Se dividieron en dos grupos. Uno de estos se dirigió hacia lo alto de la montaña, el otro se escondió debajo de los escarpados acantilados al lado del Saldaña, río corrientoso. Los guerrilleros necesitaban establecer una base de operaciones en un sitio casi inaccesible para sus enemigos. Hallaron una localidad en su propia región, en La Ocasión, aldea de los barrancos del río Cambrín. Aquí organizaron su primer comando de autodefensa, que continuaría siendo su cuartel general.

Los jefes liberales, campesinos locales, se unieron a ellos; Aristóbulo Gómez, José Antonio Parra y Hermógenes Vargas apodado Vencedor, dirigente de La Profunda, aldea cerca de Rioblanco situada tan por debajo de su valle, que los campesinos decían que quedaba bajo el nivel del mar. Más tarde los guerrilleros llegaron a establecer ocho comandos en la región. Había ahora ciento cincuenta guerrilleros; algunos de estos tenían su familia.

Los guerrilleros salieron para vengarse de lo que ellos y sus allegados habían sufrido. Eran tan fanáticos como sus enemigos. No pensaban en otra cosa sino en matar a los chulavitas y a los campesinos conservadores, a quienes fueron a buscar en sus aldeas, de suerte que su partido pudiera recuperar el poder en el país. Cuantos más mataban, más libres se sentían.

Les llegaban ecos de las actividades de los guerrilleros, hombres de las ligas campesinas y que estaban bien organizados en Chaparral y en veredas cercanas a El Limón. Un día Loaiza envió un mensajero, un hombre llamado Fidel Rico, a hablar con ellos. Quizá podían combinar sus actividades y luchar juntos.

El gobierno conservador persiguió al Partido, acusándolo del asesinato del Caudillo, a sabiendas de que el Partido era inocente. Dirigentes del Partido y militantes fueron encarcelados o tuvieron que esconderse.

El Partido tenía mucha influencia en algunas regiones del país. Su baluarte era el municipio de Viotá, en el departamento de Cundinamarca, aislado entre plantaciones de café y sólo a veinticinco leguas de la capital. Los campesinos de Viotá estaban bien organizados y con el apoyo de los ricos terratenientes, que veían en ello sus intereses, habían obligado a las autoridades a dejarlos en paz. El Partido tenía su Escuela de Entrenamiento Militar y su Escuela de Cuadros en Viotá.

Los camaradas habían ayudado a organizar las ligas campesinas de Chaparral y de El Limón. Dirigían a los campesinos sin tierra cuando invadían grandes estancias para apoderarse de tierras. Habían hablado a los campesinos de reforma agraria, de democracia y de cambio social, y los campesinos los respetaban.

En octubre de 1949 el Partido llamó a organizar la defensiva contra la persecución dirigida por el gobierno contra obreros, camaradas y liberales.

Había células del Partido entre los campesinos de Chicalá, Irco y Horizonte, caseríos cercanos a El Limón. El Partido mandó a Jorge Hernández Barrios como asesor para impulsar la resistencia contra la opresión en la citada zona. Hernández pertenecía a una familia campesina, había crecido en Chaparral y se había ido a estudiar y a trabajar.

Recién había llegado a la edad de hombre, y soñaba con ser el Poeta algún día.

Los chulavitas habían cometido atrocidades contra los campesinos de esa área y los campesinos se aterraron. Su defensa fue confiada a unos pocos jóvenes pobremente armados, que aguardaban nerviosamente ser atacados.

Hernández viajaba por el campo, de pueblo en pueblo, contento de compartir el calor humano y la pobreza material

de un pueblo cuya inteligencia instintiva era aquella casi física del ambiente natural. El rocío del alba centelleaba como joyas multicolores en las hierbas. En las aldeas, los niños jugando en las calles llenaban la tarde con sus gritos. Los hombres y los bueyes volvían extenuados de los campos, al anochecer. Estas sencillas cosas lo sumergían una vez más en el mundo idílico de su juventud. Después de horas de discusiones y de decisiones, leía poemas de Virgilio a la luz de una vela.

Hernández llevaba consigo un mimeógrafo con el que imprimía un periodiquito del partido, el Frente Rojo, que los campesinos que sabían leer, leían en voz alta a los demás.

Chicalá era la jefatura del Comité del Partido de Chaparral. Los camaradas eran hijos de colonos pobres, no eran mayores que Hernández y la mayoría se componía de analfabetas.

Las primeras estructuras de autodefensa fueron creadas en las aldeas, cada una provista de un comandante político y de un comandante militar, responsables de la protección de los campesinos de sus localidades. Los campesinos fabricaban armas rudimentarias, bombas sencillas y granadas. La llegada de los chulavitas era anunciada con señales de humo o por bramido de cuernos. Un camarada de Chaparral les enviaba noticias de la salida del enemigo desde allá.

Un día los chulavitas atacaron a Horizonte, donde los comandantes campesinos eran Eliseo Manjarrés y un viejo, Pedro Ramos. La única arma moderna era la carabina de calibre 22 de Manjarrés. Con ésta mataron cuatro policías y obligaron al enemigo a retirarse. Les quitaron un fusil, primera arma de actualidad ganada por los camaradas. Los campesinos se regocijaron con tal hazaña.

No obstante, cuando les llegó la noticia de que la policía estaba lista para marchar a Chicalá, los campesinos no se imaginaron que podían enfrentárseles. Desde la aldea, un comando de sólo siete hombres, encabezados por Hernández y un camarada llamado Jorge Peñuela, se pusieron a mirar hacia abajo. Y en la noche vieron hogueras ardiendo alrededor de las cuales se estaban calentando los policías de El Limón.

La policía llegó a Chicalá poco antes del alba, hora en que atacaban siempre. Ya se veía la luz detrás de las montañas. Los siete hombres lucharon desde las trincheras que habían abierto, cerca de la única trocha que daba acceso al caserío desde abajo. Lanzaron granadas y dispararon con escopetas y

carabinas de cacería. De Chicalá también la policía se retiró. Por segunda vez los campesinos constataron que podían derrotar a sus enemigos.

Pero la chulavita volvió mejor equipada, arrasando casas, quemando cosechas, mientras avionetas de reconocimiento volaban por encima tratando de dar con los siete hombres que, sin proponérselo, habían tenido que convertirse en guerrilleros.

A través del país, el pueblo pensaba que el ejército no estaba involucrado en esa espantosa represión y que por lo tanto permanecía neutral dentro del conflicto político. Pero en el sur del Tolima cada comisión policial incluía un consejero militar pues, a menudo, por cada policía había un soldado.

Cuando el Partido Liberal se negó a candidatizarse para las elecciones presidenciales de 1949, se decidió escoger a Laureano Gómez, el Tirano, líder supremo del Partido Conservador, para ser llevado al poder. Tomó posesión de su cargo el 7 de agosto de 1950.

Este hombre intransigente, sectario, excesivo, había luchado años por el regreso de su partido al poder y para impedir que se convirtiera en una minoría permanente del país. Hostil a las masas y al gobierno democrático, identificaba a los liberales con la fuente de todas las enfermedades sociales, emparentados con la ideología del Partido y perturbadores del orden y la tradición.

Después de las revueltas en la capital por la muerte del Caudillo, él se fue al exilio. Ahora había llegado para ser presidente del país y comenzó una cruzada de terror contra sus opositores, de suerte que notables políticos liberales huyeron del país en el que en muchas regiones se instauró el terror, el miedo y la desolación. El Tirano decía que esta persecución era necesaria para proteger los valores cívicos y clericales, amenazados por las garras de liberales y camaradas. La Iglesia Católica lo apoyaba tácitamente.

Para alejar las brutales expediciones punitivas de la policía del área de El Limón, los camaradas decidieron irse de allí y marcharse hacia las montañas, atrayendo la policía hacia ellos, lejos de las familias campesinas. Se proponían explicar sus acciones e ideales a aquellos campesinos que encontraran en su ruta.

La idea de esta estratagema les vino durante unas reuniones

de la célula del Partido en un granero de Chicalá, mientras las gallinas escarbaban y picoteaban y los perros se les metían por entre las piernas frotándose perezosamente. Hernández había leído a sus jóvenes camaradas el libro de un escritor brasileño acerca de su compatriota, Luis Carlos Prestes, camarada y gran héroe. El relato de su viaje épico a través de las selvas y sertones, acosado por las fuerzas de la injusticia, los había conmovido.

Fidel Rico, hombre apuesto, con un viril bigote negro y ojos chispeantes, llegó a Chicalá y dijo a los camaradas algo por el estilo:

«Hermanos: no soy la persona para pronunciar discursos. Todo está claro. Mientras no nos hayamos liberado de la plaga conservadora, seguiremos muriendo. El coraje y la energía solos no acabarán con esto. Nos hemos encontrado unos y otros, nosotros liberales de La Ocasión y ustedes camaradas de Chicalá. Debemos unir nuestras fuerzas y ampliar la lucha. Juntos podemos ser fuertes y hacer que esos hijos de puta chulavitas se arrepientan de haber venido al Tolima.

«Ustedes tienen pocas armas y no pueden resistir aquí donde la policía los espera detrás de cada hoja y cada piedra.

«Don Gerardo me mandó para decirles esto: él los está esperando para hablar con él, para planear el futuro de todos nosotros y con mucho gusto los recibirá en sus tierras, si ustedes desean ir allá».

Rico acompañó a los camaradas en varias misiones, e inspeccionaba los preparativos para la marcha. Después, regresó a La Ocasión.

Los camaradas habían pensado viajar solos, un grupo de guerrilleros y algunos ayudantes. Pero, cuando la noticia del proyecto llegó hasta los campesinos, algunos de estos no quisieron quedarse desamparados y se fueron con ellos.

Error de parte de los camaradas; los campesinos sólo podían ser una carga para ellos y un obstáculo para su proyecto.

Pero eran los aprietos de todos los guerrilleros del Partido que se encontraban adelante durante los tiempos violentos. Ellos provenían de campesinos y gozaban de su apoyo; por eso se hacían responsables de su seguridad.

Su misión la llamaron Columna de Marcha. Era la primera marcha campesina del Tolima. Las que vendrían luego serían más grandes, como emigraciones, y más trágicas, porque

muchos campesinos murieron.

La columna que salió de Chicalá se componía de diecisiete guerrilleros y cincuenta campesinos. Gastaron cinco días para llegar a Irco, en donde acamparon en la finca de Isauro Yosa. Yosa era el más conocido camarada de las ligas campesinas del sur del Tolima y había sido concejal de Chaparral. No era joven ni viejo tampoco. No quiso abandonar su finca que era próspera.

Arnulfo Villa, otro delegado liberal, llegó a Irco para conferenciar con los camaradas y llegaron a un convenio. La columna marcharía espectacularmente hacia el norte, pero cuando los chulavitas perdieran al fin sus huellas, regresarían hacia el sur, al territorio liberal de Rioblanco. Aquí, los dos grupos guerrilleros, liberales y camaradas, se encontrarían.

Hernández era el comandante supremo de la columna porque era su comisario político. Eliseo Manjarrés era su comandante militar y Jorge Peñuela lo secundaba.

Manjarrés, algunos años mayor que sus jóvenes compañeros, era atento y astuto, verdadero dirigente a quien todos respetaban. Había prestado su servicio militar en el ejército y durante algún tiempo había figurado como arrendatario en la gran propiedad Iriarte de Ambeima. Cuando los colonos la invadieron, él se unió a estos.

Pedro Ramos llegó tarde a Irco desde Horizonte. Los camaradas hicieron bromas a causa de su edad. Pequeño, estevado, con marcas de viruela, abrió ampliamente su boca desdentada y cacareó:

«Hijos: he visto setenta veranos en esta tierra cruel, es cierto. Pero esperen un poco. En la selva corro como un ciervo, mientras ustedes se moverán pesadamente como osos.»

Eran ahora cuarenta guerrilleros y el doble de civiles. Aparte de sus armas, no se distinguían estos de aquellos, los guerrilleros no se habían puesto los uniformes de la policía y de los soldados que habían matado. Manjarrés inspeccionó sus armas heteróclitas y se echaron al hombro sus pesadas mochilas.

Cuando se iban, Yosa murmuró, medio en serio, medio en chiste:

«Vaqueros. Es lo que son ustedes, pandilla de vaqueros.»

Una luna matutina permanecía en el oeste, mientras a lo largo de las colinas orientales, nubes diseminadas íbanse

disgregando.

Manjarrés dispuso la vanguardia y la retaguardia y flanqueó de hombres la columna donde se hallaban las mujeres y los niños. Siguiendo el pequeño río Irco, poco profundo, de agua clara, por entre los guijarros blancos y los cantos arrastrados, desprendidos por ser temporada de sequía. Los pájaros aleteaban y picoteaban entre las rojas flores iguales a llamas de los cámbulos, a lo largo de la orilla. Tierra fértil, las laderas eran un muestrario de azúcar y maíz, fríjoles y café. Los campesinos de la columna conocían bien estas regiones.

En el corazón de los jóvenes guerrilleros anidaba un alegre sentimiento comunicativo. Sentían que se encaminaban hacia una gran aventura.

Las nubes se habían evaporado y la luz del sol se anunciaba tan intensa que las mismas montañas cercanas se estaban desvaneciendo frente a la vista. Escalaron hasta un punto desde donde podían contemplar abajo un estrecho brazo del río, algunos ranchos diseminados y el valle de El Limón.

Viajaban durante el día porque no querían que los chulavitas les perdieran el rastro. Marchaban durante la frescura, en las tempranas horas de la mañana y también en la tarde, después del calor sofocante. La columna pasó la primera noche bajo algunos árboles, a la intemperie. Encendieron lumbre con chamiza y leños secos, hicieron un sancocho de cerdo y plátano y prepararon café. Tendieron hojas para acostarse en el suelo y dormir, reclinando la cabeza sobre dúctiles tallos de guadua.

Cuatro días más tarde llegaron a un sitio por donde había transitado una expedición punitiva: ranchos incendiados o vacíos, ganado desaparecido, cultivos quemados. Continuaban viviendo allí algunos campesinos, que se habían acostumbrado a vivir en el boscaje, no fuera que los chulavitas pasaran al amanecer.

La vanguardia de la columna se instaló en la sombra: fumaban y aguardaban. Al fin, un niño andrajoso los miró desde la maleza con ojos de fierecilla. Parecía intentar acercarse, receloso, y los camaradas le insinuaron que nada tenía que temer y que fuera a buscar a sus padres. Estos vinieron tan temerosos y desharrapados como el niño; pero se serenaron cuando reconocieron a campesinos como ellos en la columna.

Manjarrés se dirigió a ellos con sencillas palabras. Dijo:

«Compadres: somos campesinos, gente pacífica como

ustedes. La violencia se nos vino encima también, derramando la sangre de nuestros seres queridos. Cada día nos tocaba sepultar a uno y a otro y hubiéramos podido seguir a ese tenor hasta cuando nos llegara nuestro turno. Pero, dijimos: '¡Ya no más!'

«Algunos de nuestro pueblo huyeron a la ciudad. ¿Quién podría decirnos qué ha sido de ellos? Nosotros nos quedamos aquí y decidimos luchar. Una vez que hayamos acabado con los chulavitas, debemos nosotros mismos deshacernos de los políticos y de las autoridades que los han enviado contra nosotros y de aquellos poderosos que nos desprecian. Ustedes también deben prepararse para luchar.»

Los campesinos querían unirse a la columna. Manjarrés trató de disuadirlos y les dijo que era una misión militar, que viajaban lejos y que el peligro era considerable. Pero ellos señalaron a los campesinos ya incorporados y preguntaron:

«¿Por qué los protegen a ellos y no a nosotros?»

Había escenas conmovedoras como aquellas entre la gente separada para unirse a la columna, y los que se quedaban. Quienes se iban, si todavía tenían abasto, se llevaban las bestias de carga y degollaban parte del ganado para alimentar la columna.

Ahora la columna avanzaba lentamente a través de la Mesa de Aguayo, dirigiéndose a Ambeima. Manjarrés se hallaba en todas partes, alabando la buena disciplina y animando a cada quien. Todos los víveres, la sal y cuanto poseían fue puesto al servicio de la comunidad.

En esta forma, los camaradas adquirieron una buena experiencia práctica en el manejo de los problemas de guerra, de escoltar y comandar a los civiles.

En las reuniones de la célula en Chicalá, Hernández les había hablado de que un verdadero camarada debe someterse a elevados criterios de carácter y de conducta. Debe ser disciplinado, así como también fraternal y justo. Hernández les había hablado acerca de la fuerza contagiosa del ejemplo personal.

Ellos no necesitaban que se les recordara esto. Ellos también eran campesinos, respetuosos con los ancianos, fraternales con los hombres, galantes para con las mujeres, tiernos para con las muchachas, que decían poco y en cambio con sus miradas expresaban mucho.

Hernández continuaba sacando El Frente Rojo. Las horas de descanso de la tarde eran consagradas a la educación política. Tenía cuidado de no tocar prejuicios ni supersticiones de los campesinos; utilizaba parábolas para hablarles del Partido, de la reforma agraria y de los delicados aspectos de sus vidas, onerosos para todos ellos.

Fue este el momento en que los guerrilleros, para evitar represalias del enemigo contra sus familias, empezaron a camuflar sus nombres bajo apodos. Estos sobrenombres a veces representaban rasgos del carácter personal, o una imagen de lo que querían ser o admiraban, o un amuleto para resguardarse contra el mal.

He aquí los nombres de algunos de los guerrilleros de esta marcha, que con el tiempo conquistaron la celebridad entre los campesinos.

Eran: Marco Aurelio Restrepo, ya padre de varios hijos, cuerpo huesudo, enérgico en sus rasgos viriles, mirada y voz plenas de amenidad; Pablo Rumique, de gran agilidad mental, buen conversador; también los dos hermanos Bermúdez, de Chicalá, uno de los cuales, Andrés Bermúdez, cuya mente joven era todavía impresionable, a quien llamaremos Llanero; de Chicalá venían también los dos hermanos Valbuena; el mayor era Raúl Valbuena, de temperamento decidido y militar, conocido por los campesinos con el nombre de Baltazar. En la misma marcha se hallaba el valiente José Alfonso Castañeda, a quien llamaremos Richard; era este quien comandaba la retaguardia de la columna y quien más tarde habría de ser un famoso jefe guerrillero y héroe.

Hernández escogió el sobrenombre de Olimpo, morada de los dioses griegos. Se fue dejando crecer la barba.

A los nueve días de haber abandonado a Irco, la policía les armó una emboscada que fue rechazada con facilidad. Días después les atacaron la retaguardia. Hubo tiros, griterío de confusión y los campesinos fueron sobrecogidos por el miedo y el pánico. Más pavoroso que los tiros era el estruendo de las balas, haciendo estremecer las ramas, desgajando las hojas y los matorrales. Entonces, hubo de pronto un silencio. El destacamento de policías era reducido y hubo de retirarse.

Aquella noche la columna no encendió fuego y la guardia se dobló.

Manjarrés convocó a los camaradas a una reunión. Dijo:

«Existe una gran diferencia entre luchar en un terreno previamente escogido y luchar mientras se está en marcha. La chulavita nos ha localizado y va a solicitar refuerzo. Podemos seguir adelante, tanto como desde aquí hasta Ambeima, que queda como a dos días a pie y donde los colonos nos ayudarían. Pero no debemos permitir que la chulavita se vaya allá. ¿Qué vamos a hacer?»

Cada cual sabía lo que debía responder a su pregunta, pero fue Richard quien contestó:

«Debemos adentrarnos en la selva, donde la policía no se atreva a seguirnos.»

Andrés Bermúdez, llamado Llanero, inmediatamente salió para Ambeima a conseguir un guía para encontrarse con ellos en un lugar conocido de Manjarrés en el río Ambeima, y traer sal, porque los campesinos no tenían más sal.

Al día siguiente, por la tarde, la columna abandonó las bestias de carga y se adentró en la selva.

Enormes ceibas, robles, pinos, a veces cubiertos de bejucos, se alzaban hacia arriba para terminar en la bóveda formada por sus propios ramajes, tapando el cielo; matorrales y guaduales crecían a su sombra; el suelo estaba cubierto de mantillo, sembrado de pedregones, cascajo molido, ramas y troncos de árboles caídos. En los barrancos se hallaban enhiestas rocas verticales.

En la selva vivían jaguares, pumas y oseznos, y había ciervos y serpientes venenosas.

Un calor sofocante en la selva.

La columna campesina avanzaba lentamente, pues iban detrás los viejos y los niños, fuera de que la vanguardia necesitaba abrir el camino a machete. No había forma de calcular el avance. Se detenían donde encontraban agua. El silencio obsesionante, con el zumbido de los insectos que peregrinaban por la maleza y la melancolía del trino de los pájaros pesaba sobre los campesinos, que apenas si hablaban, como si un presagio de infortunio estuviera cerniéndose sobre ellos. El humor humano se mezclaba con el olor despedido por la madera podrida, los vegetales descompuestos y las flores enfermizas.

Surgieron acontecimientos para los cuales los camaradas no estaban preparados; nacimientos, enfermedades, cansancio al correr de los días, falta de alimentos. Los campesinos se vieron

obligados a recurrir a sus hábitos y a sus saberes tradicionales. Con la cacería conseguían aves, monos, y de vez en cuando un ciervo. Los campesinos se alimentaban con fríjoles silvestres, frutas y miel.

Las modestas raciones de productos farmacéuticos de los camaradas se agotaron rápidamente. Curaban a los enfermos, con pociones extraídas de yerbas, raíces, resinas, que obtenían las mujeres; las mujeres eran recursivas y de temple.

A ratos la selva se hacía más benigna, el monte se apaciguaba y la columna llegaba a una claridad, un pequeño prado con un manantial, yerba verde; y por encima, un cielo azul, despejado.

Aquí los campesinos construyeron caletas, habitaciones rudimentarias, con varas verdes, hojas de guadua y yerbas.

Encontraron a Llanero y a su guía, quienes habían traído sal; pero la selva todavía los seguía rodeando. Sin carne, ni leche, sin otras cosas básicas, el agotamiento se ensañó contra ellos, incluso contra los más sanos. Un recién nacido murió. Olimpo, profano en conocimientos médicos, no pudo salvarlo; después, un anciano y un muchachito. Ahora, los camaradas tenían que apelar a sus máximos recursos físicos y humanos.

Hacía ya bastante que la columna se había dirigido hacia el sur.

Un día, ya oscureciendo, siendo acogida por ladridos de perros, salió del bosque a La Lindosa, pobre y solitario caserío, villorrio situado en lo alto del cañón del río Cambrín. Este fue el primer signo de vida humana que los languidecientes campesinos habían visto desde hacía muchos días. Se hallaban aturdidos de haber transitado tanto por esa verde, húmeda sombra. El cielo ya se había llenado de estrellas y mirando hacia arriba, se sintieron de súbito perdidos profundamente entre ellas.

La marcha había llegado a su fin.

Los campesinos descansaron en La Lindosa. Liberales encabezados por Leopoldo García, a quien llamaremos de ahora en adelante Peligro, vinieron a invitarlos a un punto llamado La Gallera, donde Gerardo Loaiza poseía una finca y las familias de los guerrilleros liberales vivían en chozas.

Peligro y Richard, hombres que provenían de molde idéntico, se miraron de lado el uno al otro, como enemigos o como perros dispuestos a morderse.

En la ruta de La Gallera los campesinos cantaban. La vida, impetuosa, irresistible, los alentaba de nuevo. La época de sequía ya se iniciaba y una brisa fresca les acariciaba el rostro. Las cumbres de las montañas relucían con la luz del amanecer.

Cuando llegaron a La Gallera, unas pobrísimas casuchas entre pequeñas sementeras de maíz y fríjol recién nacidos, bordeando un riachuelo, los habitantes salieron a darles la bienvenida, en medio de un gran alborozo general.

Los camaradas y los liberales se abrazaron. Celebraban la Columna de Marcha, memorable hazaña ejecutada por estos campesinos.

Gerardo Loaiza, junto con sus guardaespaldas y los miembros del Comando Liberal, recibió a los camaradas en su finca. La sola idea de tener un guardaespaldas, dejó atónitos a los camaradas. Los liberales deseaban que los camaradas establecieran un puesto de comando de autodefensa en la región, de suerte que pudieran combatir unidos contra los chulavitas. Ellos deseaban constituir un Estado Mayor Guerrillero Unificado, para planificar y conjugar estrategia y acciones. La discusión fue amistosa. Ni uno ni otro grupo sabían mucho acerca del otro, ni de sus objetivos, ni de sus ideales.

Loaiza, como de costumbre, hablaba poco pero escuchaba, sopesaba las cosas y se formaba su juicio. No era político ni jefe militar: en cambio sí una autoridad moral, cuyas decisiones los liberales acataban.

Los liberales querían lanzar la ofensiva contra el enemigo. Querían vengarse de sus perseguidores y devolver a su partido el puesto que consideraban le correspondía, por derecho, para gobernar.

Los camaradas hablaron de la necesidad de educación política para las masas, tanto para los campesinos como para los obreros. Querían movilizar el sur del Tolima contra la violencia oficial que los acosaba y lanzar un vigoroso movimiento popular, denominado Frente Democrático de Liberación Nacional. Debía incluir a todos aquellos campesinos, fueran camaradas, liberales o conservadores, que aspiraren a un cambio de las condiciones sociales del país. Debía ser el comienzo de una nueva ambición revolucionaria del pueblo. Los liberales escuchaban esto sin decir nada.

Seleccionaron el Estado Mayor Guerrillero: ocho camaradas, entre estos Olimpo, Manjarrés, Rumique y Baltazar;

y siete liberales, incluyendo a Loaiza, a dos de sus hijos y a Peligro.

Pero, ¿dónde podían instalarse los camaradas y campesinos que habían marchado con ellos? Loaiza sugirió que encima de una cumbre, por sobre una inclinación que daba al río: se llamaba el Filo de la Culebra.

Los camaradas se dirigieron a ese lugar para encontrarse con los campesinos de los caseríos de los alrededores, y explicarles el proyecto del Partido acerca del Frente Democrático. Quizá a causa de estas reuniones la chulavita supo dónde estaban. Vinieron a buscarlos a lo largo del río. Los dos grupos guerrilleros por primera vez pelearon en una acción conjunta en La Gallera, que se llamó más tarde el combate de La Culebra. Manjarrés los comandaba.

Cincuenta policías iban por ambas orillas del río, que era pando y angosto. Llevaban consigo una pesada ametralladora, atada con correas al lomo de una mula. Los guerrilleros estaban recelosos, pero querían capturarla. Resultaba mucho más apremiante la captura de tan poderosa arma que matar a un enemigo.

Las casetas fueron desocupadas, y cerca de ellas, entre matorrales y árboles, los guerrilleros esperaron a la policía.

El combate empezó apenas pasado el mediodía, cuando el sol había ya convertido en llamas el aire preso entre las colinas. Estaban aferrados a una lucha sin cuartel, arriesgadísima, porque el terreno ofrecía pocas posibilidades de esconderse y porque la policía era valiente, lo que no siempre ocurría.

La policía hacía salir a los guerrilleros de entre los árboles, tomaba allí posiciones fijas y abría fuego con la ametralladora que, girando sobre su base, disparaba en diferentes direcciones. Los guerrilleros trataban de acercársele por los barrancos y el lecho del río. El aire ardiente resonaba con los tiros de los fusiles, órdenes impartidas y gritos, insultos, y el estrépito de la ametralladora cuyos proyectiles perforaban, desmoronaban las rocas y la tierra reseca.

Los liberales atacaban temerariamente, con frecuencia ignorando incluso las órdenes impartidas. Los camaradas, provistos de pocas armas de fuego, confiaban en la precisión de su puntería y en su astucia. El enfrentamiento, desde el principio presentaba en su totalidad aspecto cambiante e indeciso. Los contrincantes de ambos bandos maldecían el

calor abrasador.

Fue Richard, con otros camaradas, arrojando granadas y a punta de cuchilladas y machetazos, quien terminó por rechazar a la policía. La primera acción conjunta de los guerrilleros había triunfado, pero los campesinos combatientes no habían capturado la ametralladora.

Para reconfortarlos, Manjarrés les mostró a un soldado muerto, un joven de pelo rubio, yacente de espaldas, y que parecía estar aun respirando como bajo un profundo sueño.

Los campesinos estaban silenciosos y no se alegraron.

«Pobrecito», murmuró una mujer.

Richard ya había tomado el casco de acero del hombre muerto y su fusil.

Debido a que La Culebra sería difícil de defender, los camaradas se fueron a El Davis, tierra situada en lo alto del cañón del río Cambrín.

Un vecino de Isauro Yosa oyó que había sido dada a los chulavitas la orden de atacar Irco al día siguiente, y se lo avisó a Yosa. Yosa llevó su ganado y granos almacenados a sitios seguros.

Dijo a su esposa:

«Prepárate para ir al monte.»

«Yo me quedaré aquí», contestó ella.

« ¿Y los niños?»

«Haré lo necesario para que no les pase nada.»

Así fue como ocurrió.

Yosa tomó su escopeta, su machete, algunos víveres, y se fue por la tranquila noche de verano, llena de nubes blancas y de la suave luz de la luna. Pasó frente al desierto rancho de Richard, quien había sido su agregado.

Se iba con la mente llena de tristes reflexiones. Las cosas siempre habían andado mal entre él y su mujer. Se iba dejando atrás a sus hijos, sangre de su sangre. Tenía cuarenta años, casi un viejo, y había pensado terminar sus días en esa finca. En cambio se hallaba siguiendo las huellas de sus compañeros jóvenes, quienes no poseían nada y nada tenían que perder.

Yosa era un hombre robusto, con un gran porcentaje de sangre india, pómulos salientes y párpados caídos. En los ranchos por donde pasaba vivía gente que lo estimaba y respetaba. Veían que andaba solo pero nada le averiguaban. Íntegra había entregado su vida a la causa de los campesinos.

Decían de él que era noble, expresión de aprecio que era la más delicada para designar a alguien.

A medida que avanzaba pesadamente, paso a paso, a lo largo del siguiente día y su noche, se le aclaró la mente. Campesino, hombre de la tierra, no le bastaba sino tocarla, inhalar su calor, su fragancia embriagadora, contemplar sus pródigas dádivas, para llenarse de fuerza interior. El Tolima era su hogar. Casi no salía de allí. Se había dicho a sí mismo que bajo cualquier circunstancia en que se viera, esta tierra y sus campesinos siempre estarían con él.

Al amanecer llegó al río Cambrín, cuyo curso siguió adentrándose en la montaña, hacia su nacimiento. El río corría puro y cristalino bajo el ardiente silencio. Cada paso lo conducía más y más hacia el fondo.

Yosa llegó a un sitio desde donde pudo distinguir a lo lejos, por encima de él, fincas y ranchos montados en las cumbres boscosas. Al frente, al otro lado del cañón, justamente debajo de la línea sombría del bosque, figuras humanas diseminadas estaban construyendo chozas, abriendo zanjas, desagües, letrinas, en pleno desmonte, quemando. Humo blanco subía por sobre ellos hacia el cielo luminoso.

Una vez los camaradas llegaron a El Davis, Loaiza convocó a los campesinos que vivían allí. Los instó a que facilitaran tierras a los camaradas que los defenderían de los chulavitas. Los campesinos, en su mayoría liberales, estuvieron de acuerdo con esto pero temían que pudiera ocurrir que la tierra nunca más les fuera devuelta. Exigieron que debería ser tomada en común por los camaradas y no repartida entre las familias campesinas traídas por ellos. Los camaradas se comprometieron a pagar intereses por la tierra con una parte de sus productos y a renunciar a ella cuando la guerra terminara. Igualmente se posesionaron de varias fincas que habían sido abandonadas por campesinos que habían huido de la región.

La sede del destacamento del comando fue escogida de acuerdo con su posición táctica. Estaba protegida por detrás, por la selva; tenía solo una evidente vía de acceso y miraba afuera en diferentes direcciones. Había agua fresca muy cerca y el suelo era fértil. La Ocasión, cuartel general liberal, se hallaba más allá a varias horas de viaje. Lejos, abajo del campamento, en la hoya del cañón, el río Cambrín se despeñaba por entre su lecho de pedregones, cantaba alegremente en verano y rugía

espumoso al crecer.

Un Comando de El Davis fue elegido entre los camaradas. Olimpo fue designado comisario político y Pedro Rumique comandante militar del campamento. Los guerrilleros aún no habían adoptado grados militares.

Los campesinos construyeron para vivir chatas casas de bahareque, alrededor de un espacio abierto, o sea la plaza de armas. El campamento era una plaza rústica que reflejaba las calamidades por las cuales atravesaban. La primera guardia estaba formada por personal descalzo en su mayor parte.

Los campesinos necesitaban comida. Hicieron desmontes y quemas. Establecieron una granja comunal. Sembraron maíz, pues este crecía y se cosechaba en pocos meses. A los tres meses se podía cosechar y hacer pan, arepas, sopas, bebidas. También pensaban sembrar después yuca, plátano, fríjoles, arracacha, caña de azúcar. Pero antes tenían que mantenerse durante estos tres meses. Entonces hacían incursiones por las espesuras, como lo habían hecho durante la marcha a Ambeima, y cazaban animales, aves y sacaban cuanto lograban encontrar para comer. Cruel temporada para ellos.

Bajo la dirección de los camaradas, los campesinos construyeron un puesto de guardia de dos pisos, que servía también de centro administrativo, donde llegado el caso, tanto el Estado Mayor Unificado como el Comando de El Davis se reunirían para deliberar. Construyeron una escuela que carecía de maestro y una enfermería que carecía de médico. Construyeron letrinas públicas, adaptaron lugares especiales para bañarse y lavar la ropa. Apartados del campamento, los campesinos dispusieron lo apropiado para bodegas donde podrían almacenar los productos que esperaban cosechar un día.

Todo esto no se realizó de un tirón.

La existencia cotidiana exigía ciertas obras indispensables, como la de disponer de una cantina donde pudieran beberse juntos un café, jugos de fruta o aromáticas; una cancha de tejo y el mercado.

En la plaza de armas se levantaba un mango solitario, bajo cuya única sombra, los domingos por la mañana, los campesinos trocaban pieles y rústicas cerámicas y canastas, hechas por ellos mismos.

Los camaradas organizaron la protección de los

campesinos: una guardia dentro del campamento, patrullas y centinelas en el exterior.

Yosa llegó a El Davis. Los camaradas lo acogieron con simpatía. Richard le dio un abrazo, diciendo:

«Hombre, Isauro, lo necesitamos a usted».

Yosa fue designado miembro del Estado Mayor Unificado. Sus entrevistas fueron cordiales. La casualidad y la fuerza de los hechos habían colocado juntos a los dos grupos guerrilleros. Los camaradas y los liberales fraternizaban. Los guerrilleros liberales visitaban El Davis, dormían a menudo allí y se unían a las comisiones salidas de allá.

Los liberales creían que puesto que los camaradas eran pocos y se hallaban aislados en una región liberal, estaban supeditados a los liberales y se someterían, lo lógico en tal situación, y seguirían su manera de pensar y su ejemplo.

Los camaradas ya veían que los guerrilleros liberales eran hombres armados al servicio de su partido, sectarios e indiferentes frente a ideas progresistas o cambios sociales. Algo más: su partido ya los estaba proveyendo de armas modernas y de dinero. Los camaradas no esperaban recibir nada de nadie.

¿Qué ambiciones podían abrigar para ellos, semejantes a espantapájaros en sus montañas lejanas, aislados de la Dirección del Partido, íngrimos solos?

¿Deberían plantear abiertamente las diferencias políticas e ideológicas entre ellos y sus aliados, o someterse a la orientación liberal, tratando simplemente de influir sobre ésta desde la base?

Los integrantes del Comando de El Davis debatían estos asuntos por la noche, bien tarde. Se sentaban alrededor de una tosca mesa de palo, en el puesto de vigilancia. Hormigas voladoras chocaban contra la vacilante lámpara de kerosén, que penosamente alumbraba las desnudas paredes de madera. Las estrellas se asomaban por la puerta de entrada. Afuera, salvo los guardianes, el campamento dormía.

Los camaradas eran jóvenes y faltos de experiencia. A veces se disputaban acaloradamente y casi llegaban a pegarse. Yosa, quien había visto muchas cosas y meditado al respecto, los apaciguaba.

«Compadres» les dijo. «Si me venden un hacha que no me sirve bien, no voy a comprar otra igual. Esto es de sentido

común para un campesino. Si nosotros vendemos el Partido a los campe-sinos haciendo creer que es lo que en verdad no es, entonces nada volverán a comprarnos.

«El Partido es el hacha con que debemos edificar un rancho. El Padre de los Pueblos edificó un rancho magnífico, que denominó Grande y Fraternal República. Lo rodeaban muchos enemigos. Él no tenía tiempo para trabajar desde la base, ni nosotros tampoco lo tenemos. Si los campesinos nos ven edificando una casa, querrán prestarnos su ayuda para construirla. No nos respetarán al vivir nosotros en las suyas.»

Muchos campesinos acudieron a El Davis para colocarse bajo la protección de los camaradas. Los camaradas pensaban que se trataba de una guerra larga e impusieron un régimen de carácter militar en el comando. No tenían dinero, pocos recursos materiales a su disposición, y cada día debían improvisar. Sus mayores preocupaciones eran la comida y la defensa.

El Davis estaba enclavado entre montañas y colinas empinadas, y más montañas encerraban a las que orgullosamente alzaban sus cabezas hacia las nubes o hacia el transparente cielo azul.

Al comienzo, pues, los guerrilleros ayudaban a los civiles con su trabajo en la granja, talaban bosques, se entregaban aún a las más modestas ocupaciones domésticas. Como no había ganado en El Davis, no se comía carne. Unos salían a expediciones de aprovisionamiento a apartados latifundios de donde traían ganado vacuno. Otros iban en pos de sal que los campesinos liberales les vendían sólo a precio muy alto, o a trapiches escondidos donde pudieran conseguir miel para hacer panela. Dichas misiones eran sumamente arriesgadas y a menudo de ellas no se regresaba. Se servían de trochas ocultas a través de la selva.

Los camaradas inspeccionaban bien la región; así estarían listos en caso de combate. Y de esta manera se encaminaron hasta ranchos y veredas apartados para inculcar la idea del Frente Democrático.

Fincas remotas daban el toque de alarma utilizando señales como columnas de humo o linternas prendidas si el enemigo se acercaba. El relevo de la guardia se verificaba por la tarde en El Davis y las patrullas cambiaban de turno. Por la noche se imponía el toque de queda, se apagaban todas las luces

y sólo a aquellos campesinos depositarios de órdenes les era permitido salir de sus casuchas.

Para hacer frente a un ataque de la chulavita, tenían preparados escondites en la selva, donde los campesinos podían refugiarse. El entrenamiento militar era obligatorio para cada quien, sin distingos de sexo ni de edad; los niños también, tarde o temprano, serían combatientes.

Imponían castigos estrictos por robo, por actos violentos, falta de respeto hacia las mujeres y de acato para con los niños; juego, aguardiente, chicha, estaban prohibidos.

El viejo Pedro Ramos y un señor llamado Misael Chávez montaron un servicio de inteligencia en la región, red de comunicaciones, propaganda y espionaje, que los camaradas denominaron el Disco Rojo. Patrullas y correos, que algunas veces se constituían con niños, viajaban a localidades distantes, al mismo Chaparral, transmitían mensajes u órdenes, solicitaban noticias y conseguían medicamentos y otros artículos de primera necesidad. Era esta red la que servía de enlace a El Davis con otros comandos que crearían más tarde.

Todas estas cosas tampoco fueron hechas de una vez; pasaron por miles de escollos y reveses.

Dentro de este ambiente de responsabilidad y de decisiones, Olimpo se sentía vivir una verdadera vida de hombre. Una de sus tareas era la de hacer que los campesinos adoptasen los ideales de los camaradas. Cualquiera que habitase en El Davis debía pertenecer a una célula del Partido. Pero, ante todo, comprendió que los camaradas debían acrecentar la esperanza, la confianza y la fraternidad entre ellos.

Olimpo tuvo cuidado en no herir susceptibilidades, costumbres tradicionales, ni la fe religiosa de los campesinos. Más que del Partido, les hablaba del Frente Democrático, movimiento nutrido de la colaboración popular entre campesinos y obreros que un día debía llevarlos al poder en el país. Les hablaba de la tierra, que era su obsesión. No eran los campesinos conservadores quienes les negaban tierra y los perseguían; estos también eran pobres, miserables, sino el gobierno y los políticos, los ricos oligarcas y latifundistas; la siniestra influencia de los Estados Unidos, la Nación Potente, tenía un peso pesado en todo esto. Debían hacer a un lado sus sectarismos y rivalidades, unirse y alzarse contra sus enemigos reales, les decía.

Olimpo leía a los campesinos escritos y poemas y fundó un teatro de campaña. Deseaba que todos aprendieran a leer, primer paso en la conquista de la dignidad humana. Podían aprender únicamente de aquello en lo que participaban, pensaba él.

Los campesinos llamaban «Universidad» la escuela de El Davis. Una amable, delicada muchacha llamada Luz Miranda, quien había sido violada por los chulavitas y había encontrado su camino sola hacia El Davis, servía de maestra a la cabeza de otras muchachas que sabían leer. Una vez las labores y obligaciones diarias concluidas, campesinos que firmaban su nombre con una cruz, sentábanse alrededor de ellas, en la plaza de armas, y tímidamente deletreaban.

El nombre de El Davis se hizo conocido por todo el sur del Tolima y más allá; las autoridades decidieron acabar con el destacamento.

Los camaradas poseían unos fusiles, algunas escopetas, armas de corto alcance y dos metralletas capturadas a la policía. Todos los combatientes tenían armas blancas. Los guerrilleros liberales estaban mejor armados, pero no aceptaban que sus armas perteneciesen al Estado Mayor Unificado, como lo reclamaban los camaradas.

Los camaradas dominaban en el arte de la guerra de guerrillas, fruto de ardua experiencia. El Comando de El Davis hizo de sus combatientes un modelo de ejército y ahora había instituido grados militares, entre los cuales el más alto era el de Capitán.

En el Davis el entrenamiento militar de los combatientes era rudimentario. La falta de pertrechos hacía que la mayoría de sus prácticas de tiro fuesen en seco. Yosa, quien había ya prestado su servicio militar, se encargó de dicha tarea.

Y fue en la montaña, entre aquella gente campesina, donde los combatientes tuvieron que someterse a su verdadero aprendizaje. Primero se trataba de defender a los campesinos frente a los chulavitas; luego, optar por la ofensiva contra éstos.

Su única ventaja contra el enemigo residía en el coraje y en sus convicciones, lo cual daban por sentado, además del conocimiento del terreno en que peleaban. Después, una vez formados otros comandos, los camaradas pudieron ir a combatir lejos de El Davis. En Chaparral y en el río Grande, en el Huila y en las tierras indígenas del Cauca. Alcanzaron a

conocer esta vasta región, patrullando y peleando en ella.

Aquí no había campo para ejercer las estrategias tradicionales de la guerra. Inventando nuevas formas, los guerrilleros solían cometer muchos errores, desaciertos de juicio o ejecución, y a veces temeridades o inclusive fallas de decisión. Estas faltas los llevaban a enfurecerse o hacerse recriminaciones entre sí. Eran jóvenes y ansiosos de éxito.

Los combatientes aprendieron a valorar sus armas, a no desperdiciar sus balas, a movilizarse de noche por trochas ocultas, hacer emboscadas y desviaciones para engañar al enemigo, desorientarlo, alejarlo de su fortaleza y lanzársele encima con ataques inesperados. Cumplían las órdenes del Estado Mayor Unificado en colaboración con el Disco Rojo, escoltaban a los civiles, fortalecían sus cuerpos y sus mentes.

Los comandantes de guerrilleros se estaban formando: Richard, Llanero, Baltazar, y Gratiniano Rocha, llamado Ave Negra. Allí estaba Jorge Peñuela y también José Enoch Leal, llamado Diamante.

Los guerrilleros conocían a los campesinos de los caseríos, su manera de ser y sus temores, a aquellos que querían ampararlos y facilitarles comida, a aquellos que podían traicionarlos. Los guerrilleros mismos eran campesinos y los comprendían.

Esta guerra era una guerra de marchas en la selva mojada por las lluvias, de escaramuzas en laderas al sol ardiente, del testimonio del horror que encontraban en las casuchas desoladas por donde pasaban los vigilantes, de hambre y de privaciones, de vidas segadas entre unos y otros; muertes dadas o recibidas.

Las misiones conjuntas se hicieron más difíciles de realizar. Los guerrilleros liberales eran indisciplinados, mataban y saqueaban, fuera de vengarse: eran aguerridos sin importarles sus propias vidas. Los camaradas les reprochaban su sectarismo y las vendetas.

Los camaradas estaban mejor entrenados, estaban mejor organizados y llevaban a cabo mucho más rápido y con más meticulosidad las órdenes que les habían sido impartidas. No permitían requisas individuales; todos los bienes o armas tomados al enemigo eran entregados a la Comisaría Política. Sin embargo, había entre ellos hombres predispuestos al bandolerismo, a quienes se debía poner cuidado.

Los chulavitas les tenían miedo. No estaban entrenados para esa clase de guerra.

A medida que la confianza los invadía, los camaradas se volvían alegres y feroces. ¿Cómo podían ellos ser jóvenes y no regocijarse con este deporte con la vida y la muerte en el que ellos hallaban la esencia de su virilidad? Estaban unidos por la lealtad, la camaradería y el ideal común. La vida les daba el amanecer en las montañas, el primer cigarrillo y el primer trago de café, tinto, se entiende, de la jornada; el reír de los campesinos, el admirar una silla de montar muy bien hecha, la piel sedosa de una mujer. La muerte seguramente los dejaría indemnes.

Antes había apenas algunas chozas en El Davis. Ahora eran más de cien.

Los campesinos venían hasta acá desde regiones alejadas, huyendo de las persecuciones. Ellos referían a los camaradas que bandas armadas estaban luchando contra los chulavitas más allá del río Grande, en la meseta del Sumapaz y en los Llanos. En el departamento del Quindío actuaba una pequeña fuerza de guerrilleros liberales, encabezada por el joven Pedro Antonio Marín Marín, pariente lejano de Loaiza. Había otras pandillas desorganizadas, dispersas, por las cordilleras. Los camaradas sabían que también eran liberales, pero fueron a su encuentro porque eran igualmente pocos.

Olimpo y Manjarrés dirigieron una comisión hacia los límites con el Huila, a un pueblito llamado Gaitania, denominado anteriormente La Colonia Penal, por haber existido cerca de allí una penitenciaría, y después San José de Atá. Presos que habían sido liberados se habían quedado en esos parajes. Gaitania era un pueblito destartalado, mezquino: no más que una desordenada calle, bordeada de casuchas míseras, muchas de ellas techadas con hojas de cinc, conducía a la plaza de armas. Situado en lo alto de la montaña, incluso algunas más altas se alzaban alrededor. Ningún camino llevaba hasta Gaitania.

Los camaradas encontraron a los campesinos que buscaban acampados en una orilla del río Atá. Este río nace en el Nevado del Huila y resbala a través de un selvático cañón, cerca de las casuchas del caserío de Peñarrica, donde desagua un pequeño afluente que es el San Miguel. Recientes tumbas cavadas cerca a su campamento demostraban que entre los

fugitivos, algunos de estos habían muerto. Su estado miserable era evidente.

A medida que los camaradas se acercaban, los campesinos del campamento corrían acudiendo a ampararse con sus rudimentarias armas y por eso Manjarrés avanzaba lentamente, sólo, hacia ellos.

Al líder de los campesinos lo llamaban Ciro Trujillo Castaño y, puesto que quizá este no era su verdadero nombre, lo llamaremos Ciro. Era flaco de contextura, ojos negros e inquietos y casi siempre llevaba puesto el típico sombrero de fieltro campesino, de copa alta y ala larga. Era un tipo de humor cambiante, destinado a ser un día famoso dirigente campesino. Contó a los camaradas que él había traído a los campesinos hasta allí, desde la región de Natagaima, donde la violencia era tremenda. Algunos de ellos habían muerto de agotamiento en el camino. ¿Adónde podían ir?

El optimismo contagioso y la actitud fraternal de los camaradas transmitió una nueva confianza a aquel grupo desanimado. Permanecieron con ellos una semana; durante ese lapso, sea en conversaciones personales, sea en reuniones con la participación de todos los campesinos, proponían establecer una mutua futura colaboración y les ofrecían una modesta ayuda material.

Manjarrés, inspeccionando la zona, vio que podía ser defendida y constató que la tierra era fértil y los recursos humanos escasos. Hombres de coraje podían esconderse y sostenerse allí. Comunicó a Ciro su parecer, haciéndole algunas sugerencias para incrementar la eficacia de la movilidad y combatividad de su grupo. A Ciro le había impresionado su pericia.

Dentro del grupo de campesinos, había un joven llamado Jesús María Oviedo Prieto; tocaba guitarra, tiple y cuatro, y lo apodaban Mariachi por su predilección por la música mejicana. De noche se sentaba junto al río y allí tocaba y cantaba para solaz de la concurrencia. El quejumbroso sonido de su guitarra se mezclaba con el murmullo de la rápida corriente del agua.

Y como ya los camaradas estaban preparándose para marcharse, Ciro le dijo a Manjarrés esto:

«Permite que uno de tus hombres se quede con nosotros algún tiempo. Nos podría enseñar muchas cosas que nosotros no sabemos».

«¿A cuál de ellos?», le preguntó Manjarrés.

Ciro señaló a Richard.

Cuando la policía, poco después, vino a Gaitania, fue a Richard a quien tocó conducir al grupo por el río San Miguel hasta las pocas casuchas que constituían el caserío de San Miguel.

Una noche, las linternas se encendieron en las lejanas colinas, para avisar a El Davis que el enemigo se acercaba. Muchos de los combatientes se habían ausentado, en cumplimiento de sus misiones.

Bajo la oscuridad, Olimpo y Rumique marcharon a la cabeza de los guardas, por el río Cambrín, hasta los barrancos y matorrales aptos para ponerse en emboscada contra la chulavita.

La columna enemiga entró al despuntar el día, por una trocha tortuosa. Las estrellas no se habían apagado todavía y quedaban algunas vagas sombras en las montañas. Los camaradas dieron muerte a algunos de los enemigos, concentrando sus esfuerzos hacia la parte trasera de la columna y dirigiendo su línea de fuego hacia el centro, con la esperanza de que se les desvertebrase la formación.

Esta vez eran muchos los policías y no permitían dejarse parar por los camaradas. Los camaradas los contuvieron varias horas en el río, pero terminaron por atravesarlo. Ya era el medio día. El calor comenzaba a golpearlos.

Rumique despachó a un emisario para El Davis: que los campesinos le metan candela al campamento y lo abandonen, dijo. Cuando vio a lo lejos el humo subiendo por sobre los árboles, pidió a sus hombres dejar que la chulavita subiera la escarpada enmarañada cuesta.

Cuando los policías subieron hasta el campamento, lo encontraron desierto y las habitaciones y otras construcciones de madera, en llamas. También se dieron cuenta de que los habían agarrado en una trampa. Una vez que estuvieron dentro del campamento, los camaradas los acorralaron. Estaban tan cerca de ellos dentro de zanjas y detrás de las construcciones ardiendo, que los policías podían oír claramente los sarcasmos e insultos proferidos contra ellos.

Los chulavitas se refugiaron en las ruinas carbonizadas del puesto de guardia, una parte del cual aún ardía. Los camaradas alcanzaban a oír a los oficiales discutiendo excitados sobre

lo que debían hacer, sus voces chillonas, alarmadas. Pero los policías no intentaban escaparse. Permanecieron allí por horas, durante el calor de la tarde y la noche. Si se dejaban ver, les disparaban; si tenían que hacer sus necesidades o ir a buscar agua, los mataban. Durante la noche, tiraban salvas de metralletas hacia la oscuridad, temerosos de que los agarrasen por asalto; pero los camaradas eran muy pocos para eso.

Con el crepúsculo, un pánico se desató en medio de los policías: estos se retiraron, primero formando un cuerpo compacto, pero, luego, al ser perseguidos y acosados por los camaradas, rompieron filas y se dispersaron, de suerte que algunos fueron bajados a machete.

Ese mismo día los campesinos comenzaron a reconstruir El Davis.

Transcurrió un tiempo de aislamiento completo para los camaradas. No recibieron palabra alguna fraternal, ni directivas de los líderes del Partido desde la capital, quienes estaban siendo perseguidos. El Partido deseaba ante todo mantenerse dentro de la legalidad en el país. Había hecho un llamamiento al pueblo para defenderse si era atacado; pero se oponía a una confrontación armada con el gobierno conservador en una guerra civil.

El Partido sabía que había guerrilleros luchando en las cordilleras pero pensaba que sus acciones no eran más importantes que las de las uniones obreras en las ciudades, a las cuales las autoridades habían prácticamente aplastado. Únicamente mediante la oposición conjunta de los obreros y de los campesinos la represión sería derrotada, decía.

Los guerrilleros del Partido en el sur del Tolima, a quienes la Prensa Nacional calificaba de bandidos, habían tomado las armas para defender sus vidas y las de los campesinos. No fueron ellos quienes optaron por la guerra, pero una vez en ella deseaban convertir esta lucha obligada en una lucha revolucionaria. Era lo que los camaradas campesinos soñaban hacer en El Davis.

Explicaron a los campesinos que ellos querían tomar la tierra de los propietarios ricos y dársela a ellos, y que deseaban organizar una sociedad más justa y más humana; pero que no podían hacerlo sin tomarse primero el poder político en el país.

Días, meses, pasaron.

Más soldados y chulavitas llegaron al sur del Tolima.

Empezaron a construir carreteras y una pista de aterrizaje en Chaparral, para proseguir mejor la guerra.

Las autoridades gubernamentales seguían creyendo que los campesinos iban a rendirse ante el temor y las armas. Aquellos campesinos de quienes se sospechaba de ayudar o simpatizar con los guerrilleros fueron asesinados. No se hizo investigación acerca de tales crímenes. La codicia se convirtió en incentivo, motor de la represión, especialmente entre vigilantes y caciques políticos locales. La tierra, las propiedades, eran usurpadas por la fuerza o mediante intimidación. Los campesinos maltratados huyeron a las ciudades o buscaron la protección de los guerrilleros.

Algunas autoridades locales tenían la facultad de ejercer control sobre la violencia. Pero en aquellas regiones del Tolima donde no había guerrilleros y que ofrecían fácil acceso, deambulaban bandidos y asesinos pagados; allí ocurrían crímenes por venganza y los indios eran despojados de sus tierras por los conservadores, e igualmente por los liberales.

Los vigilantes y chulavitas no solo mataban a los campesinos liberales, sino que incluso llevaban a cabo mutilaciones rituales sobre los cuerpos inanimados. Deseaban no sólo acabar con sus víctimas, sino meterlas simbólicamente en la categoría de quienes no son considerados como personas.

La economía del departamento que en su mayor parte dependía de la agricultura, declinó. Los campesinos huyeron de las tierras; los cultivos fueron quemados o saqueados. Las haciendas ganaderas y las fincas de café, abandonadas.

El Davis, dentro de tal alboroto, era como una Esparta. Pero cada familia de refugiados que llegaba, agregaba su pobreza a las dificultades que ya pesaban sobre la comunidad. Los camaradas impusieron una disciplina férrea. Los combatientes vivían ahora en especies de casetas militares. Comités y comisariatos controlaban, en su mayor parte, los diferentes aspectos de la vida de los campesinos.

Los camaradas crearon nuevos comandos en Peñarrica, Córdoba y Sucre, sitios donde los campesinos les pedían protección. Nunca atraían a los chulavitas a sitios donde la persecución no fuera implacable, pues hacerlo sería entregar al desastre a los campesinos que moraban allí.

Los guerrilleros liberales formaron comandos en Bilbao, Horizonte -no El Horizonte cercano a El Limón-, en Rioverde y

Herrera.

Muchos de los diecisiete camaradas que se habían enrolado en la marcha de Chicalá, ascendieron a comandantes guerrilleros. Estos hombres, dirigentes por temperamento, disfrutaban de estima, no solo por la autoridad emanada del título sino porque demostraban valor y arrojo. A la gente le gustaba estar bajo sus órdenes y los campesinos, en general, los querían porque sabían lo que era compartir apuros, peligros y, ¿por qué no?, los muertos también.

Eran jóvenes y estaban sujetos a la vanidad personal, a los egoísmos: pero el calor fraternal hacía olvidar a los hombres sus pequeñeces.

Manjarrés poseía al mismo tiempo sentido político y tacto militar. Baltazar provenía de idéntico molde. Llanero era un estupendo guerrero, pero indeciso, y adolecía de una reducida intuición política.

Llegaron allí a La Ocasión algunos jóvenes guerrilleros liberales bajo la conducción de un verdadero indio de los lados de Natagaima, de nombre Jacobo Prías Alape, a quien llamaremos Charro Negro, apodo dado por los campesinos a causa del aspecto requemado de su piel. Era un hombre chistoso, con la boca repleta de dientes de oro, distintivo del orgullo del indio. Era astuto y combativo, había peleado durante algún tiempo en los Llanos y era jefe de una cuadrilla digna de los hombres de su estirpe. Los camaradas lo respetaban y el Estado Mayor Unificado lo envió a combatir a los chulavitas en los contornos de Gaitania.

Entre estos comandantes campesinos pocos poseían las capacidades de Richard. Se hacía a la simpatía de los campesinos por su amabilidad, por sus palabras de aliento y su paciencia para explicar aquello que ellos no comprendían. Ostentaba bigotes escurridos, negros; tenía una mirada aguda e inquisitiva. Afirmaba que los camaradas eran sus hermanos y el Partido su hogar. Y porque le gustaba pelear, sus hombres lo seguían.

Yosa, que lo quería mucho, le dijo:

«Hijo, José: ¡no mates a toda la chulavita! Sé generoso. ¡Guarda algo para el resto de los que quedamos!»

Los campesinos liberales se sometían al mando de los camaradas porque estos los protegían, debido a lo ingeniosos que eran, y a su integridad, y a que la solidaridad campesina

no representaba tanto acatar un ideal o un programa definido, sino una solidaridad entre necesitados.

Nunca antes gentes de su misma clase les hablaban de fraternidad, se dirigían ellos mismos, a las mujeres y a los jóvenes, confiándoles tareas para que las cumpliesen. Ahora ya ellos sabían no sólo contra quien luchaban, sino por qué estaban luchando. Sabían por qué debían sufrir y por qué debían esperar.

Es invierno. Las lluvias implacables a través del Tolima han arrastrado las lomas, las carreteras han sido borradas. El río Grande crece.

En El Davis un manto permanente de nubes, de color plomizo, se extiende sobre las montañas. El río Cambrín se avienta y ruge. El aire frío y mojado. El mundo está sumergido en un verde y blanco silencio.

Los camaradas están desanimados. Ahora más que nunca sienten su aislamiento. ¿Qué está ocurriendo detrás de estas montañas? ¿Qué están pensando los dirigentes del Partido? ¿Cómo pueden establecer contacto con los obreros que viven en las ciudades, allá lejos? El campamento parece tétrico, solitario, yerto.

Estos son días angustiosos para Olimpo. Con las lluvias del invierno, el cólera puede aparecer; también otras enfermedades. ¿Y si una epidemia cayera sobre El Davis? Temían la presencia del primer caso. Olimpo se había revestido de valentía para atender a los enfermos, porque ningún médico había ido por allí. Pero habían muerto criaturas y ancianos, por carencia de los conocimientos de un facultativo y sus cuidados. Jamás alcanzaba a disponer de remedios suficientes, ni de vendas, ni de drogas.

La lluvia acarrea tristeza y monotonía. Los campesinos tienen poco que hacer. Desyerban y a ratos limpian los surcos de la granja donde el maíz nuevo está retoñando. Trabajan en grupos, desplazándose lentamente a través de los terrenos inundados bajo la lluvia.

Pocas misiones se encomiendan y los combatientes permanecen en los cuarteles.

Los campesinos miran cómo cae la lluvia. Se cubren con ruanas de lana o encauchados. Es la época en que se dedican a la cogienda de las fruticas de café; claro, únicamente un café silvestre que se da en estas alturas. Los niños chapotean y se

persiguen unos a otros en los charcos y en el lodo.

Olimpo ha escrito algunos poemas, los ha sacado en mimeógrafo y encuadernado. Es este su primer libro, tiene su nombre en la carátula, y está contento. El Poeta se ha inspirado para escribir estas líneas fervorosas:

El turbión que estremece a mi pueblo
oprimido y violado por Ley
me coloca el fusil en las manos
y me llena de una nueva fe.

Esto forma parte de un poema que los campesinos denominarán el Himno Guerrillero y cantarán en coro como si se tratase de su himno ya comúnmente adoptado.

El viejo Pedro Ramos anda por todas partes, con la lluvia hace el hazmerreír y, efectivamente, hace reír a los campesinos. Les gustan esta clase de chistes y le ofrecen café en sus casuchas donde no falta un crucifijo de madera ni una virgen de yeso.

Los campesinos son católicos únicamente por tradición, pero se mantienen profundamente ligados a la práctica de las ceremonias religiosas. Es Olimpo quien los casa, pero lamentan el hecho de que ningún sacerdote haya venido a El Davis para consolarlos, para bautizar a los niños, o para prestar los auxilios de la religión a los moribundos, y también el hecho de que la Iglesia esté precisamente del lado de los perseguidores.

Son supersticiosos y durante las prolongadas ociosas horas, se cuentan relatos acerca de duendes, espíritus maléficos que de vez en cuando toman forma humana y juran haberlos encontrado en senderos solitarios de las montañas. Los duendes son caprichosos y gozan con atormentar y asustar al hombre.

Los niños escuchan boquiabiertos.

Afuera, bajo la lluvia, guardas escoltan viniendo hacia el campamento, a siluetas decaídas, todas raídas, arqueadas bajo cargas pesadas, aturdidas. Pese a que los senderos se han borrado, a los torrentes furibundos, a las patrullas de policías, otra familia campesina más logró hallar su camino hacia El Davis.

Yosa viajó a San Miguel para persuadir a Ciro de traer a sus hombres con sus familiares a El Davis. Llegaron dos meses

después y fueron puestos bajo las órdenes de la autoridad del Comando de El Davis. Se habían provisto de sal que los indios extraían del cauce del río San Miguel; este abastecimiento se convirtió en la única fuente estable para los campesinos.

Ahora los guerrilleros tenían considerable éxito.

Las fuerzas de Charro Negro aplastaron un destacamento de policías cerca de Gaitania. Una comisión conjunta atacó y acabó con el puesto de policía y casi todo el pueblo de Organos en el Huila. Organos era un baluarte conservador, donde un cura cruel, fanático, siempre armado con una carabina mejicana, comandaba a los vigilantes. Una noche, dirigidos por el terrible Fidel Rico, unos combatientes se apoderaron de la pequeña ciudad de San Miguel, el San Miguel del Huila, les quitaron armas y provisiones y distribuyeron hojas sueltas de propaganda. La chulavita no se esperaba que viniesen hasta tan lejos de su base.

Los habitantes de Herrera se alzaron contra las autoridades. Durante sesenta días la banda liberal de Peligro se sostuvo en la localidad. Entonces irrumpió la policía, y cuando se retiraron los guerrilleros, mataron docenas de campesinos cuyos cuerpos arrojaron al río Saldaña.

Los campesinos de El Davis no sabían lo que podía pasar en Herrera. Organizaron una fiesta para celebrar estos triunfos. Las familias de los guerrilleros liberales vinieron desde La Ocasión trayendo comida y bebidas. Esta noche a los campesinos se les permitió beber guarapo. Bailaron, fraternizaron y cantaron aquellas lentas, melancólicas canciones de las montañas. Soñaban con un pronto regreso a sus hogares.

En estos momentos la Nación Potente se hallaba combatiendo a los camaradas, en Corea, el País allende los mares.

La Nación Potente pidió al Tirano ayuda militar, y puesto que él odiaba a los camaradas y dependía de los favores de la Nación Potente, envió a luchar en pos de esta un batallón que se denominó Batallón Nacional[3] ; este zarpó del puerto de Buenaventura, en mayo de 1951.

Fue la primera vez que soldados de este continente tomaban parte en una guerra ultramarina y algunos de ellos murieron en aquellas tierras lejanas. Jóvenes oficiales del

3. Batallón Colombia.

ejército aprendieron allá métodos modernos de guerra, que un día utilizarían contra los camaradas en su propio país.

El Partido habló abiertamente contra la guerra y la actitud del Tirano. Obreros de las ciudades protestaron también. La policía dio muerte a dos de sus más insignes dirigentes. Mató a Julio Rincón en Cali, y en la capital asestó golpes hasta matarlo a Manuel Marulanda Vélez, cuando se estaba terminando una manifestación obrera contra la guerra ultramarina.

Ahora, la chulavita había impuesto un bloqueo económico en la región de El Davis y trataba de hacer pasar hambre a los campesinos rebeldes, hasta cuando se sometieran. Controlaban el tránsito de los campesinos en las carreteras y en los mercados donde vendían sus productos. Las expediciones de aprovisionamiento de los camaradas estaban expuestas a enorme peligro.

Ahora más que nunca los dos grupos guerrilleros necesitaban unificar sus objetivos.

Pero las diferencias entre ambos se hicieron evidentes. Al principio se trataba de asuntos de carácter práctico, de desacuerdo acerca de la manera de proseguir la guerra. Los liberales de La Ocasión rechazaban el llamamiento de los camaradas destinado a hacer las paces con los campesinos conservadores.

Los liberales carecían de una estructura militar firme: sus planes eran concebidos a la carrera; los combatientes cumplían o no cumplían con sus deberes, según su antojo, y adolecían de los vicios de quienes manejan las armas pero carecen de profundas convicciones.

Guerrilleros liberales atacaron el pueblo de Santiago Pérez para liberar a campesinos presos; pero fracasaron por haber querido primero dedicarse al pillaje. Cuando los hombres de Peligro ocuparon a Herrera, cometieron graves fechorías.

En el terreno militar, los camaradas acordaban la supremacía de una organización centralizada y estrategia por encima de la improvisación. Cada combatiente, cuando se le encargaba una misión, llevaba órdenes precisas y jugaba importante papel dentro de un plan táctico. Someterse a esa clase de disciplina era una ofensa para un guerrillero liberal.

Los camaradas sentían encarnar un ideal. Este ideal se convirtió en motivo de discordia. Los camaradas deseaban

transformar una guerra defensiva en otra en pro de justicia social. Los guerrilleros liberales de los Llanos, pues estaban luchando por el triunfo de su partido, pedían modestas reformas sociales. Aquellos de La Ocasión no tenían idéntico incentivo y hacían una guerra sectaria.

La región pertenecía a los liberales. El Davis era un enclave aislado allí dentro. Sin embargo, los camaradas habían empezado a tomar el control de lo relacionado con la economía, la educación y la cultura. En las aldeas habían organizado comités de apoyo al Frente Democrático. Ahora, debido al bloqueo, querían reglamentar el comercio y los precios de las mercancías de la región en beneficio de la colectividad.

Algunos jefes liberales admiraban la integridad moral de los camaradas y la entereza de sus propósitos; pero el Comando Liberal era hostil a dichos proyectos y a su influencia creciente entre los campesinos liberales, con quienes habían forjado fuertes lazos de simpatía.

Pedro Marín Marín y su pequeño grupo de combatientes del Quindío terminaron por unirse a las fuerzas liberales de La Ocasión.

El sobrenombre de Marín era Tirofijo por la precisión de su puntería con un arma de fuego. Este nombre le había sido dado por sus compañeros, no lo había escogido él. Pese a su juventud ya era un guerrillero combativo importante; pero estaba dispuesto a someterse a la autoridad de otros. Ser guerrillero parecía ser su oficio por naturaleza.

Una tarde tranquila vino solo a El Davis, caminando desde La Ocasión por la orilla del río.

Marín habló con sencillez con Isauro Yosa, sobretodo de asuntos relacionados con fincas, hojeó un libro que le propuso prestarle Olimpo, pero contestó que no estaba en capacidad de leerlo. Sentóse, tranquilo, con algunos campesinos durante una lección de política, y luego se fue.

Alcanzaban a vivir hasta cinco mil campesinos en el campamento del comando de El Davis, mucho más que en un pueblo o en una pequeña ciudad. Las mujeres eran más numerosas que los hombres, porque la chulavita había apresado o matado a sus compañeros y ellas habían acudido al comando para protegerse.

Vistas desde las colinas, al otro lado del río Cambrín, las

casuchas, ramadas del campamento y los campos cultivados, se presentaban contra la sombría, profunda, intensa verdura de las montañas selváticas. A menudo el viento hacía ondular los árboles, de forma que parecían una gran ola marina.

El Estado Mayor Unificado continuaba reuniéndose en El Davis para discutir acerca de cuestiones militares, de la defensa de la región y del abastecimiento.

El Comando de El Davis estaba encargado del control de la vida de los habitantes del campamento y se había convertido prácticamente en especie de entidad gubernamental. El campamento era diferentísimo de lo que había sido el primer asiento de sus comienzos. Los camaradas lo habían concebido a semejanza de un campamento militar, organizado con una idéntica rigidez y sistema defensivo. Los campesinos tenían que aceptar la disciplina colectiva. Cualquier falla en El Davis, fuera humana o de procedimiento, podía acarrearles la ruina. Para salir de la región un campesino necesitaba un salvoconducto concedido por el comando.

Civiles y combatientes ahora vivían por separado.

Eran los miembros del Frente Democrático y sus diferentes comités quienes organizaban la vida civil. El comité femenino abrió lavandería, enfermería, cocina, centro de higiene; el comité para la educación se encargó de la instrucción de los niños y de los campe-sinos adultos analfabetas; el comité juvenil se ocupaba del aspecto moral de los campesinos y de la propaganda.

Las consignas eran transmitidas por los comités en la plaza de armas, donde los campesinos se reunían cada madrugada.

Los cuarteles y áreas de entrenamiento de los combatientes se hallaban aislados, dentro del campamento. Allí estaban el arsenal y la ferretería, la sastrería, zapatería, carpintería. Correspondía a la Comisaría Política la dirección de asuntos militares y de disciplina. No había mujeres guerrilleras.

La instrucción política se impartía tanto a civiles como a combatientes.

En El Davis la agricultura había sido colectivizada. La mayoría de civiles en capacidad de trabajar, los ancianos así como los niños impúberes, se ocupaban de la granja. Ahora ya disponían de algunas mulas para ayudarse en los transportes, cosecha, labranza.

El sector de abastecimientos, comida, sal, mantas, kerosén,

velas, eran racionados y distribuidos por un almacén común.

La forma de organización de los camaradas para su funcionamiento francamente tenía que atravesar por circunstancias difíciles y condiciones de extrema escasez. Las cosas pasaban de una mano a otra por trueque, entre los campesinos. El dinero, que muy pocos poseían, no tenía valor. Eran verdaderamente pobres.

El Tirano estaba muy mal de salud. Por un tiempo encargó de la Presidencia de la República a un parlamentario, pero seguía gobernando por debajo de cuerda.

Su intención de pacificar el país por la fuerza no hizo más que incitar más y más a la gente a la revuelta. Fue perdiendo las riendas de su partido. El Presidente, de quien era sucesor, estaba conspirando contra él. El gobierno comenzaba a dudar de su propia supervivencia.

Ahora el Tirano pensó entenderse con los políticos liberales, a quienes había perseguido. Comprendía que en ausencia de un cierto compromiso entre los dos grandes partidos políticos, no era posible la estabilidad social y que el pueblo pudiera forjarse un nuevo destino.

Los camaradas de El Davis debatían acerca de varios tópicos de la vida local y nacional. ¿Acaso sería posible unificar los distintos frentes guerrilleros que actuaban en el país? ¿Una vez unidos alcanzarían a ser fuertes lo suficiente como para tomarse el poder? Aún no habían oído ni una palabra al respecto, de boca de los dirigentes del Partido.

En junio de 1952, el gobierno había mandado soldados para pacificar los Llanos. El Tirano sospechaba que los guerrilleros del ejército liberal de allá, en realidad, eran camaradas. Fue esta la primera intervención oficial militar en el conflicto entre los partidos. Comenzaron a llegar con mucho más fuerzas al sur del Tolima. Desde Chaparral, Natagaima, y desde Neiva, en el Huila, lanzaron una ofensiva contra la cordillera.

Hubo una lucha tremenda cerca de Gaitania. Charro Negro y Richard, más sus combatientes, contenían a los soldados. Richard fue despachado a constituir un nuevo comando en El Infierno, una garganta de las montañas, por encima del río Saldaña, lejos de El Davis. Con humorismo sombrío, terminaba cada uno de sus despachos de este modo.

«Les envío saludos revolucionarios desde El Infierno».

Las autoridades reconstruyeron el pueblo de Organos. Una comisión conjunta al mando de Llanero lo atacó una noche. Esta vez las cosas no anduvieron muy bien. Cuando cargaron contra el puesto de policía, fueron cogidos entre un pesado fuego cruzado. Los guerrilleros necesitaron de cinco horas para apoderarse del pueblo, y perdieron vidas en demasía, en pago de tan modesta ganancia.

Una tarde, hombres de los guardaespaldas de Gerardo Loaiza se presentaron donde Olimpo:

«Don Gerardo desea hablar con usted», le dijeron.

Loaiza, de vez en cuando, se quedaba en una de sus fincas a poca distancia de El Davis.

Entregó a Olimpo una carta para que la leyera. Venía de la Dirección Liberal Departamental. Se aconsejaba a Loaiza que no continuara su alianza con los miembros de un partido político enemigo de un gobierno democrático, de las convicciones sociales y religiosas de los liberales, y decía que ese dicho partido era un lacayo de la Grande y Fraternal República.

Olimpo disfrutaba de muy buenas relaciones amistosas con Gerardo Loaiza.

«Concretamente hablando ¿qué quiere decir esto?», inquirió.

«Olimpo, hijo, por lo pronto eso no significa nada», contestó Loaiza. «Pero las cosas se están volviendo complicadas», agregó.

Loaiza siempre acataba las instrucciones de los dirigentes de su partido: los camaradas lo sabían.

A pesar de la lucha común, el Comando Liberal en la actualidad trataba de incitar a los campesinos a volverse contra los camaradas. Los liberales les decían que los camaradas estaban a favor de los campesinos conservadores, que no tenían religión y que al asignar puestos de responsabilidad a mujeres y niños atentaban contra la integridad de la familia. Decían que si un día los camaradas llegaban a triunfar en el país, colectivizarían la tierra tal como lo habían hecho en El Davis.

Estas eran palabras, no más; no se había hablado de ruptura; pero se había acelerado la tensión ya existente entre los dos grupos.

A Yosa le gustaba escuchar el golpeteo de la lluvia, que acallaba otros sonidos. Le gustaba también ver las faldas empapadas de las colinas vaporosas cuando el sol volvía después de la lluvia. Ramas y hojas relucían con las gotas de agua semejante a joyas y el olor de la tierra húmeda, preñada de sabia y de humus, esparcido por doquier.

A veces, al atravesar la plaza de armas, durante las habituales actividades del campamento, alzaba a un muchachito atrayéndolo contra su ancho pecho, y escuchaba su alegre canturreo. Entonces era invadido por la nostalgia. No era bueno para el hombre vivir solo, sin producir un fruto.

Ahora iba por el muy trajinado y estrecho sendero de la granja; algunas palabras del Poeta resonaron en su mente:

Cuando tengas mujer bajo tu mano
Cuando tengas mujer bajo tu estrella
Cuando tengas mujer en el verano
Tu fusil dejará de ser centella.

De la granja salía un estallido de gritos, carcajadas y canciones. Las mujeres estaban contentas, despreocupadas a pesar de cuanto habían sufrido. Le echaron a Yosa una pícara mirada, como quien ya sabe. Él les dijo que estaba inspeccionando el campamento por esos lados. Pero, ellas sabían a dónde se dirigía él.

Al fin se detuvo allí donde una muchacha de cabellos negros, tímida, recatada, lo suficientemente joven como para ser hija suya, se hallaba en su quehacer. Se ruborizó y fingió no percibirlo. Yosa le habló con ternura.

Arrancó una flor silvestre, la mantuvo dándole vueltecitas entre sus dedos y se la ofrendó como para pedirle excusas por tantos años que él había vivido sin ella.

Una mañana, los campesinos fueron removidos por un furioso sonido, zumbando como si algún escarabajo gigantesco estuviera girando rabioso detrás de las cimas de las montañas.

Tres pesados bombarderos Heinkel aparecieron, volando bajo. Enormes explosiones rasgaron el aire al soltar sus bombas donde cayeren. En sus casuchas los ancianos doblaron las rodillas para orar, los niños gemían metiendo sus rostros entre las faldas de sus mamás; los campesinos corrían de un lado

para otro, aterrados no solo por el ruido de las bombas sino por el ruido de los aviones. El suelo parecía empujado por debajo de ellas, caían de nuevo y un humo negro llenaba el cielo claro.

Los campesinos ya habían pasado por la experiencia de aviones militares de reconocimiento; pero este había sido el primer ataque aéreo en la región. Los aviones habían venido de Chaparral. A partir de ahora, con frecuencia volvían a El Davis y se iban. Los campesinos se les escondían en los bosques y en cuevas a lo largo de las orillas del río, y así había pocas víctimas.

Los camaradas trataron de derribar los aviones mediante sus modestas armas de fuego, pero esto era prácticamente imposible.

Durante uno de los ataques siguientes, Olimpo les disparó con su fusil desde la copa de un árbol. Al estallar, una bomba lo derribó al suelo y lo tapó bajo tierra. Los camaradas lo sacaron, inconsciente, casi asfixiado.

No tardó Olimpo en irse de El Davis para siempre. Los campesinos liberales que vivían a lo largo del río Amoyá, solicitaron ayuda a los camaradas con el fin de fundar allí un comando. Olimpo fue escogido para desempeñar dicha tarea y, un señor llamado Efraín Valencia, a quien en adelante llamaremos Arboleda, se unió a él en calidad de comandante militar. Arboleda era un guerrillero liberal; siempre había luchado al lado de los camaradas, y estos le tenían confianza.

Al nuevo comando se le dio el nombre de El Davis II y, a veces, el de Seúl en honor de los camaradas que luchaban contra la Nación Potente, en aquel País allende los mares.

Baltazar reemplazó a Olimpo como comisario político de El Davis. Pidió se abrieran algunas trincheras, fuera del campamento, para la defensa.

Las relaciones entre los dos grupos guerrilleros empeoraron. Acordaron reunirse en el campamento del comando liberal de Horizonte para discutir y ver en qué consistían sus diferencias. Cuando los comandantes guerrilleros y delegados se dirigían hacia el sitio convenido, les llegó la noticia de que chulavitas y soldados, la mayor parte soldados, habían preparado otra ofensiva; así que tuvieron que regresar a sus puestos. Los soldados contaban por primera vez con apoyo aéreo en el sur del Tolima; sin embargo, los guerrilleros los rechazaron de nuevo porque ahora eran más numerosos y gozaban de mucha

experiencia en la guerra.

Cuando los dos grupos de guerrilleros al fin se encontraron, entablaron el debate acerca de cómo cada cual podría trabajar en pro de sus anhelos políticos sin que el uno causara daño al otro. Los liberales deseaban acabar con las acciones militares conjuntas, y hablaron de separar los suyos de los camaradas y crear sus propias zonas de influencia, a las cuales no tuvieran acceso los camaradas.

Los camaradas decían que tal medida conducía al debilitamiento de la lucha común, en provecho del enemigo. Dijeron que las diferencias entre ellos no eran hondas, y que con el tiempo podrían resolverse.

Por el momento nada cambió.

Pero en la siguiente conferencia de los guerrilleros liberales sostenida en La Ocasión, Gerardo Loaiza visiblemente bajo las órdenes de la Dirección de su partido, se expresó pausadamente, sin rencor hacia los camaradas y enumeró brevemente los cargos de los liberales contra aquellos.

Dijo que los liberales habían invitado a los camaradas a su región; pero estos los habían traicionado desde el instante en que habían empezado a propagar sus ideologías entre los campesinos. Estas no eran las convicciones y creencias naturales de los campesinos, sino que les eran impuestas porque los camaradas se reservaban puestos vitales del comando. Eran de una doctrina extranjera, importada desde la Grande y Fraternal República.

Loaiza pidió que la asamblea votara por la ruptura con los camaradas, y la asamblea asintió.

Charro Negro y Pedro Marín Marín se opusieron a la moción y se llevaron a quienes estaban de acuerdo con ellos, el uno hacia el río Atá y el otro hacia un punto llamado El Socorro. Dijeron que su deber era combatir a chulavitas y soldados, y no a los camaradas. De ahí surgió una gran amistad entre los dos hombres.

Venida del campo de los liberales, corrió la voz de que los camaradas debían evacuar El Davis y regresar a los lados de El Limón de donde habían venido. Lo que era inimaginable. ¿En qué iban a convertirse los campesinos protegidos por ellos?

«Nuestros amigos liberales se han quedado con las cartas», dijo Yosa. «Debemos esperar a ver hasta qué punto el juego es serio».

Cierto día en una emboscada contra algunos chulavitas, un guerrillero liberal les quitó un fusil y, siguiendo la costumbre de los liberales, lo guardó como un trofeo personal. Días más tarde, se presentó a El Davis con el arma. Baltazar, quien asumía la comandancia de guardia ese día, decomisó el fusil en nombre del Estado Mayor Unificado.

El día siguiente los liberales atacaron El Davis.

Llegaron al amanecer y tan repentino fue el asalto, que hubieran podido apoderarse del campamento, de no haber habido un centinela que, intrigado por la presencia de tantos hombres armados, gritó: «¡Alto! ¡Quién vive!», y sobre el cual dispararon. Los tiros alertaron al campamento, donde se creyó que eran los chulavitas quienes se hallaban cerca. Los camaradas apresuradamente empuñaron sus armas y con la ropa puesta encima a medias, corrieron hacia sus puestos defensivos.

La luz del día era lo suficiente como para reconocer hombres que ayer habían sido sus amigos. Baltazar se había casado con una hermana menor de Gerardo Loaiza. ¿Acaso estarían soñando? Estaban aterrados de ver hasta dónde habían llegado las cosas y, alarmados, pues los liberales estaban familiarizados con su sistema defensivo, con todos los accesos secretos conducentes al campamento. Gritaban: «¡Imbéciles! ¿Qué les pasa?! ¿No me reconocen?» «¡Soy Pedro!» «¡Juan!» «¡Gilberto!» ... Los liberales no contestaban; pero trataban de matarlos.

Los camaradas opusieron una desesperada resistencia y se quedaron con el campamento. Las trincheras nuevamente cavadas los amparaban. Preferían morir antes que ceder terreno. Cuando los liberales se retiraron, cinco camaradas habían perdido la vida. Pe-dro Rumique, comandante militar, había sucumbido de un infarto. Los camaradas estaban en silencio, sus semblantes sombríos. Despacharon las noticias a otros de sus comandos. Horas más tarde supieron que los liberales habían interceptado una comisión del Disco Rojo y dado muerte a Misael Chávez.

Baltazar citó a los angustiados y asustados campesinos a una reunión del campamento. Que los camaradas continuarían defendiéndolos, les dijo, y que los liberales habían roto ignominiosamente sus compromisos. Sus palabras eran

interrumpidas por los sollozos de las mujeres.

Yosa fue designado comandante militar de El Davis.

Jamás habían los camaradas pasado por peor estado de trastorno o de peligro.

Los campesinos estaban consternados por esta súbita, violenta disputa entre hombres que habían compartido juntos los peligros de la guerra, tanto las ganancias como las pérdidas. Habían ido a El Davis o a La Ocasión con idéntico sentimiento de seguridad. Si los campesinos no habían dejado abandonados ahora a los camaradas, esto era debido a que eran los liberales quienes habían provocado el conflicto, y a que los campesinos tenían confianza en los camaradas.

Se necesitó de esta ruptura funesta, para que los hombres decidieran su adhesión total.

Ciro ya era un camarada. Fidel Rico y Arnulfo Villa, comandantes liberales, cambiaron de campo. Mariachi, de mentalidad liberal, había ascendido de grado y ahora estaba al mando de guerrilleros en Sucre. Permaneció al lado de los camaradas.

Otros liberales vacilaban. Los camaradas consideraban que se habían convertido en sus enemigos. Charro Negro emprendió negociaciones difíciles con el Comando de El Davis. Pedro Marín Marín, quien no quiso pelear contra los camaradas ni contra los liberales, fue atacado por camaradas de San Miguel, a quienes capturó, les explicó cuáles eran sus opiniones, y los dejó en libertad. Fue este gesto de tregua el que terminó también por incorporarlo a El Davis.

Este conflicto suicida pudo sólo beneficiar a las fuerzas represivas. Los camaradas lo sabían pero no pudieron impedirlo.

«Los soldados necesitan no más esperar para enterrarnos», dijo Richard.

Pero ellos no aguardaron y atacaron también.

Rabioso, sangriento combate se desenfrenó ahora entre los dos grupos guerrilleros; una guerra dentro de la guerra; dramática, puesto que estos hombres habían sido aliados y hermanos, y puesto que conocían cada pulgada del terreno sobre el cual peleaban. Salían a buscarse los unos a los otros. A diario se entablaban combates mortales. Ataques y contraataques. No había tregua.

Algunos distinguidos miembros del Partido consideraban que los campesinos iban a ser la vanguardia de la futura revolución en el país. Sostenían que únicamente los campesinos podían, un día, derrocar al gobierno.

La Dirección de Partido no se puso de acuerdo con ellos. Tal opinión, afirmaba, podía únicamente conducir a una aventura. En la XIV Reunión del Comité Central del Partido, este declaró una vez más que a la acción aislada de guerrilleros campesinos jamás podría concedérsele la prioridad frente a la lucha armada de las masas organizadas.

Sin embargo, el Partido promovió una Conferencia Guerrillera Nacional, que se realizó en agosto de 1952, en una vereda de las cercanías de Viotá. Por motivos estratégicos se le denominó Conferencia de Boyacá[4] , departamento del país muy alejado de allí.

Viotá se había convertido en punto de asilo para campesinos provenientes de muchas regiones y un centro de entrenamiento para los guerrilleros del Partido.

El fracaso sufrido por las fuerzas gubernamentales para derrotarlos había producido en los frentes guerrilleros del país, tanto de liberales como de camaradas, una impresión de robustez. Les había llegado el momento de concertar sus actividades, y de ponerse bajo la autoridad de un Estado Mayor Unificado.

Asistieron delegados de grupos liberales de los departamentos de Antioquia y Santander, de grupos liberales y del Partido de Cundinamarca y oriente del Tolima, así como del mismo Viotá. La Dirección Liberal Nacional no estaba segura de ejercer su autoridad sobre el más amplio y el más glorioso de sus grupos, aquel que estaba luchando en los Llanos; le prohibió enviar representantes y designó a uno de sus miembros para hablar en su nombre. No se registró asistencia de delegados de La Ocasión.

Olimpo, en la actualidad instructor político de Viotá, habló por los camaradas del sur del Tolima.

El Secretario del Partido asistió a la Conferencia en cuyas decisiones fue el Partido el que ejerció la mayor influencia.

---

4. Conferencia de Boyacá o Primera Conferencia del Movimiento Popular de Liberación Nacional.

Los delegados se sentaron alrededor de mesas largas y rústicas instaladas en el balcón de la casa de una hacienda. El balcón, sostenido por pilares, daba la vuelta a la casa. Plantaciones verde-oscuro de café se extendían hacia lo lejos tan apacibles, que Olimpo aguardaba escuchar la sentida flauta de Amintas en las calurosas horas de la tarde. Se le vino a la mente el viaje del poeta Virgilio de vuelta a su tierra natal para morir. ¿Podría él mismo un día navegar sobre la inmensa mar y ver las ruinas de ciudades fabulosas?

La Conferencia prosiguió pausadamente. Cada grupo guerrillero deseaba escaparse de su aislamiento.

Al anochecer, cuando las sesiones se terminaron, el Secretario del Partido, quien había viajado a Viotá desde la capital, habló con los camaradas. Dijo así:

«La represión del gobierno ha dado a luz a una espontánea y tercera fuerza en el país, la guerrilla, y por supuesto nosotros, camaradas. Los dos partidos políticos tradicionales nos detestan y, ahora, incluso, nos temen.

«El Partido Liberal en privado ha sostenido la resistencia armada: pero, en público la ha condenado. Tiene sus propios guerrilleros; a la vez les teme y desea, en verdad, abandonarlos, incluso a los de los Llanos. Oigan mis palabras.

«La oligarquía -la política, la económica y la social- ya ha soportado lo suficiente con la guerra, que teme se convierta en una lucha de clases. Se ha despertado la conciencia revolucionaria del pueblo y ella lo sabe. Y aún es más: cuesta dinero y ha dicho a los políticos que la terminen. Con el Tirano o sin él, estos están negociando un acuerdo. No puede haber una solución frente a la guerra mediante las armas y es así como están buscando un arreglo político. Si no lo consiguen, los militares podrían adelantarse»

Distantes, las campanas de Viotá dieron la hora.

Las resoluciones de la Conferencia tuvieron más alcance de lo previsto. El contenido definitivo fue a la vez un llamamiento para empuñar las armas y la base de un programa de gobierno democrático y de reforma social y agraria. Estaba claro que la Dirección del Partido Liberal no se sometería a tal autoridad.

Las consecuencias de la Conferencia fueron pocas. No solo las distancias, sino las diferentes formas de comprensión, de organización social, de combate, separaban a los grupos guerrilleros.

Únicamente los camaradas del sur del Tolima sometieron a prueba las decisiones.

Los guerrilleros liberales se llamaban a sí mismos limpios -liberales genuinos- y a los camaradas sucios o comunes, es decir, manchados con ideas extranjeras.

Tanto el ejército como los guerrilleros liberales acosaban los comandos de los camaradas, de donde estos necesitaban despachar hombres para defender El Davis. En El Infierno los soldados se enfrentaron con las fuerzas de Richard en más de veinte ocasiones. Ahora, los soldados concentraban su ofensiva mucho más contra los camaradas como si fuesen éstos, y no los liberales, sus verdaderos enemigos. Los camaradas sospecharon que habían hecho un convenio con los liberales, puesto que dejaron algunos comandos liberales en paz, y permitieron a Peligro y sus hombres la toma de Herrera otra vez.

Los liberales impusieron su propio bloqueo militar y económico a El Davis y dieron órdenes a los campesinos de la región de no seguir abasteciéndolo. Patrullaban las trochas de las montañas. Ir en pos de alimentos era buscar la muerte. Expediciones de aprovi-sionamiento con hombres armados para defenderlos salían de El Davis a través de la selva, y de las montañas altas, hacia el Cauca, a donde los liberales casi no iban.

No se necesitó argumentos y bastaron pocos llamamientos para convencer a los campesinos de El Davis que obedecieran a los camaradas. Pero la tensión de los acontecimientos, las necesidades materiales, el aumento de las restricciones, el bombardeo persistente, crearon entre ellos una sensación de asedio; la angustia desvanecedora de quienes están atrapados.

Solían evocar la vida cotidiana pasada, las reuniones familiares animadas con charlas y risas, regateo en el mercado, los domingos, su yunta, dos bueyes de cuellos fuertes, impasibles, pláticas con los vecinos. Todo esto pertenecía a una época en que los hombres no habían tenido necesidad de huir, ni de esconderse, ni de vivir como animales, porque animales humanos habían sido mandados contra ellos.

Una noche pavorosa los camaradas trajeron el cuerpo exánime de Fidel Rico. Luego tocó el turno a Arnulfo Villa. ¿Acaso alguno de ellos iría a quedar vivo?

Pero Charro Negro, hombre de ardientes entusiasmos, de

valor a toda prueba, y Pedro Marín Marín, individuo de fuerza serena, habían traído a sus combatientes a El Davis. Este cambio debía acarrear consecuencias que nadie hasta el momento podía prever. Transformaron sus grupos en un comando único, móvil, dirigido por Charro Negro.

Pasaron meses.

Los liberales atacaron El Davis otra vez. El asedio duró tres días, y dos hijos de Gerardo Loaiza perecieron allí. Los liberales se retiraron. Veintiséis camaradas y cuarenta y cinco guerrilleros liberales habían muerto desde cuando había comenzado la disputa.

El ejército consideró que el conflicto debía haber debilitado a ambos bandos guerrilleros y emprendió una nueva ofensiva contra los dos. Cinco mil soldados, con ayuda aérea y por primera vez equipados con fusiles automáticos calibre 30, fueron rechazados.

Esta nueva necesidad de una defensa conjunta trajo consigo un alto al fuego, luego difícil tregua, y finalmente las primeras tentativas para llegar a un acuerdo entre los dos grupos guerrilleros. Estaban hartos de matarse entre sí.

Los combatientes que se habían trasladado a El Davis para defenderlo, regresaron a sus comandos otra vez.

El Partido despachó dos cuadros políticos a El Davis como consejeros de los camaradas. Fue este el primer contacto con la Dirección del Partido. Uno de los dos era Martín Camargo, miembro del Comité Central del Partido y, hacía poco, director de la Escuela de Cuadros de Viotá. El otro era Pedro Vásquez Rendón, miembro del Movimiento de las Juventudes del Partido. Camargo gozaba de gran autoridad.

Llegaron en un momento en que los camaradas necesitaban de una gran perspicacia política y solidez mental para encararse a los acontecimientos. Los camaradas campesinos comunes y corrientes los acataban debido a su prestigio, a su calidad de representantes oficiales del Partido.

Sólo Olimpo poseía capacidad intelectual para oponérseles, y él estaba ahora en Viotá.

Camargo, quien estaba poco informado acerca de la situación de los camaradas y de la heroica guerra que habían sostenido, comenzó a apersonarse del directorio político de El Davis, e inducir a los camaradas a la confusión.

Les criticó su dogmatismo ideológico y su intransigencia

para con los guerrilleros liberales, e instó a los camaradas a concluir un acuerdo definido con ellos, algo que hasta el momento habían vacilado en hacer. Dijo:

«El Partido es la vanguardia de la lucha de masas. Él dirige, orienta y concreta las aspiraciones, tanto de los obreros como de los campesinos.

A pesar de la persecución sufrida por el Partido y de su aislamiento, está dispuesto a mantenerse dentro de la legalidad y a participar en todos los niveles de la vida política del país. La imagen que ustedes han creado del camarada, igual a la de un guerrero inflexible, opuesto a otros partidos políticos, es falsa».

No permitió a los camaradas hacer ver a los campesinos que el Comando Liberal de La Ocasión podía no respetar la actual frágil tregua entre los dos.

Camargo reprochó a los camaradas el haber impuesto en El Davis lo que él calificó de una especie de socialismo de guerra, demasiado rígido en las circunstancias a través de las cuales habían vivido, y que podían hacer que los campesinos se volviesen contra el Partido.

¿Pero no habían estado los camaradas peleando en una guerra sin cuartel?

«Cuando necesitábamos consejos no nos dieron nada», dijo Baltazar, cortante.

«Rodamos con suerte. Si no hubiésemos obrado como lo hicimos, estaríamos todos muertos».

Durante una clase de educación política de los comandantes guerrilleros, Camargo y Vásquez les hablaron del ejemplo inspirador del líder de los obreros, Manuel Marulanda Vélez, quien ofrendara su vida en aras de sus ideales. Le exigieron a Pedro Marín Marín que tomara ese nombre de un mártir, como gesto solidario de los campesinos del sur del Tolima, en homenaje a los trabajadores metropolitanos.

Acto seguido Marín se cambió de nombre y vivió y se convirtió en héroe legendario con otro nombre.

Era el mes de junio de 1953. Masas de nubes blancas se amontonaban sobre las montañas: árboles, matorrales y las laderas de las montañas relucían después de la lluvia. Aviones militares volaron por encima de la región. Esta vez no descargaron bombas, sino folletos y periódicos de la capital, para anunciar a los campesinos noticias dramáticas.

El Tirano había sido derrocado.

Gustavo Rojas Pinilla[5], el General, con el apoyo del ejército se había tomado el poder en el país. Era la solución para acabar con la guerra que las oligarquías unidas habían tramado. El General prometió al pueblo: «No más sangre, no más depredaciones a nombre de ningún partido político», «Paz, derecho, libertad, justicia para todos». Ofrecía amnistía inmediata para los rebeldes que, con sus armas, se entregaran a los militares.

Inmensa ola de regocijo pasó por el país. La cruel experiencia horrorosa de la guerra terminaba. La imagen popular de un ejército que surgía como árbitro imparcial dentro de un conflicto político convenció al pueblo de su buena fe.

Los camaradas de El Davis se llenaron de incertidumbre y desencanto. Se habían imaginado que la guerra se prolongaría y que al fin y al cabo conduciría al pueblo al poder. ¿En qué consistía su victoria? ¿Se necesitaba tanto derramamiento de sangre y sufrimiento para parar en nada?

Entablaron largas discusiones. Estos campesinos guerrilleros que apenas sabían leer, comprendieron demasiado bien la situación política. Una dictadura militar no iba a optar por cambios en la vida social. Llevado al poder por aquellos que siempre habían oprimido y explotado al pueblo, su oferta de paz obedecía a una trama bien calculada para desarmar y desbandar a sus enemigos. La acumulación de la fuerza de la resistencia y de la revuelta engendrada por el pueblo, a causa de la guerra, se disolvería. La oferta de amnistía, no más de boca, era una trampa. Quienes no se dobleguen serán perseguidos otra vez.

Pero, ¿cómo lograrían convencer los camaradas a los campesinos y demás frentes guerrilleros de este punto de vista, cuando estos estaban embelesados con una paz ilusoria.

En el sur del Tolima, el ejército se había comportado como un agresor despiadado.

«La guerra está apenas comenzando», aseguró Richard con vehemencia. «El enemigo todavía está usando el mismo uniforme».

El aumento, cada vez más, de su pericia en el arte de la

---

5. Teniente General Gustavo Rojas Pinilla. Presidente militar (1953-1957). Juzgado en 1958 por conducta indigna en el cargo. Rehabilitado. Eventualmente líder del Partido Alianza Nacional Popular - ANAPO.

guerra de guerrillas y su espíritu pronto a iniciativas, habían hecho de él un extraordinario jefe campesino. Salió a la cabeza de una comisión para combatir a los soldados en las tierras indígenas de Calarma, al norte de Chaparral, donde vigilantes y soldados habían masacrado a los indios. No había ahora ni guerra ni paz en la región. El Comando de El Davis ordenó a sus combatientes permanecer inactivos, y decidió aguardar instrucciones de la Dirección del Partido, para entonces negociar con los militares.

Algunos camaradas de El Davis pensaban que debían proseguir la lucha; otros, que podían aceptar la amnistía, pero únicamente bajo determinadas condiciones.

El Partido aconsejó a sus guerrilleros ponerse de acuerdo con la oferta de paz, y organizar asociaciones pacíficas campesinas de autodefensa. Sólo mediante dicha vía los camaradas podrían mantener su influencia sobre el campesinado.

Dentro de semejante confusión de pareceres, los camaradas de El Davis eran incapaces de dar un curso definido a la acción de los campesinos, quienes deseaban terminar con la guerra, regresar a sus hogares, y en fin, a una vida normal. Les prohibieron abandonar El Davis, lo cual fue un error grave.

El ejército empezó una amplia campaña a favor de la amnistía. Los campesinos criticaron la intransigencia de los camaradas, y los guerrilleros liberales trataron de sacar provecho del descontento. Ante dicha presión, el Comando de El Davis hizo una declaración atacando implacablemente al General y a los militares, afirmando que no rendirían sus armas hasta cuando fuera establecido un gobierno de liberación nacional en el país.

Declaraban:

«El pueblo debe darse cuenta de la suerte que le espera si cae en las garras de la política engañadora de la dictadura militar. Debe saber que en la política nacional, sólo han efectuado los reaccionarios un simple cambio de frente».

Fue este un período de traición y de tensión. Entre la gente circulaban toda clase de rumores y predicciones. Acusando a los camaradas de querer asesinarlos, Mariachi y Arboleda rindieron sus comandos al ejército, aprobaron la amnistía, y se unieron a las fuerzas liberales. Las estructuras políticas y

militares de los camaradas comenzaron a desmembrarse.

Persuadidos por su partido de aceptar la amnistía, los grupos guerrilleros de Gerardo Loaiza, Hermógenes Vargas apodado Vencedor y, finalmente el de Peligro, se rindieron también. Muchos de ellos conservaban tierras tituladas para regresar allá. Los camaradas no poseían nada.

Promesas de puestos públicos influyentes y de recompensas en efectivo, indujeron ahora a algunos guerrilleros liberales a convertirse en cómplices de los militares. Juraban entregar los camaradas a los soldados si aquellos no se rendían. Peligro dijo más tarde:

«Solicité al ejército facilitarme hombres para sacar a los comunes de El Davis. Y fue lo que hice».

Los liberales instaban a los campesinos a que se alzaran contra los camaradas que les impedían regresar allí a sus hogares para vivir en paz. Pero los campesinos ya estaban abandonando El Davis.

Sólo Richard, en Calarma seguía combatiendo a los soldados.

El comando de El Davis había establecido contactos pacíficos con los militares.

A pesar de ello, los camaradas sentían que se hallaban en peligro. El silencio en la granja, las visitas de despedida de los campesinos a las tumbas de sus muertos y el alistarse precipitadamente para ausentarse; las casuchas vacías, allí donde se había desplegado tanto trajín y vitalidad, todo aquello les hablaba del paso del tiempo y de sus esperanzas.

Andrés Bermúdez, llamado Llanero, había sido entonces encargado del campamento de El Davis y supervisaba la salida de los campesinos. Guerrilleros liberales amnistiados iban y venían. Una atmósfera de disolución rondaba sobre cada cosa. ¿Y si los soldados irrumpieran repentinamente?

Martín Camargo propuso a los camaradas que clausuraran el comando de El Davis, dispersaran a los combatientes a través de toda la región y cesaran las negociaciones con los militares.

Los camaradas rechazaron dicho plan que ellos consideraron liquidacionista. El Comité del Partido de Chaparral quería que pactaran con los militares una entrega simbólica; y que entonces se trasladaran a otras regiones para organizar, entre los campesinos, asociaciones pacíficas de autodefensa.

Ya se estaba preparando una conferencia para el estudio de tal proyecto, y nombrar las comisiones para el caso.

Los camaradas estaban una vez más solos, desamparados y urgidos por el tiempo. Cada día iban perdiendo el apoyo de los campesinos. ¿Hasta cuándo iban a esperar los militares para que se rindieran?

Tenían establecido provisionalmente un campamento para combatientes en las inmediaciones del río Montalvo, a dos días de camino de El Davis. Esos combatientes apostados allí, fueron llevados como reserva en caso de que los soldados los atacaran.

Charro Negro y su comando se encontraron con el campamento una tarde, al volver de una misión del Huila. Durmieron en la cumbre de una colina, dominando el campamento, y por la mañana Charro Negro y Marulanda bajaron hasta allí. Yosa, Ciro, Manjarrés y Cardenal estaban presentes. Yosa estaba a punto de irse a escoltar a Martín Camargo a Gaitania. Desde donde podría salir para Neiva y la capital.

Dialogaron durante tres días y convinieron en que Charro Negro debía encabezar una misión a tierras indígenas del Cauca y localizar allá un sitio apropiado para instalarse y organizar a los campesinos entre quienes, se entiende, figuraban los indios. ¿No era el Partido la conciencia revolucionaria del pueblo? Yosa y Ciro asistirían a la Conferencia Regional del Partido y enseguida irían a Gaitania para aguardar noticias de Charro Negro. Un mensajero fue enviado a El Davis para hacer conocer las decisiones, y traer informaciones acerca de la conferencia proyectada.

Charro Negro con sus hombres colocados en formación, manifestó lo siguiente:

«El nuevo gobierno dice que debemos depositar nuestras armas en manos de los soldados. Sin armas quedaremos indefensos y los campesinos también.

«El Comando de El Davis nos ha encargado de cumplir una misión importante».

Les explicó qué responsabilidades les había asignado.

«Aquellos de ustedes que deseen abandonar nuestra lucha, irse con sus familias y acoger la amnistía, pueden hacerlo.»

«Quienes vayan conmigo ahora, deben hacerlo de muy

buena voluntad, con plena conciencia de las asperezas y peligros que pueden atravesarse a nuestro paso, así que no tengan por qué lamentar más tarde su decisión. ¿Quién va conmigo?»

Solo nueve hombres marcharon al frente. Uno de estos fue el mismo hermano de Charro Negro. Fueron secundados por otros guerrilleros del campamento de Montalvo; así llegaron a veintiséis en total.

La tristeza llenó ahora cada corazón. Todos se quedaron con intenso recuerdo de dichas y sufrimientos compartidos. Sintieron que el tiempo de una gran promesa se había acabado y con él su fraternidad de hombres alzados en armas, y que sus destinos serían ahora diferentes. Charro Negro esperó hasta la caída de la noche y entonces avanzó con sus hombres. Marulanda se fue con él.

Yosa y Ciro aguardaban noticias de El Davis. Nada que llegaban. Cansado de esperar, Ciro salió con Camargo para Gaitania. Yosa se quedó y se encargó de los quehaceres rutinarios.

El río gorgoteaba y reía, la luz del sol brillaba a través de las ranuras de los nubarrones e inesperadamente irisó cada cosa de color. Las largas, expectantes noches, estaban llenas del susurro de la lluvia cayendo, el viento crujiendo y el son de las hojas estremecidas.

Yosa tenía en la actualidad una mujer, pero en sus ratos de meditación a veces pensaba en aquella que había dejado en Irco, y en sus hijos que quizá no volvería a ver.

Ahora Yosa, también cansado de esperar, se fue, pero logró alcanzarlo un mensajero de El Davis con instrucciones respecto a la Conferencia Regional del Partido que se reuniría en Coyaima.

En octubre de 1953, camaradas del sur del Tolima llegaron a aquel pueblo indígena para tratar lo concerniente a la situación política del país y a las actividades futuras. Consideraron que las condiciones objetivas de un conflicto armado ya no existían, que el comando de Calarma debía ser desmovilizado, y que reducidos grupos de guerrilleros, sólo con armas insignificantes, debían dar testimonio simbólico de su entrega a los militares.

Dos comisiones fueron elegidas con instrucciones para fundar asociaciones campesinas de autodefensa pacífica.

La comisión de Charro Negro ya se había ido para el Cauca. Richard y Yosa se encargaron de la otra comisión, siguiendo el río Grande hacia el oriente del Tolima.

Otras consignas fueron dadas. Ave Negra fue encargado de escoltar a familias campesinas a Natagaima y después encontrarse con Richard y Yosa. Ciro debía dar asistencia militar a la comisión de Richard y después ir del oriente del Tolima al Cauca.

Llanero fue mandado a supervisar la evacuación de los campesinos de El Davis.

Yosa aguardó a Richard en las planicies situadas a lo largo del río Chence. Peñuela era su guardaespalda y estaban allí con él otros camaradas, junto con sus mujeres.

Richard llegó de noche a la cabeza de treinta hombres; uno de estos era Diamante.

Richard le dio a Yosa un abrazo, y gritó:

«¡Rosa!»

Una mujer joven que Yosa creyó ser un hombre, se les acercó. Pequeña, uniformada, motilada como hombre y con ademanes de hombre también.

Richard había ido de Calarma a parlamentar con Baltazar en El Líbano, norte del Tolima. De vuelta había tomado a esa muchacha como guía. Actualmente ya era su mujer. Se llamaba Rosalba Velásquez de Ruíz, y un día habría de ser conocida con el nombre de Sargento Matacho, con el cual habría de morir, combatiendo contra los soldados, al lado de un amante bandido.

Los dos grupos de camaradas marchaban por separado, de noche, surcando pantanos hacia el río Grande. En cierto punto, unos soldados descubrieron y atacaron las fuerzas de Richard.

Los indios pasaron el grupo de Yosa al otro lado del río. Era una noche espesa y primitiva, sin estrellas ni luna. Las nubes iban llevadas por un viento intranquilo y en la orilla opuesta nada se podía distinguir en la oscuridad por entre las aguas fangosas, torrentosas.

Richard y sus compañeros atravesaron el río un poco antes del alba, por otro sitio, abajo.

En tal noche quizá, los liberales, comandados por Peligro, entraron a El Davis y mataron a los camaradas que aún estaban allí. Llanero era joven; su mente fácilmente se enmarañaba.

VILLARRICA

Había confiado en las ofertas de conciliación y ayuda de los liberales y había desatendido sus advertencias. Así que lo mataron a él, a Marco Aurelio Restrepo y a otros hombres valerosos, con lo cual se acabó El Davis.

Fue así como Yosa, Richard y otros camaradas con sus familias llegaron al oriente del Tolima.

Se instalaron en veredas y caseríos del municipio de Villarrica.

Villarrica es una ciudad situada en una rica región cafetera, al pie de las colinas de la cordillera oriental; detrás y por encima de ésta se encuentra la cordillera de Altamizal. Más cerca está el cerro de Montoso.

Al norte y al oriente de Villarrica se extiende la región del Sumapaz, que pertenece al departamento de Cundinamarca. Anchas mesetas, la mayor parte páramos, que van casi hasta las puertas de la capital. Hay algunas pequeñas ciudades en la franja que rodea esta región y unas, como Cabrera, en el interior. Allí existen aldeas aisladas, azotadas por vientos secos y frías lluvias de invierno. El Sumapaz está regado por muchos ríos y riachuelos.

Al sur de Villarrica, en tierra caliente, cerca del río Grande, se encuentran las ciudades de El Prado, Dolores y Purificación. Aún más al sur, a varios días de camino a través de montañas, selvas, anchos y caudalosos ríos, están los pastizales de las tierras planas, o sea los Llanos.

Una sola ruta conduce desde el mundo exterior a Villarrica. Se trata de una vía carreteable, balastrada, que atraviesa la

ciudad de Cunday para unir a Villarrica con el puerto fluvial de Girardot, sobre el río Grande.

En la zona rural, en los alrededores de Villarrica, hay plantaciones de plátano y caña de azúcar. Se cultivan productos alimenticios y se ve algún ganado en las regiones más frías, más elevadas del lugar. Pero lo que más abunda es la producción de café, que ha enriquecido a los latifundistas. Anualmente, en la época de la cosecha, trabajadores ambulantes van allí a coger el café en grano.

En un tiempo Villarrica se llamó Andalucía y era un pequeño pueblo perteneciente al municipio de Cunday. Finalmente pidió que se le concediera el derecho de ser elevado a municipio, y cambió de nombre. La capital está a menos de treinta leguas de allí.

En el Sumapaz y en el oriente del Tolima, desde tiempo atrás, ha existido un conflicto: los latifundistas contra los arrendatarios y los campesinos sin tierra.

Un cuarto de siglo antes de la época consagrada a nuestro relato, una nueva ola de campesinos pobres emigró a estas regiones, con su sed de tierra y se enfrentó a hacendados y compañías explotadoras de café. El gobierno exigió a los latifundistas presentar títulos de sus tierras, para probar con ello la propiedad de esas tierras, y amenazó con expropiar aquellos terrenos que ellos no explotaban. Los terratenientes y los campesinos sin tierra, se vieron cara a cara. Para resolver esta discordia, el gobierno otorgó concesiones de los terrenos de dominio público, para ser colonizados por los campesinos. Pero los hacendados reclamaron aquellas tierras. Por su parte, los campesinos insistieron en que en realidad gran parte de los terrenos eran de dominio público, de suerte que los hacendados carecían de pleno derecho; y a veces los invadían.

El gobierno, que apoyaba a los ricos propietarios, elaboró un plan oficial para la colonización de la región y creó colonias agrarias, una en el Sumapaz y otra cerca de Villarrica. Las comunidades campesinas proliferaron en estos lugares.

En el Sumapaz los campesinos se unieron en poderosas ligas y asociaciones, para defender sus exiguos derechos y preservar su trabajo pacífico. Los hacendados contrataron individuos armados para perseguirlos. Los campesinos eran, la mayor parte, liberales.

Pasados aquellos años de ardua lucha, ya había ahora

áreas de tierras colonizadas entre las haciendas y en los valles formados por las cordilleras. Los campesinos vivían en paz entre sí, pero entre hacendados y campesinos la tensión permanecía a punto de estallar.

Esta prolongada intranquilidad campesina, que tenía sus raíces en complejos factores políticos, sociales, económicos, hizo que el gobierno y las autoridades desconfiaran de las dos regiones, que eran perjudiciales cerca de la capital.

Cuando la violencia llegó a Villarrica, después de la muerte del Caudillo, la ciudad ya poseía una casa de ayuntamiento, una iglesia, escuelas, algunos almacenes, doscientas casas y mil quinientos habitantes en el casco urbano. Los domingos el mercado se abría en la plaza de armas. Varios miles de campesinos vivían en los caseríos y veredas aledaños. Aquí también había mayoría liberal.

Los chulavitas y bandos de vigilantes conservadores, perseguían a los campesinos liberales. Masacres, asesinatos de determinadas personas y actos de violencia se instalaron y la inseguridad reinó por todas partes. El 15 de febrero de 1953 en la aldea de San Pablo, la chulavita mató a ciento cuarenta liberales entre hombres maduros y muchachos adolescentes.

La muerte acechaba aquellos parajes por la noche. Al amanecer las patrullas de policías recorrían a Villarrica recogiendo en las ancas de las mulas los cuerpos decapitados de campesinos tirados, pretendiendo que habían sido asesinados por la chusma, que así llamaban ellos a las bandas de guerrilleros liberales que habían surgido en la región.

Para las autoridades conservadoras recientemente instaladas y para la chulavita no había camino, por ilícito que fuese, que les estuviese vedado. Los campesinos liberales eran despojados de sus tierras mediante intrigas o a la fuerza. Individuos despiadados se aprovechaban, para sus fechorías, del sistema de la represión armada que dominaba la región. Bajo la amenaza de quitarles la vida, los campesinos se veían obligados a vender sus casas y haberes por precios irrisorios.

Cuando el Partido liberal se negó a inscribir su candidatura para las elecciones presidenciales de 1949, los chulavitas, a pesar de ello, obligaron a los liberales de la región a votar por el Tirano. Quienes lo hicieron fueron provistos de un carnet. De ahí en adelante fueron perseguidos los campesinos que

no tuvieran ese carnet; en cambio los guerrilleros liberales trataron de enemigos a quienes habían votado.

Muchos campesinos huyeron a las ciudades para salvar sus vidas. Al comienzo se iban en pequeños grupos, y rápidamente se convirtieron en hordas. En las ciudades se perdieron, se disolvieron entre la gente. Otros huyeron a las montañas o más allá, a tierras lejanas, a lo largo del río Duda en el Sumapaz.

Muchos campesinos no se quisieron ir y se refugiaron en el pueblo de El Roble, cercano a la ciudad de Villarrica, llegando a ser este su más destacado centro de resistencia contra la represión. Quinientas familias campesinas vivían en caletas en El Roble; los jóvenes tomaron las armas para defenderlas.

Ni guerrilleros, ni campesinos estaban guiados por claras ambiciones políticas o de carácter social. Deseaban sí, proteger sus vidas, matar a quienes los perseguían. Sólo un puñado de ellos eran camaradas.

El Poeta escribió estas líneas sencillas para pintar esta atmósfera de partidarios de la venganza y de la violencia:

Porque era conservador
a tu padre asesinaron
y al mío por liberal
la cabeza le cortaron!

Había pequeños grupos de guerrilleros en otros sitios, como en la vereda de Guanacas y en las montañas de la Mesa de Galilea. En El Roble, uno de los connotados comandantes guerrilleros era Marcos Jiménez. Era liberal y lo acompañaban sus dos hermanos. Otro era el camarada Rafael Castellanos, a quien llamaremos Tarzán. Estos grupos de guerrilleros estaban precariamente armados y carecían de una verdadera estructura o disciplina política y militar.

En el Sumapaz las ligas campesinas se habían convertido ellas mismas en movimiento de autodefensa armada. Su resistencia fue organizada por el veterano liberal, líder campesino, Juan de la Cruz Varela, quien no tardó en llegar a ser camarada. Su comandante militar era Salomón Cuellar, a quien llamaremos Vencedor. El cuartel general del movimiento se hallaba en el pueblo de El Palmar.

Los guerrilleros liberales del Sumapaz y los guerrilleros del

oriente del Tolima, constituyeron un Estado Mayor Unificado. Marcos Jiménez fue el coordinador.

Los ataques aéreos y la chulavita terminaron por sacar a campesinos y guerrilleros de El Palmar. Así, estos últimos se fueron para El Roble en pos de refugio, atravesando páramos del Sumapaz bajo las lluvias, lo cual fue sumamente pesado para ellos.

Se veía claro que en El Roble sería imposible mantener a tanta gente; por eso los guerrilleros resolvieron llevar a los campesinos de El Palmar de regreso al Sumapaz, a través de la cordillera de Altamizal, hasta el río Duda.

Primero llegaron al pueblo de Mercadilla. Avanzando como una zarza ardiente, una columna de dos mil campesinos y guerrilleros, saqueando a su paso los parajes, matando a quien no perteneciera a su propia banda, dieron muerte a los campesinos conservadores y a cuantos fuesen campesinos sospechosos de ser soplones de la policía.

De Mercadilla subieron a la colonia agrícola de Villa Montalvo, mataron a conservadores y policías, y arrasaron los pocos edificios públicos. Entonces salieron hacia la cordillera.

Algunos de los guerrilleros abandonaron la columna y se dirigieron al norte a atacar el pueblo de La Concepción, que estaba bien fortificado por la policía. Emprendieron esta acometida desesperados porque esta guarnición constituía una gran amenaza para ellos. Ignoraban el principio de la guerra de guerrillas, según el cual es un error atacar a un enemigo dentro de su propia fortaleza. El combate duró desde el amanecer hasta el anochecer, y aunque los guerrilleros al fin sacaron a la policía fuera del pueblo, perdieron muchas vidas. Un hermano de Olimpo fue uno de los guerrilleros muertos allí. Esto ocurrió el 3 de mayo de 1953.

La chulavita en repetidas ocasiones trató de apoderarse de El Roble; pero los guerrilleros peleaban en las plantaciones de café, desde los barrancos, entre los zarzales y entre los árboles de caucho y de (ILEGIBLE), y siempre lograron hacerlos retirar.

Ahora el país tenía un nuevo gobierno. El General había propuesto la amnistía a los guerrilleros y campesinos rebeldes.

Había en aquel momento cerca de doscientos hombres armados en la región de Villarrica y algunos de ellos ya habían combatido contra las fuerzas gubernamentales durante más

de tres años.

En un principio la reacción entre los campesinos respecto a la amnistía fue poca. Algo así como si no creyeran que la guerra había terminado y estuvieran esperando a que empezase de nuevo.

Los violentos acontecimientos de los últimos años los habían marcado profundamente, habían dejado una huella indeleble en sus mentes. Gente que toda su vida había pensado constantemente en sembrar, en poder cosechar el grano de café, estaban marcados por el miedo y la sospecha, y odiaban y despreciaban a las autoridades que los habían perseguido. Tanto su vida material como espiritual había cambiado. Cruces de madera, sin nombre, en los alrededores indicaban los puntos de descanso destinados a sus muertos.

En esta tierra caliente y verde, al pie de las montañas, hubo al fin cierta tranquilidad aparente. El sectarismo disminuyó. Solo entre los guerrilleros y la policía se continuaba el ajuste de viejas cuentas. Entonces la odiada chulavita fue sacada de la región. El General separó la Policía Nacional de la jurisdicción del Ministerio de Gobierno, y la puso bajo la del Ministerio de Defensa. Los soldados reemplazaron a la chulavita en la región. Llegaron discretamente, y eran pocos.

El gobierno del General hizo saber que deseaba la reconciliación del pueblo en el país, entre ricos y pobres, sin distingos de credos políticos. Prometió a los campesinos una reforma agraria, escuelas y ayuda financiera.

El comandante militar de Villarrica instaba a los campesinos escondidos en las montañas o con los guerrilleros, a que regresaran a sus hogares y les garantizaba la seguridad.

Pero los campesinos se preguntaban si la amnistía no era una trama. ¿Los soldados no irían a tratar de matarlos tal como lo había hecho la chulavita?

Sin embargo, algunas familias campesinas salieron para sus hogares. Otras regresaron de las ciudades.

Rodaron con suerte las familias campesinas que tomaron otra vez posesión de sus tierras, incluso si sus casas habían sido saqueadas y los campos fuesen barbecho o estériles. Debido a que ellos eran campesinos y tenían confianza en el suelo y en las épocas de cosecha, empezaron a trabajar de nuevo.

Desafortunados fueron quienes habían sido desposeídos de sus tierras y carecían de títulos para probar que eran sus

propios dueños. Consideraban imposible ganar un proceso porque no tenían argumentos conforme a la ley. Se dirigieron a las autoridades en busca de justicia, y al no obtenerla quedaron desarraigados y en la indigencia: había ocasiones en que hacían uso de actos violentos para tratar de hacer respetar sus derechos.

Esta situación se presentó en otras regiones del país donde la violencia se había extendido y fue una de las razones que permitieron que continuara la intranquilidad social. La violencia había arruinado la economía del Tolima y los campesinos padecían a causa de ella.

Los guerrilleros aplazaron el acto de su entrega. En septiembre de 1953 el poderoso ejército de guerrilleros liberales de los Llanos aceptó la amnistía y rindió las armas. El gobierno y la Prensa Nacional le hicieron a esto una publicidad extraordinaria. Los guerrilleros de Villarrica desconfiaban de las consecuencias de la amnistía.

Habían recibido inquietantes noticias, según las cuales guerrilleros liberales amnistiados habían sido asesinados. A cualquiera que se rindiese, los militares le otorgaban un salvoconducto; pero esto significaba que el portador había sido guerrillero y enemigo del gobierno. No poseer salvoconducto significaba que la persona seguía siendo un enemigo del gobierno. ¿Cuál era la solución?

El Estado Mayor Unificado abrió el debate sobre el asunto de la entrega. Ordenó a Marcos Jiménez negociar con los militares en nombre de aquel. Encabezó una delegación que viajó a la capital para parlamentar con las autoridades; pero estas no quisieron aceptar las condiciones de los guerrilleros. Los campesinos en su mayor parte no querían que los guerrilleros se rindieran. Pero, ¿cómo más podrían ellos reanudar una vida normal, mirar más bien hacia el futuro que hacia el pasado? El Estado Mayor consideraba que por lo menos una entrega de unos hombres y armas era inevitable.

La entrega de los combatientes y de muchos campesinos liberales del Sumapaz se realizó en Cabrera. Juan de la Cruz Varela, Vencedor, y Marcos Jiménez aceptaron allí la amnistía. Esto ocurrió en octubre de 1953.

Pocos días más tarde, los camaradas de El Davis llegaban a Villarrica.

Al final, ciento treinta y seis hombres con sus familias llegaron allí desde el sur del Tolima; Eliseo Manjarrés y Ave Negra hacían parte de ellas.

Yosa permaneció en Mercadilla, una de las aldeas más grandes de la región. Reconstruyó un rancho en ruinas y se dedicó a trabajar en esas tierras. Si sus propietarios volvían, Yosa se iría a otra parte. Peñuela viajó con él a Mercadilla. A sus mujeres les instalaron en la calle un puesto para vender arepas, empanadas y café.

Richard y sus dos hermanos se fueron a vivir a una aldea solitaria llamada La Manuelita.

Richard ahora poseía la tranquila seguridad del verdadero dirigente, de un hombre que ha actuado y tomado decisiones en nombre de otros hombres; pero que había sido modesto y caballeroso con ellos. Su alta estatura, cuerpo ágil, era todo músculos, y los contornos de su cara se habían endurecido con la madurez. Apenas podía recordar la época en que su vida y proyectos no pertenecían al Partido.

Los demás camaradas se establecieron en diferentes aldeas, trabajaban en completa paz, procuraban no sacar ventajas, y su rectitud y conducta fraternales les atrajeron rápido la simpatía de los campesinos del lugar.

Los camaradas trataban de no dejarse ver de los soldados ni de las autoridades.

He aquí los nombres de los pueblos en que se instalaron:

En dirección de Cunday están La Aurora y San Pablo, tristemente célebre. Hacia el Sumapaz quedan Bélgica y El Roble; y más allá, en el último recodo de un valle: Alto Roble. A la entrada de la ciudad de Villarrica están los pueblos de Cuinde Feo y Brasil. Mercadilla está situada hacia el oeste, donde el terreno comienza a descender hacia el lejano río Grande. Al sur, separada de la cordillera por la Mesa de Galilea, está la Colonia de Villa Montalvo, que llamaremos, como los campesinos, La Colonia; sus luces, el tenue centelleo de sus linternas, se advertía desde Villarrica por la noche.

Todos estos pueblos están situados en zonas cafeteras, formando un cordón quebrado, tortuoso, alrededor de la ciudad. En los umbrales de este cordón, no tardaría en prenderse una guerra salvaje.

Los camaradas tenían que cumplir una misión; transformar su guerrilla en un movimiento político y social, organizar y desarrollar el potencial revolucionario de los campesinos en la región a donde habían llegado.

El Partido los había despachado a Villarrica porque los campesinos liberales de allí habían rechazado la agresión del gobierno contra ellos. Habían fundado en una época ligas campesinas y llevaban una larga tradición de haberse comprometido (ILEGIBLE). Eso demostraba que ellos podían acatar la influencia o ideales de los camaradas.

Sin embargo, los camaradas de El Davis eran unos extraños para estos campesinos liberales que no habían estado bajo su protección ni bajo su mando.

Cualquiera que fuese su prestigio, podían hacer llegar su influencia a los campesinos únicamente por intermedio de los pocos camaradas que habían combatido con ellos.

Los camaradas no creían ni en la sinceridad ni en las promesas de este nuevo gobierno. Tarde o temprano se volvería contra el pueblo. Explicaron a los campesinos que ellos debían prepararse por sí mismos para esta traición inevitable, organizándose en una liga de autodefensa bajo los auspicios del Frente Democrático. Si el conflicto estallaba otra vez ellos debían estar listos para acudir.

Yosa, que quiso permanecer cerca de Mercadilla, comenzó a ganar a los campesinos, a hacer reuniones en los pueblos y aldeas aledaños.

Tocó a Richard recorrer la región para contactar a los camaradas oriundos de allí.

Rosalba Velásquez iba con él. No era la mujer que él necesitaba y lo sabía muy bien. Ella había sido casada y tenía una hija en alguna parte: estaba en Villarrica por conocer, no más.

«Tu corazón no está conmigo, ni con el Partido», le dijo Richard en despechada amargura. «Tú no tienes por qué estar aquí. No es una aventura la vida de los camaradas en estas tierras, sino una guerra que un día podría cambiar la vida de esta gente».

Ella no dijo nada, sino que sólo lo miró con ironía, enigmática.

Se fue a El Roble y conversó con los comandantes

guerrilleros del Partido. El ambiente del campo abierto estaba preñado de la delicada, ligeramente amarga, fragancia de la flor del café.

Los camaradas jóvenes tenían capacidades militares, pero poca sensibilidad política. Ellos entendían sólo lo relacionado con la situación social local; carecían de visión global y de propósitos. Richard les hizo ver la necesidad de hacer a un lado las querellas sectarias y, en cambio, entregarse ellos mismos a nuevas tareas, en pos de nuevos objetivos. Les habló así:

«Ustedes han sido combatientes guerrilleros y han servido de amparo a los campesinos frente a los enemigos. Llegará el día en que ustedes sean de nuevo llamados a las filas para luchar. Pero, por el momento, deben dedicarse a convertirse en líderes sociales de las masas campesinas.

«Los campesinos saben muy poco acerca de democracia, socialismo, revolución; pero sienten las cosas por instinto y saben a cabalidad lo que quieren. Aspiran a cambiar sus condiciones de vida y a construir una sociedad más justa. Ustedes deben ayudarles a dar coherencia y a hacer efectivos estos anhelos. Deben convencerles de que nuestra causa es la suya propia».

Marcos Jiménez, comandante liberal, escuchaba silencioso a Richard, las cejas muy juntas, tras el humo de su cigarrillo.

Tarzán, Marcos Cubillos y Luis Mayusa, a éste lo llamaremos Gavilán, eran jóvenes camaradas de El Roble.

Richard notaba ciertas cualidades en Tarzán. Poco después de haber sido asesinado el Caudillo, el Partido, en cumplimiento de una medida disciplinaria, de Viotá envió a Tarzán al oriente del Tolima y allá, al mando de algunos hombres demostró una gran comprensión y valentía. Parecido a un oso salido del monte, impulsivo, pero con una estrecha visión política, era, pues, valiente, infundía ánimo y los campesinos lo apreciaban muchísimo.

Richard viajó al Sumapaz para conferenciar con Juan de la Cruz Varela, quien todavía se identificaba como liberal. Richard atravesó montes, hondonadas, ríos, para llevar sus puntos de vista e ideales hasta solitarias casuchas y caseríos. Con su olfato de guerrero y su intuición, se familiarizaba por sí mismo con la región, se ponía al tanto de su potencial económico, humano y militar.

Las autoridades sabían que camaradas de El Davis se

habían establecido por allí. Fue Marcos Jiménez quien en representación de ellos, negoció con los militares.

Una tarde soleada, poco antes de la navidad, en 1953, Ave Negra y treinta camaradas, más algunos civiles, se rindieron a los soldados en Villarrica.

Yosa, Richard y los demás camaradas no se rindieron, de lo cual tomaron nota los militares.

Los campesinos habían oído relatos acerca de las promesas de los camaradas de El Davis. Reconocían en ellos a hombres de estatura superior, con un gran sentido de la organización y de capacidad política. Deseaban enterarse de lo que pensaban; pero principalmente el estado de confusión y violencia del momento, los empujó hacia aquellos en quienes advirtieron temple, fortaleza y experiencia en las que podían confiar.

La lucha debía continuar, les dijeron los camaradas, si ellos estaban dispuestos a transformar las anquilosadas condiciones sociales y económicas que desde hacía tanto tiempo los habían oprimido.

Los comités del Frente Democrático desplegaron su actividad en aldeas y veredas. Tanto camaradas como liberales eran miembros de los comités. La autoridad local estaba representada por un Comité de Zona y la autoridad principal por el Comité Municipal.

Los camaradas ejercían su influencia sobre los campesinos mediante cautelosa agitación política. Su cuasi clandestinidad en la región favorecía actividades secretas y reuniones. Pero los guerrilleros liberales que habían aceptado la amnistía, empezaron a contárselo a aquellos que no lo habían hecho. Así que los militares prepararon sus espías en las aldeas.

Actos aislados de violencia seguían ocurriendo en la región, lo cual sirvió a los militares para aumentar allí sus efectivos.

La cosecha del café vino y se fue. Las pepas de café se secaban al sol, tapizando el suelo frente a las puertas de las casetas, o en los cobertizos de los depósitos de las grandes haciendas, para luego ser transportados hacia el norte, a Girardot.

El General estimulaba en el país una paz cimentada en la desmovilización de toda resistencia armada contra el régimen.

Se autoproclamó Presidente de la nación por cuatro

años. Implantó su autoridad apoyándose en el ejército, en los políticos conservadores que colaboraban con él, y en las multitudes clamorosas de paz. Él debió elaborar una plataforma más democrática. No quiso levantar el estado de sitio, lo cual también fue un error.

El General se fue orientando hacia un gobierno autoritario basado en principios populistas, corporativos y nacionalistas. Su divisa era «¡Cristo y Bolívar!».

No tenía soluciones reales ni para los problemas económicos del país, ni para las tensiones sociales. Había cerrado el paso al progreso de las oligarquías políticas y se hallaba a punto de convertirse en una amenaza para muchos intereses sociales y comerciales a la vez.

El General sabía que algunos políticos liberales habían entrado en conversaciones secretas con sus colaboradores conservadores, para lograr un acuerdo entre los dos partidos políticos y aumentó la vigilancia alrededor de los liberales.

Entonces ocurrieron acontecimientos que confirmaron la desconfianza de los camaradas frente al nuevo gobierno. En junio de 1954 un soldado dio muerte a un estudiante en la capital. La guerra en aquel País allende los mares había terminado. Los soldados regresados de la guerra, acostumbrados a disparar al blanco, convirtieron la posterior manifestación estudiantil de protesta en masacre.

El pueblo aguardaba que el General castigara a los responsables de tales atrocidades. En vez de hacerlo acusaba a los camaradas de haber provocado las matanzas. El Consejo de Ministros decidió poner fuera de la ley al Partido. Dicha decisión no sancionada aún por la ley, ya la estaban haciendo efectiva las autoridades de todo el país.

Por primera vez los militares reconocían abiertamente su hostilidad hacia los camaradas, a quienes de ahí en adelante siempre tratarían como enemigos.

La noticia de esta proscripción fue recibida en Villarrica como una amenaza. Este gobierno, como los precedentes, optó por la vía de la intransigencia. Un sabor seco y amargo subió a los labios de los camaradas: los campesinos compartieron su indignación.

De la noche a la mañana aparecieron inscripciones de protesta en las rocas, troncos de árboles, en las paredes. «El Partido está fuera de la ley - Viva el Partido!» Esta inscripción

podía leerse entre otras. Se oían tiros al aire y se organizaban manifestaciones públicas de adversarios. Se dirigían memoriales y peticiones a las autoridades, pidiendo al gobierno que cumpliera sus promesas al pueblo y que concediera la paz. Sus planes de rehabilitación habían quedado incumplidos. Los campesinos se quedaron sin techo y no obtuvieron compensaciones por los daños que aún les estaban causando. Por doquier en la región de Villarrica se presentaban signos de mal agüero.

Los camaradas pensaban que semejante presión pública podía causar la revocatoria de la sentencia del gobierno contra ellos. En vez de operarse la reacción esperada, ésta, por el contrario llamó la atención de las autoridades hacia ellos, y el aumento de su influencia y actividad en la región.

Más soldados llegaron a Villarrica. Se establecieron puestos de avanzada en El Roble y en La Colonia.

Constantemente patrullaban la región: ejercían control sobre los movimientos de los campesinos y exigían a cada uno de ellos tener un salvoconducto expedido por las autoridades. Fue este un período febril de actividad para los camaradas, que creían que la guerra contra el gobierno sería inevitable.

Los campesinos escuchaban lo que decían los camaradas; estos no les decían que mataran a otros campesinos, sino que les hablaban de la lucha de clases, de capitalismo, de imperialismo, de revolución. La revolución, decían ellos, podría prenderse aquí mismo en las faldas de estas colinas familiares, en las modestas aldeas campesinas, entre los cafetales.

Gavilán les dijo:

«Los que entre nosotros cultivan y venden café, sabemos que el negociante rico que nos lo compra, él mismo le pone precio, tal como lo hace con nuestra yuca, azúcar y plátano. Pero, si nosotros vamos al pueblo a comprar una camisa, no somos nosotros quienes ponemos el precio, sino otra vez el negociante.»

Sencillas palabras como estas hacían descender ideas complicadas al nivel de sus duras vidas. Los campesinos habían sido profundamente sacudidos por los tiempos violentos a través de los cuales habían vivido. La presencia fraternal de los camaradas entre ellos, les daba ánimo y esperanza.

Las autoridades, temerosas de una nueva embestida en su contra, ahora prohibían a los campesinos las reuniones,

como si no sólo los camaradas, sino todo el mundo, incluso los liberales, estuvieran fuera de la ley.

Se encontraban de noche en los cafetales, en sitios ocultos donde los niños corrían por entre las sombras, mientras arriba la luna resplandecía y los pájaros dormían agitando las ramas de los árboles; la sorda voz del orador parecía ser arrastrada hacia la noche celeste y las estrellas.

También se encontraban cantidades de gente que viajaba a apartadas aldeas, donde las reuniones se convertían en verdaderos festivales donde se cantaba y se bailaba. Tan pobres como eran, ofrecían parte del producto de sus tierras al Frente Democrático.

Jóvenes campesinos, incluso muchachos, adherían al Partido.

No sabían hasta dónde ésta agitación y fervor colectivos podían conducirlos; pero cada cual sentía que su propio destino fugaz constituía parte de una meta común.

Martín Camargo llegó a Villarrica. Se hacía llamar García, su segundo apellido.

Una vez más su autoridad se impuso sobre las decisiones de los camaradas. Les dijo que alistaran a los campesinos para la guerra. Incendió los ánimos con sus discursos y relatos de los triunfos obtenidos por campesinos en alejadísimos países.

Los camaradas también lo escuchaban. A muchos de ellos, venidos de El Davis, les gustaba pelear, se habían hecho adultos en el monte y no conocían vida distinta fuera de la guerrillera. Al comenzar de nuevo la persecución contra ellos no pensaron en una solución pacífica sino únicamente militar. Luchar por un ideal únicamente puede ser posible con las armas empuñadas, creían. Habían desafiado a la chulavita, luego, a los soldados y creían realmente que podían triunfar en otra guerra. No calculaban los sufrimientos que podían llevar a la región a la cual habían llegado. A medida que pasaba el tiempo y que las relaciones entre las autoridades y los campesinos de Villarrica empeoraban, ellos convencían a los cam-pesinos de que la guerra entre ambos era un hecho, así que cuando estalló, los campesinos se entregaron a la refriega sin plantearse el porqué de sus sacrificios.

Richard algunas veces iba a Mercadilla para hablar con Yosa. Rosalba Velásquez había regresado a El Líbano. Si era domingo

almorzaba en la finca de un campesino liberal de apellido Moreno, quien le pidió, lo mismo que a sus compañeros, venir allí sin armas porque esto asustaba a su familia.

La hija mayor, Librada, tenía una fina piel color cobrizo y ojos verdes. Ella daba clases en la escuela de la Misión y era miembro del Partido. Cada vez que Richard iba a la finca ella era cortejada por un nuevo pretendiente, un joven cualquiera de la localidad.

Richard no le puso cuidado al asunto. Pero un día de verano bajo una fragante y suave brisa, sintió una inexplicable angustia oprimiéndole el corazón. Ella se sintió intimidada ante él porque no era un joven, sino Richard, un héroe guerrillero. Cuando la besó por vez primera, los labios de ella estaban resecos y calientes y temblaban bajo los suyos.

Los campesinos de la región tenían la sensación de que una nueva situación dramática se estaba preparando para ellos y que ya mismo debían calcular el futuro en meses, en días.

Desde el río Sumapaz hasta el río Duda se extendía actualmente un vasto territorio de autodefensa campesina. El Frente Democrático estaba organizando la resistencia armada de Villarrica.

Los militares advirtieron al gobierno acerca del creciente desafío a su autoridad y del papel que los camaradas jugaban en ello. Deseaban ejecutar acciones preventivas. Movilizaron una poderosa fuerza de tropas con el nombre de Destacamento Sumapaz, hacia Cunday; los campesinos vieron en este acto una provocación.

El gobierno no envió representantes para parlamentar con los campesinos. El gobierno contaba extirpar, no las causas de una probable rebelión, sino a aquellos que la podían fomentar. Deseaba recuperar una región que ya se le estaba saliendo de control; pero, al igual que los camaradas el gobierno tampoco pensaba en negociar sino únicamente en emplear las armas.

La vigilancia de los soldados hacia los campesinos se hizo más severa y se habían dedicado a perseguir a los guerrilleros que no se habían rendido.

El gobernador del Tolima, un oficial del ejército, se trasladó a Villarrica, donde en una reunión pública convocada en la plaza de armas exigió a los habitantes jurar lealtad al gobierno.

Los camaradas de El Davis habían venido a Villarrica con el objeto de organizar juntas de autodefensa campesina. Ahora se encargaban de transformarlas en frente guerrillero. En todos los pueblitos impartían instrucción militar a los jóvenes campesinos. Si los soldados atacaban a los campesinos encontrarían toda la región en su contra. En este ambiente de enfrentamiento, inadecuado para intercambiar pareceres ¿qué esperanza de paz le quedaba a cada campo?

Ahora la consigna de los camaradas a los campesinos era: «¡Ármense!».

Recibían algunas armas modernas y municiones de Viotá y, a través del río Grande, desde Girardot, donde fabricantes artesanales las vendían en las callejuelas a quienes las quisieran adquirir. Era Marcos Jiménez quien compraba las armas contrabandeadas para Villarrica. Yosa las recibía allá. Para recaudar los fondos necesarios los camaradas organizaban loterías, emitían sus propios billetes y pagarés e imponían impuestos a los campesinos más ricos.

Los campesinos eligieron a Richard miembro del Comité Municipal, lo cual significaba que los camaradas tenían la mayoría. Marcos Jiménez, quien ahora ejecutaba las órdenes de la dirección departamental de su partido, dijo que los camaradas no debían disfrutar de supremacía en una región liberal, y renunció a su puesto en el Comité.

Fue esta la primera división neta entre los camaradas y los liberales y se dieron breves escaramuzas armadas entre ellos. Pero poco después, Marcos Jiménez, quien años más tarde llegó a ser un terrible perseguidor de camaradas, fue denunciado a los soldados por los espías y encarcelado.

Ahora había muchos espías en la región. Richard quería matarlos, pero no pudo arrebatarles a Yosa. Era el mes de noviembre de 1954.

Yosa recibió una remesa de catorce fusiles y una metralleta, y los escondió. Al día siguiente él y Jorge Peñuela asistieron a un encuentro de campesinos en una aldea llamada Tres Esquinas y regresaron a Mercadilla dos días después.

El día de su llegada por la noche lo despertó un disparo de fusil, muy cerca, seguido casi instantáneamente de varios otros; agarró dos revólveres cargados, se dirigió vestido sólo con su ropa interior hacia la puerta del rancho. A la luz de la luna distinguió a unos soldados parados afuera, ya con los

fusiles; en ese momento oyó que alguien gritó:

«¡Afuera todos los que están en el rancho!»

«Yo me cargo a dos o tres de ellos», dijo Yosa.

«¡No sea loco, Isauro!» le dijo su mujer. «¿De qué sirve morir por tan poco?»

Salió y los soldados lo empujaron hasta unos cobertizos, frente a los cuales un perro estaba olfateando dos cuerpos tirados en el suelo, uno era el de Peñuela.

Un oficial sonrió impasiblemente a Yosa y le colocó la boca de su revólver en el ceño.

«Cuéntame lo de los fusiles», le dijo.

Juan de la Cruz Várela con los guerrilleros liberales estaban organizando la resistencia entre los campesinos del Sumapaz.

En Villarrica los camaradas movilizaban la opinión pública por medio del Frente Democrático.

Los campesinos que muy rara vez viajaban fuera de la región y no recibían noticias de afuera, estaban creyendo que si el ejército los atacaba, los camaradas de Viotá vendrían a ayudarlos. Pensaban también que las ligas campesinas de otras regiones procederían de igual manera y que una amplia revuelta contra el gobierno se extendería con rapidez a través del país. Abrigaban la idea de que podían ganar la guerra contra el ejército en pocas semanas.

Los camaradas no los disuadieron de tales ilusiones.

Los campesinos de Villarrica se habían organizado y preparado, mejor que antes, para el conflicto armado y ahora comprendían por qué clase de objetivos iban a luchar.

Sin embargo, había campesinos en la región que regresaron a su vida normal, y eran hostiles a los camaradas que, según ellos, iban a traerles el desastre.

Algunos miembros del Comando Guerrillero se reunieron en un rancho de El Roble. La brisa nocturna de las montañas golpeaba apaciblemente las paredes rústicas de madera.

«¿Atacamos a los soldados o dejamos que nos ataquen?» preguntó Richard. «Es para decidir esto que estamos aquí», concluyó

Aún no había habido intercambio de tiros entre ellos y los soldados.

Tarzán, bigotudo espantajo de ojos incandescentes, dijo:

«Si permitimos al enemigo metérsenos, jamás lograremos

sacarlo de aquí».

Habían llegado más soldados a Villarrica.

Richard, estuvo de acuerdo con Tarzán. Cuanto más tardaran en abrir las hostilidades mucho más fuerte se pondría el enemigo.

Manjarrés, más prudente, opinó:

«En El Davis nos tocaba defender un campamento casi inaccesible y un territorio apartado de los chulavitas y soldados. Aquí en Villarrica tenemos que proteger una región entera con sus habitantes. Miles de campesinos, algunos de los cuales están en contra nuestra, se verán obligados a enfrentarse a soldados que ya están instalados en algunas de las aldeas y que ya son dueños de la ciudad y de la carretera».

Richard pensó en esta carretera balastrada que atravesaba el río Sumapaz en Melgar, donde el General tenía su finca de recreo, empinada, torciéndose como una culebra por el Carmen de Apicalá y Cunday para subir a Villarrica. Era el único camino. Ni las peores lluvias podrían acabar con la carretera.

Apenas saliéndose del halo formado por la linterna, con anteojos de carey en la cara pálida, en tensión, un joven dirigente político, Humberto Mejía. Martín Camargo examinaba las uñas de sus dedos. Diamante (ILEGIBLE).

Manjarrés vuelve a intervenir: «¿Si nosotros provocamos la ruptura con el ejército podrá el pueblo entender que en realidad somos nosotros las víctimas de la provocación y que en ese caso no existe otra salida?»

«¿Cree usted que el ejército nos dará la oportunidad de escoger?» preguntó Martín Camargo, irónicamente. «Pase lo que pase para los camaradas no hay otra salida. Ni debe haberla».

Decidieron que la primera cosa debía consistir en sacar a los soldados de sus puestos avanzados de la región.

Richard notó con cierto cariño que el pelo de Manjarrés se estaba poniendo gris en las sienes. ¿Por qué no se había percatado de ello antes?

Por esa época, noviembre de 1954, el último contingente del Batallón Nacional volvió a su patria desde el País de allende los mares. Al Batallón se le asignó el mantenimiento del orden público.

Llegó la nochebuena. En los pueblecitos cantaban la más

pura canción del Poeta:

Tan alta que va la luna,
Más altos van los luceros,
Y más alta va María
Reina de todos los cielos.

Los guerrilleros habían establecido comandos en la Aurora, Bélgica y El Roble.

Gavilán y una pequeña fuerza atacaron el puesto militar avanzado de Aguablanca, pero no lograron tomárselo. Poco después tendieron una emboscada a una patrulla enemiga cerca de allí; mataron a algunos soldados, pero a cambio de muchas vidas comparadas con un enfrentamiento de tan poco alcance. La guerra había comenzado.

La guerrilla destruyó el puente por donde la carretera atravesaba el río Cuinde Feo. Los soldados reconstruyeron el puente en dos días, lo que la chulavita no hubiera podido hacer. Esto les dio…

(DOS PÁGINAS ILEGIBLES)

Los camaradas de Villarrica y los jefes liberales del Sumapaz carecieron de visión estratégica. Su plan consistía, en parte, en la expectativa de acontecimientos que creyeron en gestión en otros puntos del país. Provocaron al gobierno y al ejército y he aquí el enfrentamiento prematuro sin haber tenido lo suficientemente en cuenta su aislamiento y la superioridad de las fuerzas del enemigo.

Viotá no entraría en la guerra. Debido a que era un símbolo del Partido y su fortaleza en el país, el Partido no arriesgaba que fuese ocupada por el ejército. Ninguna otra región se hallaba dispuesta a tomar las armas en nombre de los campesinos.

Los camaradas de Villarrica eran demasiado impacientes para aguardar un futuro en el cual pudieran obtener el amplio apoyo que necesitaban; y alimentaban las esperanzas de los campesinos con su errónea confianza y expectativa.

La Prensa Nacional afirmaba que la inseguridad de la región se debía a la chusma, a bandidos azuzados por el Partido para apropiarse del producto de las cosechas inminentes de café.

Los granos de café colgaban maduros de las ramas, pero

los jornaleros ambulantes temían ir a Villarrica para cogerlos; así, las poderosas federaciones cafeteras habían suspendido sus actividades en la región.

Ni los camaradas, ni el ejército podían prever la terrible intensidad del conflicto que pronto los colocaría frente a frente.

El ejército formó lo que llamó un cordón de seguridad alrededor de la región comprendida entre el río Sumapaz y Villarrica. Instalaron tropas en Cabrera, Venecia, Pandi e Icononzo, ciudades del Sumapaz, y todavía más tropas en Villarrica.

El ejército retiró sus puestos avanzados de Villarrica para concentrar todas sus fuerzas en la ciudad. Lo que constituyó una gran equivocación porque al dejarles las afueras a los campesinos estos quedaban facultados para poner todos sus recursos, tanto humanos como económicos, al servicio de la lucha.

Los camaradas establecieron su cuartel general en La Colonia. Los guerrilleros decidieron que cuando estallaran las hostilidades, los Comandos Guerrilleros del Sumapaz y de Villarrica debían combatir cada cual por su lado, eso sí, permaneciendo en estrecho contacto y ayudándose si era posible.

En el oriente del Tolima, Martín Camargo, comisario político, era la autoridad suprema de los campesinos. Richard fue nombrado comandante militar.

Richard trabajaba con fervor para organizar la defensa campesina, sin darse cuenta aún de qué manera y con qué efectivos finalmente el enemigo los atacaría.

Colocó a sus combatientes en caseríos y veredas diseminados cercando la ciudad; pero, la mayoría hacia el oriente, por donde los soldados podían intentar atravesar la cordillera de Altamizal para atacarlos por la espalda; detrás de esta línea defensiva las familias campesinas podían hallar refugio contra el enemigo.

Una vez en presencia de circunstancias más concretas Richard podía quizá necesitar cambiar de táctica. Pero quedaban pocas alternativas. Los guerrilleros no podían entablar guerra móvil porque debían proteger a la población civil. Tenían que hacer una guerra manteniendo posiciones fijas lo cual sería muy desventajoso.

Richard se daba cuenta de la tremenda realidad que se presentaba a los campesinos; pero no dudaba de su valentía, capacidad de resistencia y, puesto que era un guerrero, creía en su victoria final.

Aspiraba a casarse, un campesino necesitaba el solaz de una mujer, transmitir la vida.

«Esto es contra mi voluntad», dijo la madre.

«Es un buen hombre, investido de grandes responsabilidades», dijo el padre. «No puede perjudicar a Librada».

Tenía ella dieciocho años. Se casaron por la tarde, al aire libre. Luis Morantes, cuadro importante del Partido, venido de Ibagué encargado de una misión, acerca del cual tendremos mucho qué decir más tarde en nuestro relato, ofició el acto. De pie, frente a él, se juraron mutuo respeto y fidelidad.

Los camaradas y campesinos que estaban pendientes de la sencilla ceremonia se habían puesto sus trajes domingueros. Felicitaron a la pareja, brindaron un trago de aguardiente, pero no hubo propiamente fiesta. Se desgajó un aguacero; iluminado por los rayos del sol: el mundo estaba revestido de un espejeante color verde, como el color de los sonrientes ojos de la novia.

Llegó la noticia de Sumapaz, según la cual habían llegado tanques a Cabrera. Los soldados se estaban amontonando en los umbrales de la región.

Los camaradas de Villarrica ordenaron a los campesinos que se encaminaran hacia donde estaban ellos.

Algunos campesinos iban en mula y otros a caballo; pero la mayoría iba a pie con muchachos ya duros o con criaturas envueltas en mantillas, en brazos, y pesados bultos al hombro.

Llevaban consigo ropa, mantas, máquinas de coser, sacos de fríjol, maíz y carne seca, puercos, terneros. Llevaban enseres conmovedores, fotografías de la familia, juguetes, objetos humildes sin más valor que aquel conferido por el recuerdo o la ternura humana. Aquellos campesinos que ya habían vivido entre guerrilleros llevaban remedios, medicinas, vendajes y sal.

Venían de todas partes, afluyendo de los campos, como torrentes de las montañas andando por senderos solitarios y caminos únicamente conocidos por ellos. Viajaban día y noche aun cuando los aviones de reconocimiento del ejército volasen

por encima de ellos. Avanzaban con la resignación sempiterna del campesino ante el desastre humano.

Los camaradas iban guiándolos hacia un punto por donde debían vadear el río Cuinde Feo cabalgando asustados a través de la impetuosa corriente por donde los caballos se resbalaban y donde fácilmente eran arrastrados, o mediante una rudimentaria góndola agarrándose de mano en mano por el cable escamoso para poder halarse ellos mismos al otro lado. Tan peligrosa travesía los alarmó y algunos regresaron.

Campesinos que querían combatir al ejército venían de Prado y Dolores donde aún no se veía la presencia militar.

En cambio, otros, sabiendo que tenían la guerra casi encima, querían abandonar la región. Ahora eran los camaradas quienes vigilaban las rutas de salida y se los impedían. Los camaradas querían simbolizar la resistencia de los campesinos contra la agresión militar. No podían permitir escaparse a los campesinos sino que estos debían comprometerse a luchar contra el ejército, única tabla de salvación.

Lo cual fue un error porque los campesinos que no se fugaron y que luchaban y sufrían contra su propio querer, se volvieron enemigos del Partido.

Por la carretera de Cunday a Villarrica iban subiendo tanques sobre ruedas de caucho, que parecían más bien vagones blindados. Estos mastodontes mecánicos llenaban el paisaje de la tarde con el estruendo de sus motores. Por doquiera que pasasen dejaban una quietud perturbada, por donde bestias y pájaros iban abandonando.

Detrás seguía la artillería pesada y algunos camiones grises con soldados, cuyos cascos y fusiles reflejaban tenuemente el sol ardiente y la polvareda amarilla levantada por la columna. Los soldados miraban con aprehensión aquel campo extraño.

¿Acaso era posible que el gobierno hubiese enviado tan pavorosa e imponente fuerza para subyugar a su propio pueblo, que el ejército, cuyo deber era proteger al pueblo contra una agresión extranjera, estuviese a punto de atacarlo?

Los guerrilleros trataron de dinamitar los puentes a lo largo de la carretera; pero nada podía parar a estos engendros de la muerte. Se estacionaron en la plaza de armas de Villarrica ante la mirada aterrada de los habitantes. Más tarde los soldados cavaron refugios allí y construyeron barricadas con sacos de

arena con los cuales se protegían.

Frente a los soldados pero fuera del alcance de su vista, se ubicaba la primera línea de defensa de los campesinos.

Se extendía desde Cunday, al norte, pasaba cerca de la Aurora, los Alpes y la ciudad de Villarrica y hasta La Colonia. Había puntos de defensa también al pie de la cordillera de Altamizal, frente a los soldados acampados en Cabrera, en el Sumapaz.

Los campesinos denominaban esta línea defensiva la «cortina». Se trataba de un cordón de resistencia y protección a lo largo del cual se hallaban apostados hombres armados.

Los campesinos habían abierto trincheras, túneles y parapetos de tierra donde los combatientes iban a comer, dormir y a luchar sin cesar. Proseguían las trincheras por entre las laderas, faldas montañosas, despeñaderos y barrancos, a través de los campos de caña y de café; eran surcos diseminados en la burda, tupida maleza.

Detrás de la primera línea defensiva los campesinos dispusieron otra, hacia donde los combatientes podían retroceder, y tras esta una tercera. Eran las posiciones fijas de los campesinos.

No había allí más de trescientos combatientes propiamente dichos. Los camaradas habían reclutado a otros combatientes más entre los campesinos. De éstos eran más de mil a quienes los camaradas habían armado de machetes, hachas y cuchillos. Algunos ya estaban viejos y otros apenas saliendo de la niñez.

Allí donde el terreno era plano y ofrecía ventajas al enemigo, los combatientes fueron colocados a intervalos de unos cinco metros y donde se hacía más fácil la defensa eran menos. Los combatientes de cada sector de la línea hacían parte de un comando compuesto por escuadrones de doce hombres, cada escuadrón al mando de un comandante y un subcomandante. Se mantenían escuadrones de reserva para entrar en acción según el dictamen de las circunstancias. Cada hombre estaba encargado de la defensa de un puesto; no debía dejar pasar al enemigo.

Detrás del cordón residían las familias campesinas; algunas de estas ya vivían allí desde antes. Aquellos venidos de otros parajes construyeron casuchas unas al lado de otras. Cada familia vivía independiente, pero integrada al sector y a su organización. Ochocientas familias vivían en Bélgica; mil

repartidas entre Los Alpes y El Roble.

Cada sector tenía su organización militar y civil. Deber y disciplina reinaban en el lugar, lo mismo que abnegación y ayuda mutua.

También aquí eran los comités del Frente Democrático quienes dirigían la vida civil. Las mujeres tenían en sus manos los comités destinados a ocuparse de la ropa, la cocina, higiene, cuidados médicos. Cada sector fue dotado de un rudimentario hospital.

Se daba prioridad ante todo a los niños. Se organizaban escuelas itinerantes donde los niños aprendían las cuatro operaciones y a leer.

Los combatientes no tenían obligación distinta a la de batallar. En cuanto a sus necesidades, tenían a su disposición a los civiles de un sector determinado del cordón.

Las primeras incursiones militares a partir de la ciudad de Villarrica fueron destinadas sólo a localizar las posiciones de los guerrilleros. Espías y aeronaves de reconocimiento que entonces eran helicópteros ayudaban a los soldados a reunir datos. En esa época los helicópteros no transportaban tropa.

Los civiles que vivían al amparo de las posiciones guerrilleras habían sido ya sometidos a los ataques aéreos. Catorce aviones, en su mayoría F 47, volaban de ida y regreso desde Cunday. Espasmódicos bombardeos y cañoneos de ametralladoras empezaban al amanecer y continuaban con la oscuridad del anochecer, siendo guiados los pilotos por luces de bengala disparadas desde la ciudad de Villarrica.

Había pocas víctimas entre los campesinos, los cuales se escondían entre los barrancos, huecos y túneles, por entre los árboles, y se cubrían de vestimentas negruzcas, sombreros empenachados con ramas de hojas verdes. Ponían espantajos a campo abierto y al anochecer alumbraban con fogatas los sitios desocupados para así dirigir hacia otros puntos los ataques aéreos.

Muchos de ellos habían sufrido, pasado por bombardeos; pero aún no se habían acostumbrado a eso. Las mujeres y los niños estaban aterrados, encalambrados de miedo, habían perdido la voz por las bombas que caían oblicuamente en la luz del sol y sus violentas explosiones. Eran reanimados con inyecciones y frotándolos con lociones extraídas de hojas de

eucalipto y arracacha.

Los tanques del ejército y la artillería llegaron a Villarrica durante la Semana Santa.

El 4 de abril de 1955 el gobierno declaró zona de operaciones especiales la región de Sumapaz y Villarrica. El Coronel Rafael Navas Pardo era allá Comandante Supremo. El Coronel Hernando Romero Gómez a cuya disposición fueron puestas más tarde tropas del Batallón Nacional, fue encargado del Destacamento Sumapaz y Cunday.

Hojas volantes llovidas de los aviones hacían saber a los habitantes el contenido del decreto del gobierno. Quien no cumpliera con el toque de queda impuesto ni la orden de los soldados, o quien careciese de salvoconducto sería juzgado como enemigo.

El ejército estableció un campo de detención en Cunday donde podían identificarse y ser interrogados los prisioneros sospechosos de pertenecer a la chusma. Hombres, los hubo, torturados allí y ejecutados allí mismo también so pretexto de la aplicación de la vergonzosa «Ley de fuga»[6] . Los campesinos temían a ese campo.

La Comisión Nacional de Prensa aprobó la decisión del gobierno sobre el mantenimiento del orden público en las regiones bajo la influencia del Partido y por ende contribuyó a legitimar dichos procedimientos del ejército.

Pero ya el gobierno había empezado la censura a las informaciones referentes a las condiciones en que se desarrollaban los combates en la zona. La población nacional debía mantenerse ignorante de lo que estaba ocurriendo allá. No debían ser criticadas públicamente las tácticas de combate de los militares. Esta debía ser una guerra secreta.

Miles de campesinos huían de la zona, ya sin obstáculos de los camaradas y con permiso para atravesar las barreras del bloqueo del ejército. Iban a vivir en campamentos de refugiados apresuradamente construidos, en barrios de invasión, o como vagabundos en las calles de la ciudad.

Cuando cruzaban el río Sumapaz dejaban atrás lo que se conocía ahora como «tierra de nadie», sitio de desolación, de tristeza y de silencio.

---

6. Muerte por tentativa de fuga.

Quienes decidieran quedarse allí tendrían que combatir hasta la muerte.

Desde sus campamentos improvisados los campesinos de Villarrica podían contemplar montañas azules y cumbres nubladas, allá lejos, detrás del río Grande. El aire estaba pletórico de luz. La época de lluvias había llegado, pero los verdaderos aguaceros eran aún escasos.

Al pie de los campesinos se extendía la ciudad, su iglesia, la plaza de armas y calles.

El enemigo tenía que subir hasta arriba si los quería agarrar. En cambio la artillería si podía alcanzarlos. Esta era más peligrosa que los bombardeos.

Cuando abrieron fuego por primera vez, los campesinos estaban transidos de pánico; solo la tranquilidad alentadora de los camaradas, quienes también tenían miedo, les calmaba los nervios.

Estaban deseosos de combatir contra los soldados, pero ¿qué resistencia podrían ellos oponer a esos bota-fuego que hacían del mundo un campo de amenaza total? Cuando desde la plaza de armas disparaban un cañón, veían ellos una llama purpúrea; aguardaban paralizados, oyendo los obuses que venían con un silbido estridente, y al caer producían una ráfaga de aire, un relámpago y una erupción de tierra.

Esta descarga furibunda se mantuvo durante dos días con sus noches arrasando y pelando todo indicio de presencia humana en los desfiladeros y donde quiera que los soldados pensaran que podían existir puestos de defensa y campamentos de los campesinos. Los truenos de los cañones removían el ambiente, vibraba el aire y donde reventaban los obuses la tierra desaparecía bajo una humareda.

Los militares querían inspirar el terror entre los campesinos hasta someterlos.

En la noche retumbaba nutrido tiroteo y el choque de las ondas eléctricas desgarraba el cielo con vivos, dentados encajes. Los campesinos amontonados, entumecidos, enmudecidos, ni siquiera tenían verdaderas guaridas. Quedaban enceguecidos por los re-lámpagos y cuando de vez en cuando los cañones suspendían el tiroteo, el eco seguía en sus oídos.

Ardían viviendas, árboles, cultivos.

Los cañones giraban obsesivos hacia La Colonia, en donde

los militares sabían que los guerrilleros tenían su cuartel general. La aldea quedaba al descubierto en la falda arboleada como un frágil símbolo de desafío. Fue bombardeada y acribillada a punta de cañón hasta cuando la iglesia, la escuela y las casuchas fueron reducidas a escombros. La gente que aún vivía allí se escondió en los cafetales.

La noche siguiente las descargas aumentaron. Los ancianos decían que había llegado el Fin del Mundo y musitaban sus oraciones. Los niños sollozaban y estrujaban sus caritas en el regazo de las mujeres.

Pero los campesinos no se quisieron rendir.

Cuando el cañoneo finalmente se detenía, en el repentino, raro silencio mortal, era como si la vida se hubiera ido. Los pájaros y arroyos estaban enmudecidos, el aire cesaba de mecer dulcemente las hojas de los árboles y parecía como si nada quisiera de nuevo nacer más en esa tierra mutilada.

Tensos, absortos, tanto los combatientes como los civiles estaban pendientes de que los soldados los atacaran.

Para entonces había cuatro mil soldados en la zona de combate.

A las descargas de Villarrica no siguió una ofensiva suprema contra las posiciones de los campesinos sino una serie de ataques no coordinados en diferentes sectores de aquellas, para ver qué efecto había surtido el cañoneo en el ánimo de los campesinos.

Los combatientes veían el lento acercarse de los soldados. Largas columnas de estos marchando en una sola fila, a través de las colinas enrolladas, sus ametralladoras y morteros cargados a lomo de mulas que llevaban pesadas cajas de pertrechos, a cada lado del sillar. Con sus uniformes y cascos verde-oliva trepaban por entre los cafetales y cañaverales, desaparecían en los recodos del terreno, dirigiéndose allí adonde los combatientes los estaban aguardando. Entablaron con los guerrilleros una pelea corta, un duelo feroz, y luego se retiraron.

Los guerrilleros deseaban parecer numerosos y fabricaron una burda bomba a base de tubos de metal, pólvora, perdigones. Denominaban aquello «catalicón», la amarraban a un tronco de palo y cuando los soldados se hallaban ya junto de él la hacían estallar. Daba la terrible impresión de balas

disparadas de todas partes. Entonces les tocó a los guerrilleros el turno de abrir fuego.

La Piedra marcaba el punto más cercano desde la cortina hasta Villarrica. Una lucha despiadada se entabló allí desde el comienzo de la guerra. Los soldados emprendían infructuosos asaltos, ya frontales, ya por los costados; pero fracasaron en la toma pese a que muchas veces estuvieron a punto de lograrlo.

Tarzán comandaba el sector: su arranque, el ánimo que infundía, inspiraba a los jóvenes guerrilleros de manera que trataban de superarse unos a otros en valentía. Cuando ya estuvieran acorralados Tarzán se lanzaría a la línea de fuego, descargando su fusil, peleando como un león, lanzando amenazas y maldiciones al enemigo.

Richard dirigía el Comando Municipal, el del mismo Comando Guerrillero, grupo selecto que incluía a Ave Negra y Diamante. Era una fuerza móvil que iba y venía a lo largo de la cortina supervisando la resistencia y prestando ayuda a aquellos sectores más necesitados.

Richard estaba siempre a la cabeza de sus hombres, porque creía que un jefe militar no debía exhortar a otros a combatir sin que él mismo arriesgara su propia vida al lado de ellos. Entre los combatientes había muchos que no habían peleado anteriormente y Richard necesitaba infundirles ánimo con su propio ejemplo.

La cortina aguantaba. A pesar de los bombardeos, a pesar del fuego aéreo y de la artillería, los campesinos no se acobardaban.

Pero Richard sabía que el conflicto armado apenas estaba empezando. El ejército no podía contentarse con la toma por separado de una posición o de puntos neurálgicos; tenía que vencer y ocupar las dos regiones. Ya los soldados habían atacado en gran número en el Sumapaz. Tarde o temprano, en Villarrica iban a ejercer presión a todo lo largo de las líneas de los guerrilleros para obligarlos a rendirse o arrojar todo su poderío contra un solo sector, a fin de salir a espaldas de los campesinos. ¿Podrían los campesinos resistir tan masiva embestida?

Por naturaleza Richard más bien estaba predispuesto a atacar y vencer más que a esperar y defender. No tenía efectivos suficientes como para emprender una guerra manteniendo

posiciones fijas; pero, no le quedaba otra alternativa. Sus espías campesinos habían percibido una febril actividad militar en la ciudad de Villarrica; más y más tropas y la consolidación de los puestos de colocación de sus cañones. Los guerrilleros no podrían hacer nada contra esto. Atacar la ciudad significaba la muerte certera.

Librada le dijo a Richard: «Quiero cambiarme de nombre»

Él casi no la veía, pues estaba asignada al hospital de campaña de La Colonia.

«¿Por qué eso?»

«Si José Antonio Castañeda puede llamarse Richard, de ahora en adelante yo puedo ser Laura».

Él sonrió. ¿Por qué escogía este nombre? ¿Era acaso el de una heroína de novela?

«Muy bien», contestó. «Tú te llamas Laura».

Ahora, mucho más numerosos, pero en pequeños contingentes, los soldados atacaron, y con más agresividad. Era una batalla ardua. En ambos lados, soldados y guerrilleros, morían.

Cada combatiente campesino vivía en una trinchera o en un abrigo improvisado en sus pocas varas de tierra. Desde allí cada quien podía mirar las montañas, el cielo y el sol del levante y del poniente. El panorama ondulado, abajo, estaba silencioso y sereno, misteriosamente despierto a la hora que precede la aurora, cuando los soldados debían atacar. Durante su vigilia solitaria, día tras día, veía el sol ardiente y la lluvia, las nubes amontonadas, la inmensa tristeza del mundo al anochecer y el agudo rayo de luz de las estrellas. Algunas veces, tenía la sensación de que estaba viendo todo esto por la primera vez. ¡Cuán extraño era aquello! Otras veces sentía que formaba parte de ese todo. Su cuerpo parecía mezclado con la cruda tierra donde yacía, como si la vida le hubiese sido dada para defenderla. Ya había perdido la noción real del tiempo.

Toda especie de ideas cruzaban por su mente. Evocaba a su familia, a sus amigos. ¿Qué les habría ocurrido durante su ausencia? Se preguntaba si no era este el último día de su existencia.

Podía hablar con los combatientes cercanos, pero la mayoría permanecía en silencio, atenta, como él mismo, cada

quien embargado por su propia imaginación, volviendo a la vida únicamente cuando se acercaba el enemigo.

Para su alimentación y remediar cualquiera otra necesidad que se le presentara estaban a su servicio las mujeres. Sus mensajes dirigidos al comandante de su escuadrón eran llevados por niños. Las mujeres sacaban en camillas improvisadas a los heridos, que eran reemplazados por nuevos combatientes.

Había muchos heridos. Los soldados utilizaban proyectiles dum dum que explotaban en el instante del impacto. Así fue herido Marcos Cubillos. El brazo se le hinchó, se le volvió todo negro: se lo tuvieron que amputar. Por suerte, quedó vivo. Había un médico con los guerrilleros del Sumapaz; en Villarrica, ninguno.

Los combatientes padecían los efectos del fuego de los morteros de los soldados, pues al ocupar posiciones defensivas fijas, esto facilitaba mejor puntería de los soldados atacantes. Una vez que los soldados lo detectaron, lo bombardearon sin tregua: los castillos calentaban el aire a su alrededor: en tales circunstancias no le quedó más remedio que enroscarse en sí mismo, formando una pelota, enfundando sus oídos entre sus hombros y rezar con la es-peranza de que se le dejara con vida.

Debido a carencia de pertrechos, había aprendido que debía disparar sólo cuando podía ver y dar en el blanco. Si la niebla cubría las colinas no podía localizar al enemigo, lo cual le infundía miedo. Pero se daba cuenta de que los soldados también tenían miedo. Las escopetas le servían de poca cosa ahora: cuando reinaba la humedad dejaban en el aire una senda de humo que lo delataba.

Durante los períodos de calma se le permitía ir a visitar a su familia, eso sí, manteniéndose listo para regresar a su puesto al primer indicio de ataque.

Los aviones enemigos desde el aire distribuían folletos detrás del cordón de defensa incitando a los campesinos a desertar del campo de los camaradas ofreciéndoles la protección del ejército.

Pero los campesinos sabían que en el Sumapaz los soldados estaban empleando tácticas de tierra arrasada, quemando, destruyendo, matando, a medida que avanzaban; y que cosas siniestras estaban ocurriendo en el campo de detención de Cunday.

Guanacas es una vereda situada en la mitad del camino que va de Villarrica a La Colonia. Los militares querían tomarse La Colonia, cuartel general de los guerrilleros; era su gran ambición; con esto quebrantarían la combatividad de los campesinos. Lo accidentado del terreno impedía el empleo de tanques y de vehículos blindados. Diseminadas a lo largo de las faldas de las colinas las tropas retenidas por los guerrilleros del comando de Guanacas avan-zaban apenas unos pocos metros diarios.

Detrás, estas tropas tenían una ciudad hostil.

La guerra había durado ya más de un mes; la resistencia de los campesinos no daba signo de debilitamiento.

Debido al temor de probables sabotajes y de los espías de la guerrilla metidos en la ciudad, debido a que cada día soldados muertos o heridos eran trasladados allá desde los alrededores, los mandos militares decidieron evacuar a los habitantes.

Una mañana, temprano, sin advertir, los habitantes fueron notificados de que tenían dos horas durante las cuales debían alistarse para irse. Los combatientes desde la Piedra alcanzaban a oír los gritos de protesta, lamentos, el llanto de los niños.

La evacuación en la angustia y la confusión necesitó varios días para terminar. Los habitantes, viejos o jóvenes fueron conducidos en camiones militares a Ibagué, a Girardot o a la capital. Fueron vidas rotas para siempre. Esposos separados de sus esposas; hijos extraviados que nunca más pudieron ser encontrados.

Cuando ya se habían ido, vigilantes conservadores que habían estado prestando ayuda a los soldados, se dedicaron a saquear las tiendas y viviendas.

Villarrica, fuera de la desaforada actividad de los soldados, no era más que un silencio espeluznante, una cáscara vacía sin voces ni risas ni el sonido familiar de las campanas de la iglesia. Hasta los perros se habían ido.

Nadie vendría en su ayuda para asumir parte del combate; los campesinos adivinaban ahora esto con orgullo amargo. ¿Eran ellos, pues, héroes? Se reían irónicamente de sólo pensarlo.

Cada día, detrás del cordón de defensa, la vida se hacía más difícil.

Los campesinos no podían cocinar durante el día porque el humo traidor llamaba hacia ellos la atención de los aviones enemigos. Por la noche la candela podía atraerles el fuego de la artillería.

Las mujeres, las pocas que sabían leer, instruían a los niños; utilizaban piedrecitas para que ellos contaran, corteza de árboles donde pudieran escribir. Pero por el momento, los combatientes necesitaban a los niños como ayudantes.

Los campesinos carecían de medicamentos y de ungüentos, necesitaban ropa, sal, carne, leche. Los heridos yacían en camas acomodadas con hojas y yerbas. Las mujeres arrancaban pedazos de sus blusas y demás vestimentas para hacer vendas, de suerte que parecían cubiertas de harapos. Viejos y muchachos ya grandes morían de bronquitis o disentería. Los parientes los enterraban y rezaban una rápida oración ante sus sepulturas.

En ciertos puntos crecía sólo pasto, caña de azúcar, café; ningún otro cultivo. Los víveres se encarecían. De noche, comisiones de mujeres salían al campo enemigo en busca de qué comer. Iban escoltadas por hombres armados. Pero estas misiones en su mayor parte resultaban infructuosas. Los soldados habían saqueado sementeras, arrasado los cultivos, llevándose los animales de los campesinos.

Los guerrilleros realizaron una proeza memorable en Guanacas. En el camino estrecho que va de la ciudad a La Colonia atraviesa un río.

Destacamentos del Batallón Nacional llegaron a Villarrica. Uno de ellos avanzaba ahora en formación desordenada a lo largo del camino. Quizá estaba seguro de estar a salvo de ataque. Los guerrilleros ya habían sido bien extirpados en ese punto. A menos de doscientos metros antes de llegar al puente que atraviesa el río los soldados se hallaban en una posición expuesta; y por entre los matorrales cercanos y los árboles, los guerrilleros, que apenas sí creían en su buena suerte, lanzaron una repentina granizada de balas.

El combate duró tres horas. Los soldados buscaron refugio bajo la maleza hacia el lado del camino; los soldados con metralletas y fusiles abrieron un fuego ininterrumpido, pero sin poder apuntar contra el enemigo, que acechaba sus movimientos desde la cámara oscura de la floresta.

Comenzó a llover y una neblina se cernía por entre los árboles de modo que los guerrilleros estando en condiciones de acercarse a las tropas sin ser vistos les arrojaron granadas. Los soldados que temían quedar atrapados allí trataban de avanzar y, cuando ya no podían más, trataban de retirarse. Demasiado tarde. El camino de regreso estaba trancado y se encontraron con idéntica tormenta de balas.

Ninguna estratagema ni estrategia podía sacarlos de la encrucijada. No podían ver sino árboles húmedos y espectrales a través de la gasa de lluvia. Los guerrilleros invisibles se burlaban, los insultaban en nombre de los camaradas que habían luchado contra el famoso Batallón Nacional, en el País allende los mares. Soldados muertos o heridos yacían tirados en el lodo, algunos de los cuales eran pisoteados por los cascos de sus mulas sueltas y asustadas.

Invadidas por el pánico las tropas perdieron toda unidad de acción y de comando. Al fin se escaparon a lo largo del río en retirada, dispersándose.

Esta derrota constituyó una humillación para el Batallón; para el ejército fue una úlcera de resentimiento profundo.

Los campesinos se regocijaron.

Richard se fue al Sumapaz para parlamentar con el Comando Guerrillero. Laura lo acompañó. Para entonces ella era miembro de una unidad de mujeres combatientes, primera organización de ese tipo entre los camaradas.

La presión del ejército sobre las líneas guerrilleras era intensa. Los soldados habían lanzado una nueva ofensiva, esta vez desde Prado y Purificación, tratando de flanquear las defensas de los campesinos. Estaban ocupando aldeas donde los habitantes habían tratado de abastecer a los campesinos en guerra, en Villarrica.

¿Durante cuánto tiempo podrían aún los combatientes campesinos resistir una guerra, permaneciendo en sus posiciones fijas? En algunos sectores de la cortina se habían visto obligados a retroceder hasta la segunda línea defensiva. Sólo tácticas móviles, simulacros, acosos, ataques repentinos hubieran podido mantener a los soldados a raya. Pero, ¿cómo hubieran podido asumir la protección de los civiles?

La guerrilla del Sumapaz era una fuerza móvil, luchando en una extensa región, capaz de retirarse para perfeccionar un

contraataque o de perder una escaramuza con la intención de vencer en la batalla. Sin embargo, los soldados ya se hallaban a fondo en contacto con dicha región; los guerrilleros guiaban a los campesinos que huían hacia el refugio alejado del río Duda. Los guerrilleros, distintos de aquellos de Villarrica, parecían formar una casta militar, separada de los campesinos.

Richard charló con Juan de la Cruz Várela y con Vencedor. Vencedor, comandante militar de los campesinos, era el prototipo de peleador, primitivo, sin miedo, brutal, valeroso por instinto.

Comandaba aplicando la ley de armas y había ejecutado a inocentes, entre ellos algunos de sus propios combatientes, sin prueba de la culpa. Era atendido por media docena de mujeres.

«Es un bandido que no respeta ni tiene vergüenza», dijo Laura, con sus ojos fulgurantes de indignación.

«Tiene pocas cualidades humanas», observó Richard. «Él sólo sabe cómo se pelea. Y para eso tiene una gran capacidad».

«Si los soldados no lo matan, una mujer lo hará».

La profecía de Laura finalmente se cumplió. La mujer de Vencedor lo mató.

Richard estaba ansioso de regresar a su puesto. Se sentía deprimido. Sus conversaciones con el Comando Guerrillero del Sumapaz le produjeron la impresión de que este frente guerrillero se estaba desmoronando.

Si sus dudas no lo engañaban, los soldados de Cabrera muy pronto quedarían libres de problemas para atacar los puestos defensivos de Villarrica por la espalda.

El ejército había aislado la zona de la batalla y no permitía que noticia alguna saliera de allí.

A los periodistas les estaba prohibido entrar; y los pocos en lograr penetrar allí eran detenidos en Cunday; pero no antes de que los periódicos hubiesen publicado fotografías de soldados y tanques y conjeturas acerca de los excesos cometidos por los militares.

El gobierno dictó apresuradamente un decreto que calificaba toda publicación de información acerca de las actividades de los militares de actos de sabotaje. Sólo a sus propios organismos informativos les era permitido dar noticias. Lo periódicos nacionales e incluso departamentales

que trataban de enfrentarse a dicho decreto y que daban informaciones inconvenientes, extra oficiales, concernientes a los combates, eran censurados llegando hasta ser suspendidos.

Por primera vez la Prensa designó con nombre propio a los camaradas que luchaban en la zona; no los denominó bandidos sino guerrilleros o insurrectos.

El ejército seguía consejos de guerra verbales sumarios en Cunday. Estos procesos se desarrollaban sin investigación previa de los hechos, sin intervención de abogados civiles; los prisioneros considerados culpables de desobediencia o sedición eran transferidos a cárceles de la capital o deportados a la Colonia Penal del Araracuara.

El 28 de abril de 1955 la Dirección Nacional del Partido Liberal escribió una carta al General quejándose de los procederes de los militares en la guerra. Decía el documento que el Partido Liberal siempre se había opuesto a los camaradas; pero no aprobaba su exterminación física. Además, la mayoría de los campesinos de la zona de guerra eran liberales. Históricamente ellos habían luchado por la tierra y por su partido, jamás por una ideología extranjera. La Dirección Liberal sostenía que la pacificación mediante la sola acción militar no podía resolver los problemas ni las tensiones en la zona de guerra. Proponía que se nombrara una comisión política para encontrar formas de restaurar la paz.

El General replicó que el ejército poseía pruebas irrefutables de las actividades de los camaradas en la zona, que las guerrillas del Sumapaz y del oriente del Tolima constantemente habían rechazado sus súplicas para que depusieran las armas y que su principal objeto era el de aprovecharse del producto del cultivo del café, cuando éste fuera cosechado. En el mundo entero el Partido estaba interesado en crear conflictos para su propio beneficio. En el suelo patrio tenía que ser derrotado, incluso mediante la violencia. Fue esta la respuesta del General.

La comisión solicitada por los políticos liberales nunca fue nombrada. Los militares se sentían cada vez más seguros de su creciente inmunidad. El 1o de mayo Hernando Forero Gómez constituyó un comando operacional en Cunday.

Ahora no pasaba día sin que alguno de los sectores de la línea de defensa de los campesinos fuera atacado.

La lucha se hacía mucho más furiosa como si dos fieras

selváticas hubiesen al fin llegado a agarrarse. Los campesinos odiaban a los soldados tal como habían odiado a los chulavitas. Muchos de los soldados eran hijos de campesinos.

La presión militar era ahora tan intensa que a los combatientes ya no les era posible abandonar un sector de la cortina, para ir a atender a otro sector amenazado. Ahora ninguna escuadrilla permanecía en reserva.

Los campesinos empeñaban su honor en no mostrar signos de debilidad. Mientras los soldados no se abrieran una brecha a través de la cortina nada se había perdido. Pero a lo largo de toda la cortina ellos estaban retrocediendo hacia su segunda línea de defensa.

Encuentros los había de carnicería, de brutales peleas, mano a mano, cuando los campesinos se empecinaban en conservar el terreno, recurriendo a cualquier arma encontrada a mano, rechazando a los soldados con navajas y balas, con machetazos.

Ocurrían actos en que se mostraba gran valentía y a veces, temeridad. Muchos de los nuevos guerrilleros eran jóvenes. Sin hacer caso de sus vidas e infatuados de machismo preferían morir antes que ceder un palmo de terreno.

Cuando la cortina se echó atrás, a otra posición defensiva, la población civil se retiró con ella. En el momento de alerta de que se acercaban los soldados, todo mundo se precipitaba por los barrancos y escondites, abandonando sus casuchas y también sus escasos víveres y pertenencias.

Desde sus escondites, los campesinos podían escuchar los pasos de los soldados, el tintinear de los arreos y el malhayar, vociferar, de los oficiales. Un ínfimo sonido podía traicionarlos. Habían aprendido a hacer que las criaturas y los muchachos guardaran silencio y ya hacía tiempo que habían matado sus animales.

Ya a salvo edificaban otro campamento transitorio.

Los campesinos no creían ya en milagros. Todavía, ante sus rústicos altares, rezaban a la Virgen, al Sagrado Corazón de Jesús; pero tenían más fe en las capacidades vitales del hombre que en la intercesión de los santos. Su admiración se dirigía hacia Richard, Diamante, Tarzán y demás camaradas que los defenderían todavía y hasta el resto de sus vidas y que les daban un trato humanitario.

Fue entonces cuando los guerrilleros derribaron un avión

militar. Siempre habían disparado a los aviones con sus fusiles, más bien a guisa de desafío que para pretender hacerles daño. ¿Qué había sucedido esta vez?

El motor del avión empezó como a balbucear, un desesperado sonido estrujante, y luego se incendió. El avión se volteó, serpenteó resplandeciendo, con un brillo vivo, en pleno sol del mediodía, se precipitó y se desplomó sobre la tierra; sus bombas y munici-nes explotaron con él. Se propagó un estruendo incandescente de ruido, como si el aire hubiera sido absorbido allí; la tierra tembló y el cielo se derritió en una lámina de candela.

Los soldados se metieron por la cortina, cerca del río Cuinde Feo; los guerrilleros los combatieron allí durante ocho días hasta cuando lograron reconstruir su línea defensiva.

Los soldados se abrieron paso en El Roble y avanzaron hacia Bélgica. Ante semejante emergencia algunos combatientes fueron llamados de otros sectores ya duramente acosados, para detenerlos. Una tarde lluviosa sorprendieron a unos soldados descansando en la finca «La Molina».

La finca pertenecía a un acaudalado campesino conservador, jefe de vigilantes, Antonio Molina. Este la había abandonado y se había llevado consigo sus animales, desde el comienzo del conflicto. La casa se hallaba situada en una pequeña área de pasto, rodeada de bosques por todas partes. Los soldados acampaban dentro de la casa y bajo sus balcones. Los guerrilleros, cinco grupos de seis combatientes, tomaron posiciones en la ceja del monte y abrieron fuego.

Los soldados que estaban fuera corrieron al interior de la casa. Habían llegado a este sitio ¿cómo se iban a escapar? Intentaron salir, pero fracasaron: algunos de ellos recibieron disparos mortales. Habían caído en la trampa.

Se desató un aguacero repentino que se convirtió en fuerte lluvia persistente. Todo estaba empapado, los árboles, la casa, la maleza; las detonaciones de los disparos y las voces se apagaron. A causa de la lluvia los guerrilleros no lograban quemar la casa.

Ciento cincuenta soldados asustados se hallaban sitiados. De vez en cuando los campesinos combatientes alcanzaban a oír sus desquiciados desórdenes y su exasperación, destrozando muebles, vigas, techumbre para alimentar la

fogata. Las ametralladoras apostadas en ventanas y puertas disparaban a ciegas. Los guerrilleros, al acecho, estaban en capacidad de circular en derredor, invisibles entre los árboles. Eran muy pocos como para dar un asalto y demasiado faltos de experiencia para saber cómo destruir al enemigo. Tarzán, comandante del sector, se hallaba cumpliendo una misión en La Colonia.

Empujados por el hambre los soldados empezaron a matar y a comerse las mulas. Fueron detectados por helicópteros militares que no pudieron rescatarlos. Lanzaron lo necesario para abastecerlos; pero, la mayor parte de esto cayó en manos de los guerrilleros; cigarrillos, vendas, drogas medicinales, enlatados, comida, nunca vistos ni probados.

Una mañana, muy temprano, cuando ya la custodia de los combatientes estaba agotada, los soldados salieron a la carrera y escaparon por los cafetales.

Habían dejado tras sí, dentro de la casa, un repugnante y pestilente hedor de sangre, excrementos, un desorden espantoso. Soldados muertos se encontraban amontonados contra una pared en la cual figuras obscenas habían sido dibujadas con carbón vegetal. Los soldados, de prisa, habían destrozado las armas abandonadas por ellos. Entre los escombros había colchones encendidos, cápsulas de cartuchos, vendas usadas, botellas rotas e inmundicias. Todo hablaba de pavor, de derrota.

Fue este igualmente un gran triunfo de los campesinos.

Habían transcurrido dos meses desde el estallido de las hostilidades.

Los aviones militares soltaron nuevos folletines, destinados a los campesinos, en que decían:

«¡Campesinos!: los militares aspiran únicamente a llevar paz y la tranquilidad al campo. Por última vez hacemos un llamamiento a los habitantes...»

Campesinos del Sumapaz estaban huyendo de los soldados, cruzando la helada meseta.

En junio de 1955, representantes del Partido y delegados campesinos de Villarrica y del Sumapaz se entrevistaron con el comando militar en Cabrera, para tratar de negociar cómo poner fin al conflicto. Los militares estaban convencidos de la victoria. Hernando Forero Gómez dijo de los camaradas:

«Con base en las viejas guerrillas de la llamada "época de la violencia", quienes en un ochenta por ciento están ahora alzados en armas contra el gobierno, se han organizado los asesinatos de campesinos, la destrucción de la región y la intranquilidad del Tolima y del país».

Pidió a los insurrectos la rendición incondicional junto con la entrega de las armas. Las negociaciones fracasaron.

«Entreguemos las armas o no, la intención del ejército es matarnos», dijo Richard al tener noticias de dicha exigencia.

El ejército con su enorme superioridad, poderío y fuentes de recursos, determinó arreglar cuentas de una vez por todas. A pesar de la censura el país estaba enterado de la lucha valiente de los campesinos. El ejército dispuso cada cosa en su puesto para la ofensiva final, una última lección saludable. Duró diez días.

Seis batallones regulares del ejército, sostenidos por la aviación y la artillería, ejercieron una presión implacable a lo largo de todos los puntos de la cortina, asestándole como mazazos incesantes. Avanzaban no sólo desde Villarrica y Cunday sino también desde las posiciones recién capturadas a lo largo de la línea de defensa de los campesinos, sembrando en éstos la destrucción y la muerte.

Los combatientes campesinos ya no estaban en capacidad de medirse con las fuerzas superiores que pesaban contra ellos. Tanto tiempo encerrados en sus trincheras, invisibles entre la grama y los árboles, servían de blanco, certero, ahora que habían sido desalojados y que corrían a engancharse en un desesperado combate mano a mano. Despertado su instinto animal, ya no querían sino agarrarse al enemigo y pelearle hasta la muerte.

La cortina era un extraordinario y trágico espectáculo de hombres lanzados fuera de sus refugios, corriendo y arrastrándose para atacar o reagruparse, el crepitar de tiros de fusiles, humo amontonándose, gritos de guerra.

La línea defensiva había sido rota; sus diferentes sectores, al fin, separados y obligados a luchar por su cuenta. Los soldados se abrieron paso por Cuinde Blanco, El Roble y, lo más dañino de todo para los campesinos, por Altamizal. Habían cruzado las montañas desde el Sumapaz para atacar a los campesinos por la espalda. Como si esto sirviera de nuevo acicate para la batalla, la resistencia se endureció y los combatientes luchaban

feroz y ciegamente. Preferían morir con las armas empuñadas que ser capturados por los soldados, ansiosos de vengar las humillaciones anteriores.

Pero los enemigos no hacían prisioneros. Un hermano de Richard perdió una pierna en Cuinde Blanco; un proyectil de tanque se la arrancó. Sus compañeros trataron de llevárselo para salvarlo, pero tuvieron que abandonarlo, tomando sí su fusil y su cinturón de balas; y los soldados lo mataron.

¿Acaso el Poeta se enteró de esta muerte, una entre tantas muchas otras? Escribió:

Si en el combate me matan, recoge la carabina
y sobre mi cruz que diga: guerrillero del Tolima.

Previendo el inútil desperdicio de vidas, se hacía urgente e inevitable una retirada a lo largo de la línea rota. Richard se entrevistó con sus comandantes. Tomaron decisiones radicales. Los civiles recibieron orden de abandonar sus campamentos y dirigirse hacia La Colonia. Los combatientes debían adoptar las tácticas de guerra móvil y proteger la retirada de los campesinos.

La guerra, que comenzó a ser conocida como la «Guerra de Villarrica», fue perdida.

En un combate de una violencia suma, Richard y el comando Municipal defendían lo que quedaba de La Colonia. Richard iba y venía a lo largo de la línea de la guerrilla, socorriendo a quienes se hallaban en mal estado, convocando a las mujeres para que reco-gieran a los heridos, atento a todo.

Destinó a varios guerrilleros para que cuidaran las cercanías del pueblo desde abajo; pero, Richard se dio cuenta de que pronto el enemigo lo cercaría. Cada hora que los combatientes podían aprovechar servía para ayudar a la salida de los campesinos.

Los soldados sabían que Richard, el terrible Richard, estaba en el combate y estaban impacientes por matarlo. A menudo se encontraban cerca, tanto que podía oír el ruido de sus movimientos cautelosos y las órdenes de los oficiales.

Los campesinos se encaminaban hacia La Colonia a través de una región afligida. ¿A dónde más hubieran podido ir? Llegaban bajo la neblina y la lluvia, bajo el espanto y el

desbarajuste, nutrida multitud llevando consigo los pocos animales que no habían matado y sus pocas pertenencias. Ya muchos de ellos estaban físicamente agotados por enfermedad e inanición. Bombas y proyectiles caían alrededor de ellos y la tierra se estremecía con las violentas explosiones.

Cuando llegaron a La Colonia se quedaban mirando con horror la desoladora visión del desastre, las minas dentadas de la iglesia, las paredes carbonizadas bostezantes de las casas, los animales calcinados entre el lodazal de las calles, en las cuales el agua llovida se quedaba empozada en los hoyos abiertos por las bombas. Parecía como si un violento terremoto hubiese destruido aquel sitio. Muchos de los campesinos lloraban y otros caían de rodillas orando, porque en verdad este era el fin del mundo.

A sus pies veían avanzar por las faldas de las colinas y cerros más soldados de cuantos habían visto hasta entonces.

Habían luchado, sufrido, aguantado, y ahora ya no les quedaba esperanza. Esto era el fin.

Los soldados ocuparon La Colonia una hora después del amanecer. Había sido desocupada salvo por unos pocos habitantes que decidieron permanecer allí.

Los campesinos ya habían emprendido su subida a Galilea.

El éxodo de los campesinos hacia la Mesa de Galilea fue el inicio de su calvario.

Gavilán con dos escuadrones de guerrilleros fueron encargados de cubrir la retirada de los campesinos, mientras otros combatientes los acompañaban.

Galilea, cuyos terrenos habían sido roturados por colonos, está situada al pie de la cordillera. Veteranos de la Guerra de los Mil días habían sido los primeros en instalarse allí. Los habían sucedido más tarde colonos, de suerte que terminaron por radicarse allí unos quinientos campesinos. Casi todos dejaron el lugar, arrastrados por la primera etapa de violencia, cuando los guerrilleros liberales tenían su campamento en la mesa.

En época de sequía, un viaje de La Colonia a Galilea duraba ocho horas. De las familias que entonces huían las primeras en llegar tardarán dieciséis días, otras necesitarán dos meses para hacer el trayecto.

Un sendero escarpado conducía a una finca llamada La Palma. Trepaba por entre bosques y áspera grama y cruzaba

empapados yerbales e hinchados torrentes. Esta trocha tortuosa se hallaba ahora atascada de fugitivos alineados sobre leguas y leguas, doblados bajo sus cargas. Avanzaban a trancazos, aguijoneados por el temor de que los soldados estuvieran persiguiéndolos y porque los aviones militares seguían asediándolos. No tardó el alboroto en convertirse en casi un sateo.

No era posible propiamente organización alguna entre ellos. Hubo combatientes que se juntaron con sus familiares, cada cual tratando de asegurar su subsistencia. Los campesinos continuaban la marcha, bajo un silencio nacido de la fatiga y la desilusión suprema, dándose apenas cuenta hacia dónde iban y sin saber qué iría a ser de ellos. Desgraciados, transidos de frío, harapientos, proseguían su tortuoso andar.

El paso de los primeros campesinos y de sus pocos animales iba convirtiendo el sendero en un lodazal anegado en donde se hundían a veces hasta las rodillas y las bestias hasta la panza; aquello se volvió un río de fango donde un banco de gente luchaba desvalido, tropezaba, caía o se desplomaba hacia atrás de agotamiento.

Algunos de los más ancianos campesinos, enfermos, inválidos se arrinconaban a lo largo de las márgenes del camino y se quedaban dónde estaban, abatidos completamente por el cansancio. Cuando se levantaban de nuevo ya habían perdido a sus familias para siempre. Poco a poco, los campesinos se desprendían de sus trastos. En ese fango que parecía sin fondo los animales se atropellaban, se quejaban y perecían.

Los aviones militares dejaron caer bombas incendiarias por primera vez. Boquiabiertos los campesinos veían las faldas de las colinas mojadas prenderse y luego destruir todo alrededor. Como si la muerte fuese inevitable ya no trataron de guarecerse contra los aviones.

La solidaridad humana todavía existía entre ellos. Daban sus últimos víveres a los niños, a los ancianos, a los enfermos, a quienes a veces transportaban en camillas improvisadas. Las madres apretaban contra su pecho a las más pequeñas de sus criaturas, las otras se agarraban de sus faldas. Unas con otras, las familias se mezclaban en la columna y casi inconscientemente comenzaban a actuar en grupos.

A veces, a través de grietas en las nubes suspendidas, los campesinos podían ver arriba las laderas desoladas de

las colinas. Nada comestible crecía por allí. Bajo la neblina de la montaña la noche juntaba con el día: los campesinos perdían la noción del tiempo. Nada podría salvarlos, creían. Una sensación de catástrofe y de destrucción los envolvía. Iban decaídos de cuerpo y de ánimo

Hacía calor en los cafetales de Villarrica, pero hacía frío en las alturas de la cordillera. Los campesinos, vestidos de algodón, comenzaban a padecer fiebre, resfrío y otros achaques.

Al cabo de pocos días los campesinos comenzaron a morir a consecuencia de las excesivas fatigas. Los ancianos se arrastraban para morir solos y en paz. Otros, enfermos o heridos, no tenían fuerza y para continuar el viaje; fueron dejados atrás. Al principio cinco, luego más niños morían cada día. Los campesinos los enterraban casi en la superficie, en fosas comunes en tierra húmeda. No les quedaba tiempo para ceremonias. Por cada niño que moría, otro nacía en alguna parte de la columna.

Por la noche se sentaban enroscados bajo ruanas y mantas alrededor de fogatas diseminadas. Los aviones militares ya no los hostigaban. El aire se enrareció. Cuando las nubes se habían disipado, los campesinos podían ver a la pálida luz de la luna hacia aquella tierra de allá abajo donde habían nacido o vivido, donde los soldados los estaban aguardando para matarlos. Hablaban con calma y a ratos cantaban o compartían entre ellos y fumaban un raro cigarrillo de bagazo de maíz. La solitaria cúspide negra del San Pablo, orgulloso, enhiesto cerro, llenaba el cielo helado del oeste.

Los trayectos prolongados los iban haciendo por etapas cortas y agotadoras. Los campesinos más vigorosos y alentados iban adelante, construían caletas cuando era posible y entonces regresaban para acompañar a los otros hacia delante. Cada etapa necesitaba dos o tres días. La columna en marcha formaba una franja negra y sinuosa en el paisaje. Rumores y falsas alarmas circulaban con frecuencia entre los campesinos; eso creaba confusión por todas partes.

Llegados a la finca perteneciente a Pedro Palma, los campesinos torturados en cuerpo y alma quisieron descansar y buscar comida. No había entre ellos uno que no estuviese muriéndose de hambre lentamente. Aguardaban encontrar a seres queridos, perdidos. Pero los camaradas los empujaban con urgencia. Los soldados podían alcanzarlos, les dijeron.

Los campesinos subieron a un punto denominado Himalaya. A partir de aquí ya no había indicio de camino por estas pendientes abruptas de la montaña. Sin embargo, los campesinos tuvieron noticias de que los soldados no los perseguían.

En Himalaya, situada en un valle, había unas pocas cabañas abandonadas, las puertas dando hacia las montañas, los techos todavía en sus puestos. Algunas familias, la de Laura entre éstas, decidieron quedarse allí y establecer una granja. Pasado un mes, los soldados los sacaron.

Cinco mil campesinos, casi muertos, casi desnudos, con hambre y frío llegaron finalmente a la mesa de Galilea.

En Galilea los campesinos construyeron en común casuchas o lo que denominaban ellos «pueblos» de unas cien familias. Había unos diez pueblos. Los guerrilleros llegados con los campesinos tenían su campamento propio.

La vida era cruel para con los campesinos aunque los soldados no iban a buscarlos. La época de lluvia terminó; pero los vientos de la montaña eran fríos en esas laderas peladas; por la noche la temperatura se bajaba de tal modo que ellos pensaban que iban a congelarse hasta morir. Vivían días amargos de hambruna y desesperación.

Los campesinos carecían de víveres y de sal. Escarbaban sacando todo cuanto podían comer, en las tierras que antaño habían sido cultivadas por los colonos. No tenían qué sembrar; fuera de que no habían podido aguardar a que creciera y madurara maíz. Penetraban en los bosques aledaños en busca de raíces y árboles frutales silvestres; cazaban los pocos animales y aves que andaban por allí; finalmente se comían la corteza de los palos.

Entre la maraña y el páramo quedaba un espacio de raquítica, atrofiada vegetación. Aquí también los campesinos despojaban la tierra buscando alimentos, por si la naturaleza les podía dar algo.

La mueca pavorosa del hambre estaba en las caras de la gente Los campesinos se llenaban la barriga con agua de los caños y día a día enflaquecían más y más.

Las más cercanas posibilidades de conseguir cualquier especie de alimento se hallaban a tres días de camino. Salieron en expediciones de aprovisionamiento de las cuales a veces

no regresaban.

Si volvían con un buey a Galilea las porciones distribuidas entre los campesinos eran minúsculas y la carne, pues no tenían otra clase de alimento, los enfermaba. Los civiles tenían que alimentar a los guerrilleros también, pues estos teniendo que proteger a aquellos, no podían bastarse a sí mismos, lo cual resultaba pesado para los campesinos. Su permanencia en la desolada región fue de miseria física y de abatimiento en los espíritus.

Se desmoralizaron. Algunos campesinos se fueron para Villarrica, Cabrera, o para el río Grande, sitios donde los soldados estaban estacionados. Morir rápido a balazos era mejor que una muerte lenta en Galilea, creían ellos.

Las heridas se curaban difícilmente debido al frío.

La muerte se volvió algo común y corriente. Cientos de campesinos reposan enterrados en Galilea.

Murieron de enfermedad o de consunción. Los ancianos se echaban en el suelo, se negaban a comer, a ingerir bebida alguna y morían. Niños huérfanos deambulaban por entre las casetas y por el bosque. Ya no tenían apariencia humana sino que semejaban monitos, llenos de arrugas, lívidos de hambre. Los padres abandonaban a los hijos porque no podían darles de comer. Hombres había que mataban a sus mujeres con sus propias manos así como a sus hijos bajo el sentimiento de tremenda lástima, en vez de verlos padecer.

Iban tiritando, helándose, famélicos, completamente destrozados, los ojos huraños, ocultando su desnudez bajo la ruana porque sus ropas andrajosas despedazadas se les habían caído. Hasta hablar les resultaba costoso. Una suerte de silencio hosco reinaba por doquier; todo fúnebre y triste.

Martín Camargo tenía a su cargo lo relacionado con el bienestar social de los campesinos y la disciplina en Galilea. Gavilán fue nombrado comandante militar. Tarzán y algunos otros de su comando seguían aún aislados cerca de El Roble, incapaces de abrirse paso a través de las líneas de los soldados.

Una vez más fueron creados comités, a cada quien asignados sus deberes: fueron organizados hospitales, guarderías, escuelas.

Pero ya no imperaba el mismo sentido de solidaridad humana de antes entre los campesinos porque estos ya no pensaban en vencer sino únicamente en no perecer. Con

frecuencia cada cual se ocupaba de sí mismo y de su familia, más no de los demás y a causa de esta falta de ayuda, había mucho sufrimiento desamparado.

Los soldados llegaron a Himalaya, instalaron un puesto avanzado en Cebollales, el punto más elevado de la parte baja de la cordillera, y mandaron patrullas. Los guerrilleros se preparaban a su vez para combatirlos, pero no habrían podido resistir a un ataque concertado. Richard lo sabía. También comprendía que al dejarlos indefinidamente en Galilea, más campesinos iban a morir.

Ahora condujo una comisión de civiles a través de la montaña hacia el cañón del río Duda, en el Sumapaz. En esa dirección debía atravesar el temible río Negro, en donde no había cables que ayudaran a salvar esas furiosas aguas.

Muchos campesinos procedentes del Sumapaz ya habían encontrado refugio en el Duda, clima templado, tierra fértil. Muchos de ellos habían construido casetas. No recibieron bien a la comisión de Richard. Acusaban a los campesinos de Galilea de haberles robado ganado en sus expediciones de aprovisionamiento durante la guerra con el ejército; decían que las capacidades económicas de sus terrenos no alcanzaban para sostener tanta gente. Sin em-bargo la comisión se instaló allí.

Los soldados habían empezado a amenazar a Galilea, por el sur, arrancando de Prado y de Dolores. Richard alistó a unos combatientes para la refriega entre los cuales contaba con cuatro mujeres, entre estas, Laura. Las mujeres también con armas.

Este comando bajó de las montañas hacia el calor, tierra insalubre: algunos guerrilleros enfermaron de paludismo.

Los guerrilleros liquidaron tres patrullas y se apoderaron de las armas. Pero, en otro encuentro, a causa de una falla humana, lamentaron algunas vidas. Ocurrió que un oficial exhortaba a los soldados: «¡Avancen!». Tres guerrilleros inexperimentados creyeron que uno de sus propios comandantes era quien había dado la orden: avanzaron y fueron matados.

Los soldados no andaban cazando a Richard; sabían que éste se encontraba cerca de ellos, pero estaban enterados de sus proezas y le tenían miedo.

Regresó Richard a Galilea y de nuevo se llevó una escolta

de civiles; esta vez hacia la Hoya de Palacio, llanura de un ancho valle poco profundo de las montañas de la frontera con el Huila. Allá había casuchas abandonadas y maíz no cosechado.

En aquellos momentos se recibieron sal y medicamentos de Galilea, venidos desde Viotá.

Por aquellos momentos también, Ave Negra había sido castigado por haber cometido una falta; no había aceptado el castigo y se había ido para Natagaima.

Martín Camargo y los camaradas estudiaban la forma de resolver la situación difícil de las familias campesinas de Galilea. Camargo quería evacuarlos de la región hacia sitios seguros en los llanos orientales donde la tierra era fértil y donde, fuera del alcance de los soldados, podrían reconstruir una nueva vida. Al instalarse allá y organizados por los camaradas, la guerra de Villarrica quizá no estaría perdida enteramente y la influencia del Partido podía otra vez echar raíces entre aquella gente, según decía Camargo.

Camargo habló con Juan de la Cruz Várela en la Hoya de Palacio. De la Cruz se pronunció contra tal proyecto. En semejante estado de debilidad física ¿cuántos campesinos podían aguantar ese tremendo viaje y en qué pararían los que optaran por quedarse? preguntó Varela. Aquellos que permanezcan tendrán que valerse por sí mismos y plegarse a su destino, replicó Camargo. Los combatientes apenas podían hacer algo por ellos. Su primer deber era luchar contra el enemigo. Un amargo desacuerdo estalló entre los dos hombres.

Richard estuvo presente en este encuentro; también estuvo Januario Valero, llamado Oscar Reyes, camarada, dirigente campesino en El Pato, región selvática del departamento del Meta donde los campesinos vivían de la explotación de la corteza de chinchona que servía para la obtención de la quina. Él les ofreció asilo a camaradas y campesinos que quisieran ir allá.

«¿No ve usted que ese hombre es un bandido?» preguntó Laura a Richard.

Hacía verano. Estaban estirados juntos, a la sombra de un árbol, allá, alejado. En las montañas soñolientas, al calor de la tarde.

«Para usted cualquiera es bandido», replicó Richard con los

ojos cerrados.

«Vencedor es a la vez liberal y bandido. Reyes pretende ser camarada pero también es bandido. Una mujer tiene su intuición, adivina muchas cosas de un hombre, según su voz, su mirar, su risa».

«Lo que usted dice de Reyes es absurdo».

Laura no insistió, sino que se volteó, inclinándose para mordisquearle la oreja a Richard.

«¿No le parece extraño, Alfonso, que Neiva, una ciudad grande, esté tan cerca? La gente allá está en su trabajo, o disfrutando de una siesta o, si tienen su carro, dando una vuelta por las calles.

«Al atardecer se sentarán en la puerta de sus casas a hablar tranquilamente reunidos y a contemplar arriba las estrellas. Ellos no tienen que ver con nosotros, los que estamos aquí en el monte sin hogar, ni a dónde ir. Pero,... usted no me está oyendo»

No. Richard no la estaba escuchando. Estaba pensando en el proyecto de Camargo. Los camaradas deben conservar vivo lo que ha quedado de la insurrección campesina. Tienen que empezar de nuevo, restaurar la mutua confianza y, pacíficamente, recobrar fuerzas preparándose para una victoria final en la cual tan ardientemente creía él.

Poco después los camaradas organizaron marchas de combatientes y civiles hacia El Pato, al Ariari y al Guayabero, ríos estos últimos de las llanuras del oriente.

Richard dirigía la primera de estas marchas, la del río Guayabero. Camargo iba con él.

¿De quién venía la decisión? ¿Acaso los comandantes políticos y militares de los campesinos que han combatido en una guerra y la han perdido los abandonan por urgente que sea su misión? Durante esa guerra y los acontecimientos que ocurrieron después, los camaradas cometieron graves equivocaciones.

Los campesinos en marcha hacia el Guayabero eran, en su mayor parte, los que habían ido a Villarrica desde el sur del Tolima y desde otras regiones.

Cuando Richard se fue de Galilea, los varones se impedían derramar sus lágrimas y las mujeres trataban de besarle las manos.

Salió acompañado de unos cuatrocientos campesinos; más de cien de éstos habían combatido en la cortina de Villarrica.

Fueron a la Hoya de Palacio; desde allí al caserío de Santana, donde antaño los indios inhumaban, junto con sus muertos, figuras humanas toscamente talladas en piedra.

Anduvieron por tierras extrañas, áridas, pedregosas, tupidas de altos cactus, hasta el pueblo de Colombia. Aquí las acacias y almendros estaban florecidos. Algunos de sus habitantes los saludaron, mientras otros los esquivaban, porque eran de Villarrica, eran rebeldes, renegados, se habían labrado su propia desgracia y la de su región. Colombia era un baluarte conservador.

Guías condujeron a los campesinos al río Papamene, a través de la abrupta pendiente de la Cuchilla de los Picachos. De aquí podían encararse con las rocas verticales, labradas por los elementos, por el tiempo, como fantasmas: abajo, bochornosos ríos serpenteando por entre la selva límite. El vapor cálido relucía en la selva como un velo transparente y el horizonte se escondía tras el furioso fulgor del sol.

Llegaron al río Caguán al caer la noche, lo atravesaron cerca de su nacimiento, al levantarse el sol, vadeándolo por aguas que iban a unirse al río más poderoso de todos.

Laura ya sabía que estaba encinta.

La selva por la cual los campesinos iban andando no era la selva de las alturas que conocían bien. Bajo el verde, opaco follaje, parecía que no hubiera aire alguno sino únicamente un hedor estancado de cosa vegetal podrida, de flores venenosas manidas. Pero, a veces el follaje era esplendoroso con la luz del sol ardiente; cantidad de sones del murmurar de la vida de los insectos.

La columna avanzaba lentamente. Los campesinos veían árboles desconocidos, con sus poderosos troncos sudando savia: veían pájaros de vivos colores que lanzaban gritos angustiados. A veces se encontraban con cabañas y cenizas de fogatas apagadas; pero jamás vieron a moradores de la selva.

Los campesinos anduvieron durante muchos días hacia el río Guayabero. Algunos no alcanzaron a llegar hasta allá

En el Guayabero también los campesinos tuvieron que combatir; esta vez contra las bandas de Dumar Aljure, soldado desertor del ejército durante la guerra de los Llanos que llegó a ser un eminente jefe guerrillero liberal convertido después

en bandido. Este era su feudo; los campesinos de Villarrica lo sacaron de allí.

Los campesinos se instalaron en el Guayabero; pero luego algunos de ellos se fueron a vivir a El Pato.

Martín Camargo había dicho a los campesinos que se habían quedado en Galilea que los guerrilleros ya no podían seguir protegiéndolos y que por lo tanto podían irse a donde quisieran.

A los campesinos esto les cayó muy mal y se sintieron mucho más desmoralizados

Algunos de ellos fueron a rendirse a los militares de Villarrica; otros intentaron cruzar los páramos del Sumapaz yendo a Viotá o Girardot, pues esta ruta no estaba muy vigilada por los soldados; los otros se encaminaron al sur, vía Prado hacia el Huila.

Esas expediciones fueron muy mal agenciadas en medio de la desesperación y muchas veces terminaron en desastre. Los soldados aguardaban a los campesinos para matarlos, capturarlos, robarlos y no faltaba gente dispuesta a traicionarlos.

Había familias que deambulaban desde hacía meses en la cordillera en busca de algún camino para escaparse; muchos de ellos murieron errabundos. Se fueron para el río Duda donde ya no había tierras ni alimentación para ellos; en el páramo no había ningún alimento: se fueron a buscar las calientes, inclementes tierras del sur. Muchos campesinos se sintieron roídos por la amargura y el desencanto. Decían que su desgracia y la guerra en sí era un craso error de los camaradas y del Partido.

Más tarde Tarzán, con sus hombres, lograron llegar a Galilea y emprendieron la defensa de los campesinos. Pero los centenares de campesinos que quedaban en las montañas y los combatientes que cuidaban de ellos entonces eran ahora unos parias.

MARQUETALIA

Veintidós hombres y cuatro mujeres habían marchado al sur desde el río Montalvo hacia una región a la cual los camaradas antes habían ido algunas veces y en la que esperaban ser bien acogidos ahora.

Charro Negro los comandaba, siendo Marulanda el segundo. Junto con ellos estaban: Isaías Pardo, joven indio del río Grande y un muchacho, Tarcisio Guaraca Durán, a quien llamaban Jaime Guaraca, quienes llegarían ambos un día a ser famosos combatientes guerrilleros; también el hermano de Charro Negro, y el padre y el hermano de Marulanda. Con ellos estaban también la mujer de Marulanda y la hermana de éste.

Esta comisión no había aceptado la amnistía. Podía ser apresada por cualquier fuerza militar o liberal que se la encontrara.

Los guerrilleros iban por abandonadas trochas de las montañas, transitadas únicamente por cazadores y leñadores. Marchaban sin parar durante las noches, sin un ruido; y Charro Negro, quien tenía la facultad de oír, ver y olfatear como un puma, jamás erraba el camino. Lo seguían como ciegos porque aun cuando ellos nada veían, Charro Negro reconocía huellas, determinaba la dirección que debían seguir, según las estrellas o el olor traído por el viento. Se movía de un lado para otro, entre la cabeza y la cola de la columna para cerciorarse de que ninguno se había extraviado. Cruzaban montes, ríos, profundas hondonadas.

Fueron retados tres veces, sea por soldados, sea por bandas liberales. Los soldados mataron al hermano de Charro Negro.

Un día, al rayar la aurora, se les apareció el espléndido horizonte de las montañas y de las selvas de la Sierra Nevada del Huila. La oscuridad persistía en el cielo y la luna, apagándose, continuaba

afuera. Veían las cumbres nevadas, blancas, atravesándose en su camino y se preguntaban si les sería dado atravesarlas.

Días después los camaradas empezaron a trepar hacia el límite de las nieves perpetuas. Atravesaron el páramo andando difícilmente en el lodo, el hielo, el prado esponjoso, respirando el aire de elevadas alturas. Utilizaban ramitas de frailejones para su candela que era difícil de mantener encendida. Nada más crecía por allí. Por la noche, se amontonaban, todos juntos, bajo sus mantas, cuando el viento helado gemía y bramaba en su camino desde las crestas nevadas por encima de ellos.

Al fin descendieron a una región cálida, donde sin embargo no hallaron signo de vida humana hasta cuando llegaron al pueblito de Rionegro. Frente a este pueblo se extendía un valle entre laderas escarpadas, a cuyos pies corría un río. El extremo del valle estaba cercado por un enorme escarpado de tierra rocosa, donde estaba situado Riochiquito, pocas casuchas miserables como asentadas en sus crestas. Rionegro quedaba en el Huila. Riochiquito en el Cauca. Más allá de Riochiquito, se hallaban las tierras indígenas de Tierradentro.

Ahora la andrajosa columna se detuvo para descansar. Charro Negro, Marulanda, más siete combatientes, entre éstos Jaime Guaraca, regresaron al Tolima para averiguar la suerte de los camaradas que habían dejado atrás. No sabían nada de las decisiones tomadas por la Conferencia Regional del Partido en Coyaima.

Fue un viaje peligroso. Para evitar las inclemencias del Nevado, tomaron el camino del municipio conservador de Santa María y se vieron obligados a enfrentarse a los vigilantes del lugar. No penetraron mucho en el Tolima, donde los campesinos que estaban por la paz después de atravesar tantos años de agitación y de ilegalidad, en la actualidad les tenían desconfianza. No tenían noticias de El Davis.

En su camino de vuelta a Rionegro se detuvieron cerca de Gaitania. El padre de Marulanda los dejó para marcharse para Neiva, de donde nunca más volvió. El hermano de Jaime Guaraca, quien también había sido guerrillero, les hizo una visita. Él había aceptado la amnistía y en la actualidad poseía una casita con un pedazo de tierra; deseaba que su hermano menor se fuera a trabajar con él.

«¿De qué serviría eso, Marco Antonio? El nuevo gobierno nos perseguirá tal como lo hicieron los otros en el pasado. Charro Negro nos ha explicado esto a nosotros», dijo Jaime Guaraca a guisa de respuesta.

«Además, yo he jurado quedarme con los camaradas. Ya les di

mi palabra».

«Que la Virgen te ampare, pues», dijo el hermano.

Cuando llegaron a Rionegro, debido a que eran pocos y habían perdido el contacto con los camaradas y el Partido, decidieron por sí mismos aislarse en Tierradentro y fundar una junta de autodefensa pacífica entre los campesinos.

Tierradentro está situado en el Cauca, en la falda oriental de la Cordillera Central. Es una inmensa región montañosa, de páramos, selva, dividida por valles profundos y surcados por muchos riachuelos y ríos, de estos siendo el río Páez el más importante. Los conquistadores españoles le dieron el nombre de Tierradentro a causa de su aislamiento o quizá también por ser un punto oculto de inspiración milagrosa y fuerza purificadora.

Una aglomeración de diferentes tribus indígenas conocida con el nombre de Paeces vivió allí antiguamente. Eran crueles y hábiles guerreros que con cuchillos y flechas envenenadas retaron a los conquistadores españoles durante más de medio siglo. Se soterraron en lo profundo de estas tierras, sin que menguara su hostilidad hacia los blancos, fueron abandonados a su propia suerte, siendo al fin subyugados por la fuerza de las armas y por los sacerdotes católicos. Son sus descendientes quienes moran actualmente allí.

Los sacerdotes impusieron su religión por sobre las creencias primitivas de los indios en magia y cósmicos mitos de los cuales ellos eran parte viviente. ¡Quién sabe lo que hay en el corazón y la mente de los indios!

Ellos no habían venerado a dioses, ni ídolos, sino a la tierra, su madre. Habían obedecido a las leyes dictadas a ellos por Don Juan Tama, hijo de estrella, quien había sido el gran legislador de su pueblo.

Una noche de terrible tempestad la estrella dio a luz a un hijo que confió a las aguas del río Lucero. Los indios hallaron al niño, lo criaron y cuando llegó a ser adulto él escogió el sitio denominado Chamboguala para implantar su reino. Don Juan Tama proclamó tres leyes:

La primera decía que la tierra pertenecía a los Paeces y sólo a los Paeces. La segunda ley recomendaba que la sangre Páez no debería ser mezclada con la de otro pueblo. La tercera ley proclamaba que los Paeces serían inconquistables mientras duraren los días de su vida.

Cuando le llegó el tiempo de morir, Don Juan Tama se dirigió con su afligido pueblo al sitio donde había sido hallado, se sumergió

en sus aguas y regresó al seno de la estrella.

Ahora ya nada recuerda el esplendor del pasado de los Paeces.

En la época de nuestro relato, Belalcázar ya era la ciudad más importante de Tierradentro. Hubo un tiempo en que se llamó El Pueblito de la Sal de San Antonio de Ambosta porque allí brotaba agua salada de la tierra. Los indios lo llamaban Páez. La autoridad emanaba de los caciques y cabildos y sus curanderos, aquellos que servían de intermediarios en nombre de los espíritus y curaban sus enfermedades, eran llamados mohanes.

Eran de escasa estatura, pobres de carne, y andaban descalzos. Vivían en bohíos, miserables casuchas pajizas, sin ventanas, en las orillas de los ríos o riachuelos o cerca de los páramos. No eran cazadores ni pescadores, sino cultivadores. La tierra era fértil, pero los indios trabajaban sólo para la subsistencia. Poseían pocos animales. Vivían bajo condiciones escuálidas, peores que la pobreza, y se hallaban desnutridos y debilitados por las enfermedades y ausencia de higiene. Masticaban hoja seca de coca y bebían chicha, que los emborrachaba. Aplastados y humillados por la vida que habían tenido que vivir, la mayoría vegetaba, añorando la dignidad perdida de su raza. Sus ojos revelaban una tristeza hereditaria transmitida de generación en generación.

El Poeta escribió estas líneas que evocan la melancolía del indio que no es otra cosa sino nostalgia:

Subí a una altura
Allí me senté
Encontré una cruz
Me puse a llorar.

La lengua Paez era una lengua pobre llena de asperezas, consonantes fuertes y guturales, sonidos silbantes y nasales.

Los hombres se ponían pantalones cortos hasta la rodilla y sujetados a la cintura. Los sombreros eran de paja o de hojas de caña brava. Llevaban la coca y la cal en bolsitas. Las mujeres, falda con pliegues, ruana de colores, reboso, sombrero como el de los varones; llevaban un bastoncito de madera llamado kasuuat con el cual hilaban la lana.

Algunos indios vivían en resguardos. Tierradentro era en gran parte tierra baldía. Sin embargo los indios la reclamaban como propia, garantizada por un derecho ancestral, proclamado por Don Juan Tama. Su enemigo tradicional era el rico latifundista que siempre

los había despreciado, robado, matado. Admitían a los colonos establecidos en su región.

Los conquistadores españoles llamaban al indio «ninguno», por considerar que no tenían alma. Todavía seguía siendo «ninguno», marginado, y en su mayor parte, excluido del proceso político y social de su país. Sostenía que los gobiernos que se sucedían eran responsables de su desgracia, debido a que desconocían sus pocos derechos, le negaban la justicia, y se ponían del lado de quienes lo expoliaban.

Algunas veces los indios habían luchado dentro de ejércitos revolucionarios, pero solamente porque éstos perseguían a sus enemigos. Al indio no le quedaba más alternativa que la resignación o la rebelión estéril. Los ideales políticos del hombre blanco no le interesaban.

Algunos indios, muy pocos de ellos, eran camaradas.

Charro Negro e Isaías Pardo fueron a Riochiquito, donde ya eran conocidos.

Fueron solos porque presentándose como grupo armado sin previo aviso los habitantes hubieran podido alarmarse. Ambos eran indios. Hablaban muy pocas palabras en lengua Paez, pero comprendían el porqué de las sospechas de los indios y sus temores. Los soldados habían masacrado a algunos de los suyos en Belalcázar y hacían a menudo incursiones por su territorio.

Habían tenido noticias de los hechos de violencia cometidos contra los indios en Calarma.

Los dos hombres se fueron de Riochiquito para Calderas y hablaron con el cacique. Corpulento y jovial, sus dientes tenían un tinte de jugo de coca. Admiró la dentadura de oro de Charro Negro y obsequió chicha a sus visitantes. Charro Negro le solicitó permiso para llevar su columna a la región. Charro Negro sabía que los camaradas podían entrar a Tierradentro sin tales negociaciones; pero que ellos podían realizar a cabalidad su misión únicamente si obtenían la confianza y aprobación de los indios. El no habló al cacique de sus planes.

Los indios, hombres de pecho huesudo, cabellos enmarañados, estaban sentados en un oscuro rincón de los bohíos y los observaban.

El cacique hizo resaltar estas objeciones:

«Si los soldados son sus enemigos vendrán aquí a combatir con ustedes; en ese caso querrán matar a los pobres indios también».

Charro Negro le respondió que ellos ya no eran guerreros,

sino gente pacífica. El cacique les dijo que podían establecerse en Riochiquito.

El grupito de camaradas llegó al punto indicado, bajo un cielo azul claro y sol brillante con una brisa fresca soplando en las montañas. Unos colonos les dieron la bienvenida. Eran liberales y deseaban cerciorarse de las ofertas de paz del General.

Riochiquito era el nombre de una comarca y no sólo el de un puñado de pobres viviendas improvisadas donde no existía iglesia, ni escuela, ni edificio representativo del gobierno. La mayoría de indios y campesinos vivían en las tierras que rodeaban el minúsculo villorrio, muchos de ellos separados por varias horas de distancia. Eran sumamente pobres.

La tierra era fértil, producía en abundancia, pero los mercados más cercanos en Nátaga, Carnicerías y Pacarní quedaban muy apartados y los viajes hacia allá eran peligrosos. Ir a Belalcázar resultaba igualmente peligroso a causa de los soldados y los vigilantes que estaban por allí. No había rutas en todo este territorio, sino escasas trochas de montaña.

Miguel Madrid era el único colono que sabía la lengua de los indios. No tenía mujer y vivía solo en su rancho. Ejercía influencia sobre los indios, quienes a veces le pedían consejos, sea de índole personal o concernientes a la vida pública. Miguel Madrid ayudó a los camaradas, les consiguió tierra en donde pudieran vivir y donde pudieran fundar una granja y les prestó rudimentarias herramientas para trabajar.

Construyeron chozas y festejaron la unión de Charro Negro con la hermana de Marulanda. La mayoría de los hombres no tenía mujer, así que algunos de ellos participaban en las labores femeninas, lavando ropa y preparando la comida. Esto los divertía.

«Los indios creerán quizá que somos maricones», decía Isaías Pardo.

Pero, se sentían tristes también. Algunos habían dejado a la mujer allá en El Davis.

Se establecieron de nuevo como colonos, pero conservaban sus armas a mano y montaban guardia día y noche. Ya no parecían amenazarlos el ataque enemigo, ni la violencia de muerte inusitada. Combatientes, por obligación habían trabajado en la granja en El Davis, ahora lo hacían en Riochiquito para subsistir. Se daban cuenta que, no importaba cuan pobres fueran, al fin estaban disfrutando de la vida para la cual habían nacido, aquella de sencillos campesinos, no de guerreros.

Construyeron sus chozas cerca de un arroyo. Tiritaban de frío cuando se bañaban con la brisa de la aurora. Al medio día en la granja se recostaban contra sus azadas de palo y contemplaban la marcha de las nubes juguetonas que se acumulaban por sobre las montañas y cambiaban el color de la tierra. A veces el céfiro llevaba consigo un suave lamento de flauta india. Se sentaban juntos al atardecer, mirando arriba hacia las estrellas del verano y se repre-sentaban el mundo con sus mares, sus ríos, sus bosques y montañas girando por el espacio.

No les llegaba ninguna noticia de afuera. Hablaron con Miguel Madrid acerca de su misión. Él les dijo.

«La mentalidad del colono es como la tuya; él puede aceptar o rechazar tu proyecto si él lo considera conveniente para él o su familia.

«¿Pero, acaso el indio va a adherir a la causa de ustedes? ¿Acaso la idea de gobierno popular podía atraer a alguien para quien la palabra 'gobierno' significaba injusticia? El blanco siempre le ha mentido y engañado; la palabra del blanco sólo lo ha beneficiado a él.

«El indio puede luchar por su vida: pero lo hará con mayor ahínco si se trata de su tierra. Su tierra, recuérdalo. Para el indio todo lo demás es mentira.

«Desde la llegada de ustedes aquí, los ha estado mirando. El indio les tiene miedo porque sabe que ustedes no son colonos nativos y además está enterado de lo que ustedes han hecho anteriormente. Muchos indios prefieren que ustedes sean expulsados de Tierradentro y otros están de acuerdo con que se les permita quedarse. Son éstos últimos quienes piensan que podría llegar el día en que necesitarán la ayuda de ustedes. Sin embargo, la verdad es que el indio desea sólo una cosa del hombre blanco: que lo deje en paz.

«A ustedes les será difícil cumplir su misión».

Les aconsejó tener mucho cuidado con los curas católicos de Belalcázar que temían la influencia que ellos pudieran tener sobre los indios. Monseñor Enrique Vallejo, Prefecto Apostólico de Tierradentro, había solicitado a los soldados que los sacaran y habían dado instrucciones en tal sentido al cacique y a los mohanes.

Los camaradas se sintieron desalentados. ¿Cómo iban ellos a poder acercarse a un pueblo extraño, convencerlo a sabiendas de que no tenía la misma concepción del mundo, ni del puesto que el hombre ocupaba él, como lo concebían los camaradas?

Charro Negro los reprendió y afirmó que un verdadero camarada podía seguramente realizar lo que los curas habían hecho una vez. Debían comenzar por ganarse la confianza de los indios.

Organizaron una escuela para los colonos y sus niños. Fue en Riochiquito donde Marulanda aprendió a leer, subyugado por el hecho de que las letras agrupadas y reagrupadas podían transmitir pensamientos humanos. Isaías Pardo se sentó a su lado en una tosca banca de madera: pero continuó siendo analfabeta.

Se encargaron de cuidar a los enfermos, campesinos e indios, pues, ahora habían adquirido cierta experiencia al respecto y compartían sus pocas medicinas con ellos.

Un indio llamado Laurentino Perdomo vino desde Belalcázar a unirse con ellos, pues allá había sido perseguido por tratar de organizar ligas indígenas y campesinas. Hablaba castellano y se convirtió en importante miembro de la dirección del movimiento campesino que los camaradas lograran fundar.

Fueron con él a los sitios en donde los indígenas estaban establecidos, no con el objeto de exponerles sus ideales sociales y políticos sino para presentárseles sencillamente como hombres a quienes no tenían por qué temer. Algunas veces se les negó la entrada. Otras veces los indios les huían. Cuando tenía la oportunidad. Charro Negro pacientemente explicaba a los indios en qué forma podían ayudarlos en el trabajo de la tierra, en la producción, en sus vidas.

A medida que exploraban la región los camaradas se iban acostumbrando a los cambios bruscos de temperatura, al calor sofocante de los valles y al frío de los páramos.

A veces, en las sendas que recorrían, se topaban con cruces de madera embadurnadas de coca, zumo de tabaco y con nidos de hormiga secos. Lianas que hedían a excrementos humanos y de animales, colgaban de las ramas de los árboles. Con tales fetiches los mohanes trataban de protegerse de su llegada.

Los soldados llegaron a Rionegro, acamparon allí rápidamente y se fueron. Sabían que los camaradas estaban en Tierradentro.

El estado de inseguridad que seguía imperando en el país después de suspendidas las hostilidades contenía los gérmenes de una nueva violencia.

El gobierno del General no era estrictamente un régimen militar. Los militares no constituían en sí un partido de gobierno, aunque el General podía intentar esto eventualmente. Sin embargo, la administración pública había sido confiada en su mayor parte

a oficiales en servicio activo, que eran nombrados para ocupar posiciones oficiales y cargos, como sucedió, a menudo, con gobernaciones y alcaldías.

Los guerrilleros amnistiados y campesinos desposeídos de sus tierras aguardaban en vano su rehabilitación, y la tierra, y la ayuda económica que les habían prometido, y las garantías de seguridad. Con el correr de los meses sus esperanzas menguaban y el rencor se acentuaba.

En regiones aisladas el Estado carecía de representantes y no se aplicaba ninguna ley. Algunas regiones estaban bajo el control de oficiales corrompidos, gamonales políticos locales, grupos de vigilantes que continuaban ejerciendo terror y extorsión. A los campesinos desplazados se les impidió tomar posesión de sus casas. Los ricos latifundistas creyeron llegado el momento de subyugar a los campesinos. «Pájaros», asesinos a sueldo, venidos de las ciudades, andaban ahora por el campo, contratados para matar a laicos radicales y a dirigentes campesinos. Bandidos vagaban por tierras que habían sido de los guerrilleros.

Los recientes padecimientos de los campesinos habían despertado en éstos un deseo común de justicia y de cambio social. En las ciudades las organizaciones obreras se habían vuelto activas

Frente a esta nueva agitación social, por el descontento popular y por la crisis operada dentro de sus soportes políticos, el gobierno empezó un nuevo ciclo de represión. El Partido fue declarado fuera de la ley y toda oposición política refrenada. El ejército se convirtió en el instrumento activo del sectarismo.

Peligro, Mariachi y otros comandantes guerrilleros, que antes ayudaran al ejército a dispersar a los camaradas en el sur del Tolima, tomaron de nuevo las armas para defender sus vidas. Juntos finalmente fundaron el Movimiento Revolucionario Liberal del Sur del Tolima del que Peligro debía llegara ser el jefe principal.

El ejército comenzó las hostilidades en Villarrica y en el Sumapaz.

Sólo los camaradas habían predicho este estado de cosas.

Fue un tiempo de desaliento para los camaradas en Riochiquito.

Era la época de lluvias. El cielo se colocó encima de las montañas. Los valles estaban plenos de un humo de lluvia; ésta golpeaba día y noche sobre los techos de las casuchas.

Los camaradas trabajaban en sus granjas. Estaban abriendo los surcos de manera que el agua pudiera tomar otros cursos y no arrastrar los nuevos retoños de maíz. Hacía frío; labor miserable.

Su aislamiento dentro de una comunidad extraña era más duro de soportar para ellos que los peligros del combate. Habían oído decir que miembros del antiguo comando de San Miguel vivían ahora cerca del río Símbola, en Tierradentro pero no les era fácil encontrarlos. Los indios seguían evitándolos.

Algunos hombres tenían mujer ahora, lo que era un consuelo extraordinario. Sin embargo sentían que estaban atrapados en estas montañas, en su lejanía y silencio, y que su misión se hallaba paralizada.

Fueron los militares quienes los salvaron.

Los soldados mataron más indios en Belalcázar y en aldeas aledañas; familias indígenas huían hacia las montañas; algunos se fueron a Riochiquito. Eran aquellos que buscaban a los camaradas para que los protegieran y les enseñaran a protegerse por sí mismos.

Rápidamente los camaradas organizaron un comando de treinta reclutas indios. Pero con su escaso conocimiento de la lengua indígena no era fácil suministrarles entrenamiento militar, instrucciones para los ejercicios, abrir y cerrar filas, rudimentos y manejo de armas, inculcar en sus mentes el concepto de disciplina.

«Convénzanlos de que el gobierno y los soldados les quieren robar la tierra. Todo depende de eso», aconsejó Miguel Madrid.

Al llegar el verano, los soldados lanzaron un ataque contra Riochiquito. Monseñor Vallejo había suplicado de nuevo que se sacara de allí a los camaradas. Pero, incluso sin su petición el ejército insistía dispuesto a no dejarlos en paz.

Los soldados procedían de Belalcázar, Rionegro, Pacarní. Disfrutaban de ayuda aérea; los indios estaban aterrados por los aviones militares en los que veían gigantescas aves «chulos», trayendo la muerte sobre ellos. Había muchos soldados: los camaradas los combatieron durante más de un mes. Pero, los soldados se apoderaron del pueblecito y lo quemaron y entonces se retiraron para establecer puestos avanzados en los alrededores de la región.

Dicha ofensiva hizo que los camaradas volvieran de nuevo a ser guerrilleros. Decidieron proteger a los civiles tal como lo habían hecho en El Davis, pues, así quedaban en capacidad de organizar una asociación entre ellos. Comenzaron a crear comités del Frente Democrático entre los colonos y los indios. No tardaron en contar con diez células del Partido en el territorio de Riochiquito donde los habitantes reconstruyeron el pueblo.

Los refugiados indígenas organizaron granjas. Era costumbre entre los indios hacer «mingas» o sea realizar el trabajo de la tierra

en común por grupos. Pero el bloqueo militar los mantenía muy necesitados. Los camaradas dirigían comisiones de aprovisionamiento hasta sitios muy distantes. Para esto los indios eran muy eficaces. Los guerrilleros -pues los camaradas ahora eran guerrilleros- se dedicaron a acosar los puestos avanzados de los soldados para arrancar la tenaza colocada alrededor de la región, pero, no obtuvieron el resultado deseado. Además, algunos asentamientos indígenas les eran hostiles y deseaban denunciarlos.

De alguna manera tenían que salir de su aislamiento, relacionarse con el Partido, con otros camaradas. ¿Qué había ocurrido con Yosa, Ciro Trujillo y otros que habían prometido unirse a ellos? Despacharon a un hombre experimentado, Juan Antonio Rodríguez, a quien llamaremos Teniente Antonio, en su busca, pero pronto recibieron noticias de que había sido capturado por los soldados.

Una comisión armada salió para el Tolima; otra, al mando de Marulanda, se fue al Huila. Marulanda llevó consigo quince combatientes y algunas mulas que le habían encargado cambiar por herramientas y armas.

Charro Negro era indiscutiblemente el comandante de los camaradas en Riochiquito. Más y más atareado con temas de organización y con los asuntos de los indios, pidió a las directivas del movimiento campesino designar a Marulanda como su comandante militar.

Marulanda admiraba a Charro Negro por su astucia, su optimismo inquebrantable y su afinidad casi visceral con los campesinos, por su habilidad para sacar avente las empresas más arduas. Lo quería como a un amigo.

¿Y qué decir de Marulanda? Fue ahora cuando comenzaron a desarrollarse en él aquellas grandes dotes personales que irían a hacer de él algo más que un notable jefe guerrillero.

Era un hombre dueño de sí mismo y poseía una mente serena. Podía ser cordial sin perder su autoridad y severo sin por esto privarse de la consideración de los demás. Era frugal en su existencia. Ahora que sabía leer mantenía un insaciable deseo de reunirse. Repetidas veces leía los pocos folletos del Partido que tenían los camaradas y meditaba profundamente sobre su contenido.

Marulanda ambicionaba no sólo adquirir destrezas militares sino además sentido político. Ya había empezado a darse cuenta del impacto de la lucha de los camaradas, que se trataba no sólo de su amada patria y de su pueblo, sino de todos los países despojados de

derechos y bienes, sin excepción de fronteras, lenguas o razas. Martín Camargo y Charro Negro le habían explicado esto. El círculo de su mente comenzó a abrirse paso más allá de las montañas familiares donde vivía.

Por debajo de la visera de su característica gorra de cuartel, sus ojos castaños, apaciblemente sopesaba seres y cosas, para apreciar su verdadera esencia y capacidades. Poseía un instinto infalible para hallar en toda cosa su más alto valor. Lo mismo años más tarde cuando llegó a Comandante Supremo de guerrilla, tomaba las decisiones sólo al cabo de prolongada meditación, diciendo que la prisa o la omisión conducían a la aventura.

Pero esto era en el futuro. Ahora era joven y hacía de la guerrilla un arte de la guerra.

Cada encuentro con el enemigo lo instruía mostrándole cómo tomar la ruta de la victoria. Ya fuera en las montañas o en la selva podía advertir la presencia del enemigo, así como Charro Negro podía ver en lo oscuro. Podía detectar cada indicio de cautela, de olor o de ruido.

Su cuidado en los pormenores, su preparación para todo movimiento, eran incomparables. Estudiaba las condiciones atmosféricas, la índole de la tierra, el potencial numérico del enemigo, la posición adecuada para cada combatiente, los puntos de entrada y de escape. Pacientemente, aguardaba emboscado durante horas o días. Finalmente podía calcular el tiempo exacto necesario para ejecutar cada una de las etapas de un ataque

En plena refriega, sacaba ventaja según se presentasen los acontecimientos, improvisaba, con impresionantes recursos, en los momentos de mayores peligros.

Marulanda les tomaba la delantera a los soldados por haber estudiado el estado de sus fuerzas y fallas. Los introducía en terrenos en donde se quedaban paralizados, los persuadía de que contaba con cien hombres cuando sólo tenía diez, se servía de embustes y falsas maniobras para meterles miedo en el ánimo. Cuando los soldados pensaban que él estaba cerca ya iba a varias leguas de distancia, cuando se sentían seguros, lo tenían pisándoles los talones.

En el Huila negoció mulas por armas y mercancías que despachó a Riochiquito. Entonces se fue, vía Gaitania y Planadas, al Tolima, tratando de reanudar contactos perdidos. Allá, los campesinos ya sentían más simpatía hacia los camaradas «fuera de la ley». Ya no creían en una paz duradera. Los camaradas organizaban encuentros y les hablaban otra vez del Frente Democrático. Pero para las bandas

liberales, aunque éstos también eran perseguidos, los camaradas continuaban siendo los mismos comunes, hombres que querían matar.

Refugiados venidos desde más allá del río Grande, dieron a los camaradas noticias de Richard y de Yosa, lo que llenó los corazones de una nueva esperanza.

La comisión de Marulanda volvió a Tierradentro en donde el bloqueo militar estaba produciendo efectos desastrosos. La población civil de Riochiquito estaba al borde de la desnutrición y desmoralizada: algunos indios guerrilleros habían sido matados por los soldados; otros habían desertado de las filas de los camaradas.

Una mañana, antes de que encendieran los fogones del campamento de los guerrilleros, los guardas dieron la señal de alarma de que se acercaban hombres armados. Los camaradas salieron de las caletas listos para disparar.

Las montañas apartadas reflejaban los primeros rayos del amanecer.

Cuatro hombres venían trepando hacia el campamento a través de la fina niebla del alba. Uno de ellos los vio y bandereó su ancho sombrero campesino; los hombres estaban demacrados, harapientos y tambaleaban del cansancio.

De pronto los camaradas corrieron hacia ellos gritando rebosantes de alegría; los tomaron por los brazos para abrazarlos e impedirles que se desplomaran. Era Ciro Trujillo quien había gritado y agitado su sombrero. Teniente Antonio lo seguía de cerca.

Después de lavar sus heridas y luego de comer y dormir, Ciro relató sus peripecias.

«Cumplimos nuestra misión en Villarrica. Los soldados empezaron a llegar allí. La guerra aún no había estallado, pero parecía inevitable. Yo tenía nueve hombres bajo mis órdenes. Yo quería ir a reunirme con Richard y otros camaradas para combatir a los soldados, pero teníamos instrucciones de venir aquí. Entonces, nos pusimos en marcha. Nos encontramos con Antonio en el camino. Los soldados lo tuvieron preso en Neiva pero lo soltaron. Él esta-ba tratando de llegar a Villarrica.

«Una vez atravesado el río Grande nos vimos frente a las bandas liberales que nos estaban esperando. Cien veces estuvimos a punto de morir. Tienen sus espías por todas partes. Pero no sabían a dónde nos dirigíamos.

«Cada noche cambiábamos de dirección incluso si Riochiquito

era nuestra meta; durante el día nos escondíamos y dormíamos. Perdí hombres, como lo pueden ver ustedes mismos. Habiendo ido en busca de víveres, nunca más regresaron. Sin duda los liberales los atraparon. Pasamos días sin alimentarnos, trepando a una altura como la de los volcanes, atravesando a nado los ríos. Aquí estamos».

Su llegada aumentó la fuerza de la guerrilla. Pero Charro Negro decidió aplazar la lucha armada, salvo si los soldados atacaban de nuevo a Riochiquito. Era más importante alimentar a la gente que matar soldados. Todas las energías de los camaradas y de los indios eran consagradas ahora a este propósito porque los soldados atajaban todo producto que les llegara de otros sitios.

Estábamos en 1955. Los camaradas habían permanecido en Tierradentro durante los últimos diez y ocho meses.

La guerra había estallado en Villarrica y en el Sumapaz. En el Tolima y en el Cauca los campesinos tenían que soportar no solamente las presiones de los militares sino también las de las bandas liberales que entonces luchaban únicamente por defender sus propias vidas y robar. Algunos integrantes de estas bandas se convirtieron en bandidos debido a que su situación parecía no tener otra salida.

En ese momento había más de cien camaradas armados en Riochiquito. El maíz y la yuca habían sido cosechados en las granjas, lo suficiente para dar de comer a civiles y combatientes durante varios meses. Había llegado para los camaradas el momento de emprender de nuevo el combate.

El Comando Guerrillero decidió crear otros dos comandos.

Uno de éstos actuaría en La Símbola, donde los guerrilleros habían encontrado al fin a los camaradas que habían ido allí desde San Miguel.

El otro se estableció en un punto solitario a varias horas de viaje de Riochiquito. Fue denominado Marquetalia.

El territorio de Riochiquito no era invulnerable, lo que ya había sido demostrado por los soldados.

Charro Negro había estado buscando, durante largo tiempo, un sitio aislado en las montañas, provisto de barreras naturales para su defensa, donde pudiera poner a salvo a los refugiados con sus familiares.

Localizó el sitio deseado arriba de Peñarrica en un cañón donde el río San Miguel se despeña por entre barrancos para ir a unirse con el río Atá.

Este sitio es llamado cañón del Támaro. Por uno de los costados

del río Atá, que corre a través del cañón, desplegadas laderas de colinas ascienden hasta una angosta planicie. Detrás de esta plataforma de tierra, una densa selva se extiende hacia las cumbres de nieve del Nevado del Huila.

A esta meseta y vasto territorio circundante, poblado por pocas familias indígenas diseminadas, Charro Negro lo bautizó con el nombre de Marquetalia. Anteriormente había existido allí una finca en el cañón, que pertenecía a un señor llamado Efraín Bonilla, quien se había ausentado a causa de la violencia. Ahora no había allí nada, ni morada, ni alma alguna. La tierra era fértil, agua en abundancia, y sal cerca de San Miguel.

Marquetalia era una fortaleza inexpugnable que si se defendía como era debido, jamás los soldados alcanzarían a tomarla.

El gobierno se había quitado su máscara de tolerancia.

Parecía que el futuro del país sólo podía surgir mediante la utilización de la violencia.

Otra vez los camaradas de Riochiquito estaban en guerra y salían, fuera de Tierradentro a gran distancia para llevar a cabo operaciones de distracción mediante las cuales pudieran entretener a los soldados y alejarlos de allí.

Salían de las montañas con desconcertante prontitud, combatían y desaparecían allí de nuevo. Atacaban en un sitio y al día siguiente acosaban al enemigo de nuevo varias leguas más allá. Los soldados eran incapaces de capturarlos. Los indios conocían las trochas ocultas y eran dueños de una gran astucia.

Pero los camaradas cometieron un error costoso. Fueron informados de que las comunidades indígenas de Moras, donde había ya grupos de autodefensa, deseaban pelear. Teniente Antonio fue allá para organizarlos y sin sopesar las consecuencias, declaró las hostilidades.

La respuesta de los soldados fue rápida y brutal. Hubo muchos muertos y encarcelados entre los indios; sus bohíos fueron devastados. Aterrados por la implacable represión, los indios desertaron de las filas de los camaradas. Treinta y cinco combatientes, azotados por la fiebre, sin comida, sin ayuda, lucharon durante diez meses en el inhóspito páramo de Moras.

Se reunieron delegados de las direcciones regionales y de los grupos guerrilleros del Partido del Tolima, Huila y Cauca. Hablaron lo tocante a la represión militar, a la agresión de las bandas liberales, a una estrategia para hacer frente a esto, decidieron proponer una alianza

a los guerrilleros liberales. Pero, los liberales rechazaron tal pacto. Una banda liberal encabezada por un individuo Silvestre Bermúdez merodeando cerca de Rioblanco mató a algunos camaradas.

Los tres comandos de Riochiquito se fortalecieron. Muchos combatientes poseían ahora armas de fuego. Los civiles estaban en capacidad de suministrar alimentos a los combatientes, lo que facilitaba a éstos libertad de movimiento.

Comenzaron a llegar refugiados del oriente del Tolima y del Sumapaz, donde se había perdido la guerra; muchos de ellos se dirigieron a Marquetalia y se quedaron allá. Meses y estaciones pasaban. Las huellas de la guerra parecían interminables.

En febrero de 1956 el gobierno expidió un decreto según el cual se confirmaba la ilegalidad del Partido y de su ideología en el país; algunos dirigentes del Partido fueron encarcelados.

Fue por esta época cuando la Grande y Fraternal República envió tropas para sofocar una rebelión contra el gobierno de una hermana nación[7] . ¿Acaso los camaradas campesinos sabían esto en Tierradentro? ¿Qué explicación hallaron o les dio el Partido acerca…

(PÁGINA ILEGIBLE)

… cual un toro bravo les cerró el paso; los camaradas que llevaban al muerto lo dejaron caer para poderse salvar. Guaraca lo alzó y se fue llevándolo hasta donde pudieran enterrarlo.

Al regresar a Riochiquito pasaron por el municipio conservador de Santa María teniendo que enfrentarse allí a los soldados. Fue su última acción militar.

Poco después el General fue derrocado.

El General nunca marchó al unísono con el pueblo del país ni con las diferentes oligarquías que habían tramado la conspiración que lo llevó al poder.

La represión contra los movimientos radicales había puesto a los campesinos y a los obreros contra él. La prensa había sido censurada y también la había suspendido. Su política económica amenazaba los intereses de los capitalistas. El precio del café, producto fundamental del país, se había caído en el mercado mundial. El proyecto del General de fundar su propio partido asustó a los dos partidos políticos tradicionales.

---

7. Insurrección en Hungría aplastada por tropas soviéticas

Los dirigentes supremos de estos partidos, uno de los cuales era el Tirano, se reunieron en el extranjero, decididos a apropiarse del poder. Pactaron entre ellos.

Cuando el General hizo saber que se proponía continuar como Presidente por un segundo período y que los serviles Cámara y Senado le otorgaron su asentimiento al respecto, estallaron abiertamente disturbios en las ciudades. Los soldados fueron despachados a la capital para frenar la agitación de obreros, estudiantes y prensa. La propuesta pública hábilmente manipulada por políticos y financistas dio origen a una huelga general de todas las capas de la sociedad.

El 10 de mayo de 1957 el General renunció.

Dejó en su lugar a cinco hombres, una Junta Militar, que se comprometió, después de pasar un período de transición, a restablecer el gobierno democrático.

(DOS PÁGINAS ILEGIBLES)

Debía existir paridad en la Cámara y el Senado, en las Asambleas Departamentales y Concejos Municipales. Los gobernadores y alcaldes debían ser también distribuidos por igual. La Presidencia de la República debía alternarse entre uno y otro partido. Dicho pacto se denominó Frente Nacional.

Cada cambio constitucional estaba destinado a poner fin a los conflictos partidistas sectarios. Los directorios de los partidos pensaban que esta alianza iba a remediar los problemas sociales crónicos. De todas maneras mantuvieron en el poder las mismas oligarquías y políticos que habían demostrado abdicación y cobardía frente a sufrimientos y desesperación del pueblo. Se aprobaba una nueva forma de prerrogativas. El gobierno, inmutable hoy, se sentía al abrigo de cambios en la opinión pública, de los contradictorios intereses de clase, de ideologías hostiles. Dentro de este sistema cerrado, los movimientos populares no podían surgir ni desarrollarse democráticamente.

Se pidió al pueblo ratificar el Frente Nacional en un plebiscito. Una vez más ávido de paz a toda costa, en diciembre de 1957, el pueblo votó masivamente a favor del nuevo estatuto político.

El Partido comprendió lo suficientemente bien que iban a excluirlo del proceso político nacional. Sin embargo, debido a que creyó que había recobrado su legalidad constitucional, pidió a los camaradas votar en blanco.

En la Grande y Fraternal República, en su XX Congreso, el Partido anunció que una transición pacífica del capitalismo al socialismo era en la actualidad históricamente posible. En todo el mundo los Partidos de las diferentes naciones, aprobaron dicho postulado y se declararon también ellos a favor de la coexistencia pacífica con los regímenes capitalistas.

El Partido, en el país, se hallaba profundamente influenciado por esta política. Era electoralista, reformista y reacio a transgredir el espíritu de la carta constitucional del país. Aprobó la lucha armada sólo a título defensivo, pero no por el momento con miras a la toma del poder.

De su VIII Congreso realizado en diciembre de 1958 salió una resolución, que decía:

«Debemos tener en cuenta la ventaja de introducir en la plataforma del Partido, en lugar de llamar al derrocamiento del Gobierno, a la lucha por la revolución pacífica a través de la progresiva democratización del país, el refortalecimiento y unidad del movimiento obrero y de la alianza obrera y campesina, y el desarrollo del democrático Frente Nacional».

Un miembro del Comité Central del Partido había hecho una visita a los camaradas de Marquetalia. Los instó a que aceptaran la amnistía y les dijo que el Partido deseaba apoyar sus peticiones. Había llegado para ellos el momento de cumplir su misión inicial, de transformar el movimiento guerrillero en un movimiento de autodefensa pacífica campesina.

«La primera preocupación del Partido, después de estos años de proscripción, es desarrollar una base de masas obreras y campesinas», dijo él. «La lucha por el poder debe concebirse como actividad de las masas en diferentes frentes; no únicamente como acción guerrillera. Ustedes mismos encarnan las perspectivas revolucionarias de las masas campesinas, pero ustedes no pueden asumir el puesto del pueblo, y esto puede ser efectivo sólo dentro de un movimiento de masas. No existen condiciones revolucionarias en el país. Dejen quietas las armas. Incluso en descanso pueden continuar siendo elementos de disuasión frente a la reacción y a la injusticia».

Lo escucharon en un silencio respetuoso. Era lo que el Partido siempre les había dicho. Comprendían que el Frente Nacional, después de una década de derramamiento de sangre, de sufrimientos, de luchas políticas en el país, no había hecho sino restaurar el mismo orden político y divisiones sociales contra los cuales habían empuñado las armas.

¿Podía este representante del Partido, procedente de la capital, valorar el rudo potencial, la inagotable reserva de energía, resistencia, atesorados por estos campesinos guerreros, cuyas convicciones habían sido forjadas no mediante sutilezas y tácticas políticas, sino mediante valentía, fe y férrea voluntad?

Es Marquetalia la que constituye ahora el centro de nuestro relato.

¿Podría la paz volver a estas remotas montañas? Ningún peligro inminente amenazaba la vida de los campesinos. Pero, ¿por cuánto tiempo? Los camaradas exigieron que los soldados desocuparan la región. En cambio, los militares insistieron en que los camaradas se desmovilizaran.

Finalmente los soldados del Tolima se retiraron de sus campamentos hacia los pueblos y las ciudades. En el acto los guerrilleros liberales se encargaron del control de sus tradicionales áreas de apoyo. Peligro en Herrera, Mariachi en Planadas, Hermógenes Vargas en La Profunda y Gerardo Loaiza en Rioblanco.

En agosto de 1957 se publicó la «Ley del Sur del Tolima», sectaria y discriminatoria, en la cual se trataba de exponer a grandes rasgos cómo estas áreas debían ser coordinadas y el modo como debían ser gobernadas.

Frente a este flagrante reparto territorial de influencias políticas, temerosos de quedarse aislados y cercados, los camaradas de Marquetalia se posesionaron de Gaitania, Sur de Atá y El Carmen junto con la extensa región montañosa en que vivían.

Este territorio fue conocido como «Tierra de comunes». Aquí, viejos enemigos se encontrarían una vez más frente a frente.

El primer presidente electo del Frente Nacional fue Alberto Lleras Camargo, jefe del Partido Liberal.

Los camaradas en el sur del Tolima se reunían. Discutían lo relacionado con los acuerdos pactados con las autoridades, las obligaciones que les imponían estos convenios, las tácticas liberales que parecían presagiar conflictos armados entre ellos.

Decidieron disolver sus comandos y fundar dos movimientos campesinos, uno en Riochiquito, dirigido por Ciro Trujillo y Laurentino Perdomo, otro en Marquetalia bajo la dirección de Charro Negro. Cada movimiento debía tener una dirección de control. Todas las armas debían ser puestas en manos de esta autoridad.

Combatientes y familias de refugiados que lo desearen, podían ahora regresar a sus hogares. A quienes se quedaran, se

les adjudicaría tierra, eso sí, debían someterse a las reglas de las directivas campesinas.

En Marquetalia los campesinos escogieron el día de la fiesta de San Juan para celebrar el comienzo de su nueva vida. Debía ser también un día de nostalgias y de adioses, debido a que pasado ese día muchas familias se irían.

El origen de esta fiesta se desconoce. Quizá fue introducida por los conquistadores españoles al llegar aquí, en honor de San Juan Bautista o en recuerdo del solsticio de verano en sus tierras natales.

En el campo del Tolima, la víspera de ese día, los tambores tocan con ritmos que se repiten. Toda la noche las mujeres cocinan insulsos y lechones en hornos de barro, mientras los hombres las miran, charlan, afinan sus instrumentos de música y beben aguardiente. El Poeta escribió:

Quien no quiere a su mujer
Será de palo o de fierro;
Quien no bebe en el San Juan
Ha de ser botón de perro.

Antes del amanecer las velas y lámparas se encienden en las ventanas de las casas.

Con el primer rayo de la aurora, acompañados por la música de cuchos, carrascos, tiples, tanto viejos como jóvenes se precipitan hacia un río cercano para bañarse. Este acto simbólico de purificación precede la fiesta y quizá emula aquel de Cristo.

Un ágil, simpático joven, es seleccionado para encarnar el espíritu de San Juan y colocado en una balsa de troncos de matas de plátano; cuando flotando la balsa regresa a la orilla, empieza la fiesta.

En Marquetalia los campesinos disfrutaban de insulsos pero no de lechones. El río Atá era demasiado estrecho y turbulento como para que flotara allí una balsa. Las mujeres no tenían para vestirse, trajes tradicionales. Sin embargo, los campesinos celebraban el festival. Se bañaban en el agua fría del río y comían comida sencilla. Bebían guarapo puesto que ese día les era permitido y la bebida les levantaba el ánimo y les ayudaba a olvidar las preocupa-ciones.

Los campesinos pronunciaban discursos y brindaban; se reían y aplaudían con estruendo. Cantaban sus canciones quejumbrosas, melancólicas evocadoras de amores frustrados, ilusiones perdidas, adioses para siempre. Las mujeres volvieron a encontrar su coquetería

inocente y los hombres su galantería tímida.

Bailaban el joropo, girando en círculo, agitando sus pañuelos. Charro Negro, bailarín infatigable, varonil, llevaba el compás de los bambucos. A Marulanda, tímido y pesado, lo metían al baile entre gritos y risas cariñosas.

La luz de las fogatas hacía que las estrellas parecieran más lejanas, en cambio la luna estaba cerca y serena como si estuviese contemplándolos y bendiciéndolos.

Pero más allá del frenesí de la música y del zapateo de los pies descalzos, magullados, con que parecían sacudir los recuerdos amargos de la guerra, se iba quedando la pena de la separación inminente. Era la crueldad de la guerra la que los había agarrado para que se conocieran y estimaran unos a otros, para sufrir y vivir como si fuesen un mismo ser.

Aquellos que atraídos por la paz debían irse, se irían solos. ¿Qué iría a ser de ellos? ¿Volverían a encontrarse algunos de ellos?

Con las primeras horas del nuevo día, hubo chocar de manos y se derramaron lágrimas sin que se avergonzaran de ello.

Al amanecer los primeros se ausentaron.

La amnistía prometida a los hombres armados se convirtió en ley. Pero las condiciones no eran claras. Individuos que habían hecho cosas terribles se beneficiaron, mientras otros fueron dejados por fuera.

Los camaradas habían decidido reasumir la vida civil. Enviaron una carta a las autoridades departamentales en la cual expresaban sus intenciones pacíficas, su deseo de colaborar con el nuevo gobierno y su rechazo a todo acto, como resistencia o desorden, considerado al margen de la ley.

Pero, la legislación y la reconciliación ideadas por los dos más importantes partidos políticos, no podían ser remedio contra la violencia ni el desbarajuste social que por tanto tiempo habían sido una realidad en el país.

El programa de rehabilitación del gobierno no obtuvo mejor éxito que el obtenido por el del General. La reforma agraria fue tibia e inadecuada. Los grandes latifundios, puntales del nuevo sistema político, permanecieron intactos. Campesinos desplazados vagaban por las calles de las ciudades. Los guerrilleros amnistiados seguían con la vida en peligro.

Las autoridades locales de regiones apartadas del resto del país, pedían a la policía o a los militares que reforzaran la aplicación de la

ley, pues estas fuerzas del orden parecían represivas una vez más.

Las comisiones investigadoras nombradas para encontrar soluciones a las causas de la violencia no duraban mucho y sus recomendaciones no eran tenidas en cuenta.

La violencia partidista disminuyó, pero, los crímenes de exacción, venganza, delincuencia, continuaron. La violencia era una enfermedad que no aceptaba ser curada. Finalmente, iba a golpear tanto a aquellos que poseían los más estimables ideales, como a aquellos que no tenían ninguno en absoluto.

Guerrilleros liberales desmovilizados se volvieron bandidos, algunos de ellos habían sido descalificados por la amnistía; otros la habían rechazado porque no creyeron en las garantías que ofrecía, o por ser incapaces de vivir una existencia rutinaria y se habían acostumbrado a matar. Entre estos había adolescentes e incluso niños criados durante los años de violencia.

Vigilantes conservadores se convirtieron también en bandidos.

Pervertidas y destrozadas almas, estos hombres, licenciosos y salvajes, se juntaban en bandas, en las regiones en donde no había campesinado organizado. Los políticos y gamonales locales y los latifundistas se aprovechaban del miedo que los primeros inspiraban, así como de su destreza en el manejo de un cuchillo, y los protegían. Algunos de esos individuos como la chulavita antes, se complacían con las habilidades rituales. Los actos crueles y arbitrarios del bandido eran una tremenda deformación del anhelo de venganza del campesino, por los males que le habían sido infligidos.

Los bandidos mataban antes de que los mataran porque ya habían perdido cuanto de humano había habido en ellos.

Fue a causa de sus ideales que la violencia finalmente hubo de apelar de nuevo a los camaradas.

Unos trescientos campesinos se habían establecido en Marquetalia. Más tarde llegaron allí otros.

Los indios prefirieron quedarse con los suyos en Riochiquito.

La dirección campesina de Marquetalia distribuyó tierra a cada familia así que, finalmente, hubo casuchas diseminadas a lo largo de las orillas del río Atá, en las faldas de las colinas y en tierras que antes habían sido selváticas. Estos territorios y la extensa región montañosa aledaña se llamaban también Marquetalia.

Únicamente Charro Negro, Marulanda y un viejo conocido que todavía no había llegado allá, vivían en la angosta planicie del cañón de El Támaro. Se pusieron de acuerdo para comprar a la larga esa

tierra que pertenecía a la familia Bonilla.

Los campesinos se instalaron en Peñarrica y San Miguel; estos sitios actualmente hacían también parte de Marquetalia.

Los camaradas nuevamente se habían convertido en colonos, seguían siendo pobres como siempre; carecían de medios financieros, de herramientas para la agricultura y tenían poco ganado. Sólo una trocha demasiado angosta incluso para una sola persona, y que bordeaba el curso del río Atá, los unía al mundo exterior que se reducía a Gaitania.

Las familias campesinas laboraban no solamente en sus propias parcelas sino también en las granjas. Cultivaban maíz, yuca, fríjoles, y más tarde sembraron caña de azúcar y café; después aumentaron sus animales.

Iban a vender lo que les sobraba al mercado de Gaitania. El beneficio resultaba escaso.

Marquetalia era una pequeña comunidad, encerrada, que se gobernaba a sí misma. El gobierno nacional no tenía allí representantes. Su alejamiento, así como acontecimientos futuros, iban a imponer su aislamiento protector. El Frente Democrático lo encarnaba el movimiento campesino. Había comités femeninos y de la juventud, células del Partido, comisarios políticos, una escuela provisional. Sin embargo, algunos miembros de la dirección del movimiento campesino no eran camaradas.

La dirección era la autoridad suprema, tenía la facultad de tratar sus asuntos con la administración departamental en nombre de los campesinos. Era a la vez juez y consejero, castigaba a los delincuentes, dirimía disputas, presidía ceremonias matrimoniales, entierros, estimulaba iniciativas para mejora social. Despachaba comisiones a los más apartados confines de la región, al Sur de Atá y a El Carmen, a ranchos y fincas que solicitaban su ayuda. Esas comisiones siempre iban armadas.

En sus propios territorios, en los que ejercían su influencia, los jefes liberales campesinos Peligro, Mariachi y otros, colaboraban con las autoridades locales, allí donde estas existían; y si no, asumían su lugar.

Así, podían nombrar alcaldes e inspectores de policía extra oficiales. Donde no había policía organizaban milicias. Controlaban los planes sobre rehabilitación y distribuían los préstamos gubernamentales. Ninguna delegación ni comisión tomaba decisiones sin consultarlos previamente. Detrás de esta fachada de

acto cívico daban cabida a sus ambiciones personales.

Habían firmado una tregua con los vigilantes conservadores y hecho las paces con los militares. Su único adversario actual a su inicio era el común, hacia el cual persistía su aversión. Las autoridades conspiraban con ellos para perseguirlo.

Los camaradas de Marquetalia sentían el peso de esta amenaza constante y la temían. La suya era una región extensa y ellos eran pocos. A medida que pasaba el tiempo, los seguidores de Mariachi hacían correrías por allí y los vigilantes conservadores atravesaban las montañas desde Casa Verde y Santa María para hostigar a sus habitantes.

Sin estos esporádicos tropiezos, la Historia hubiera parecido olvidar a los camaradas de Marquetalia.

Estos eran años sin ambición. ¿Pero, acaso no habían luchado también por esto, para ser arrastrados en el calor y el curso paciente de la vida, con sus sencillas penas y satisfacciones para laborar la tierra y seguir el nacimiento de nuevas cosechas y estaciones?

Las montañas se asoleaban bajo los sucesivos soles de verano. Por la noche, la luna las poblaba de vagas sombras. Los árboles, en la selva se desnudaban al llegar la lluvia fría y entonces, de repente, retoñaban verdes capullos. Los pájaros se gritaban los unos a los otros. El río Atá gorgoteaba y reía.

En pago de su laboriosidad y diligencia las condiciones materiales de la vida de los campesinos mejoraban. Salían del territorio y regresaban según su deseo; vendían sus productos muy lejos, tanto como Palermo e incluso Neiva. Llegaban a Marquetalia com-pradores de ganado, negociantes, vendedores ambulantes.

Lo que los campesinos realizaron, lo hicieron casi sin ayuda. La dirección hizo a las autoridades departamentales de Ibagué una petición para que concediera una ayuda a la región para electrificación, suministro de agua potable, puentes y carreteras, telégrafo, construcción de una capilla en Gaitania. Se les concedió una planta eléctrica y telegrafía en Gaitania; nada más. Un cura se aventuró una vez hasta Peñarrica, celebró la misa, y se fue para no volver.

Las autoridades se desentendían de los camaradas que eran los comunes.

Riochiquito quedaba a doce horas de viaje desde Marquetalia. Una trocha oculta, conocida sólo por los camaradas, conducía

hasta allá, a través de la selva y por crestas de la montaña. Los dos movimientos campesinos actuaban por separado, pero se ayudaban mutuamente. Ciro desconfiaba de los soldados que habían regresado a acampar cerca de su territorio. Para los camaradas de Marquetalia, los soldados se hallaban lejos, pero los liberales de Planadas estaban cerca.

Charro Negro criaba y negociaba el ganado, actividad que lo llevaba de pueblo en pueblo, de rancho en rancho a través de la región. Adquirió un proyector, fotografías, y dictaba conferencias a los campesinos acerca de los métodos modernos de manejar una finca.

(PÁGINA ILEGIBLE)

… encantada de ver a Charro Negro, de su amable sonrisa irónica, que parecía venir de muy lejos, como el eco antiguo de una sonrisa india. Estaba preocupada por el estado de salud de Richard. A veces le atacaba una brusca dificultad para respirar, como tisis, y se había enflaquecido. Los médicos de Neiva dijeron que se trataba de un tipo de diabetes. El Partido le arregló un viaje en avión a la Grande y Fraternal República para un tratamiento médico y para hacer un curso de capacitación política. Ella y los niños lo acompañarían.

La reunión de Vega Larga no paró en nada. Pero, ¿en qué tenía que parar? Era una época de paz y el Partido se había comprometido con la paz.

Sin embargo, los camaradas a veces echaban un vistazo pensativo hacia sus propias montañas, hacia su cordillera familiar y soñaban sueños imposibles.

La tensión aumentaba entre los camaradas y los liberales de Planadas. Los hombres de Mariachi hacían incursiones en Marquetalia, saqueando; los camaradas mataron a uno.

Fue en ese entonces cuando Teófilo Rojas, apellidado «Chispas», que era el más destacado y cruel de los bandidos vivió en Planadas, bajo la protección de Mariachi, mientras solicitaba amnistía a las autoridades.

Dirigentes campesinos liberales del sur del Tolima se reunieron cerca de Rioblanco para elegir un nuevo comité consultivo de su movimiento. Peligro tenía la intención de presentar su renuncia como jefe. Ni él ni Mariachi estuvieron presentes.

La envidia y la ambición, durante una visita a la capital, incitaron a Mariachi a dar informaciones a un diario nacional, según las cuales

dichos dirigentes estaban planeando subversión y actos de violencia contra las autoridades.

Una semana después un soldado asesinó a Silvestre Bermúdez en Prado y luego fue el turno de Hermógenes Vargas. ¿Las autoridades habían decidido no utilizar más los servicios de esos individuos, que habían adquirido demasiada influencia?

Ocurrió algo peor aún.

Charro Negro llegó a Gaitania, desde la capital, donde había asistido a un congreso del Partido. Fue un sábado; se encontró con Marulanda, permanecieron en vela toda la noche hablando acerca del congreso y refiriéndose anécdotas. Charro Negro estaba contento y emocionado. El Partido estaba planeando mandarlo a la Grande y Fraternal República a un curso de capacitación política.

Allá se reuniría con Richard.

El siguiente fue un día de mercado. Los campesinos vinieron de Marquetalia a comprar y vender y se fueron al atardecer, como lo había hecho Marulanda. Yosa se quedó en Gaitania. Charro Negro y Yosa pernoctaron en una casa de la plaza de armas.

Era el 11 de enero de 1960.

Al amanecer fueron advertidos de que hombres armados habían llegado a Gaitania desde Planadas. Yosa aconsejó a Charro Negro tener cuidado y le aconsejó permanecer en la casa. En vez de esto, ignorando el peligro, anduvo desarmado por la calle principal, habló un momento con un amigo, un farmaceuta que estaba abriendo su establecimiento; vio a tres desconocidos acercársele. Fue Heriberto Romero, a quien llamaremos Belalcázar, teniente de Mariachi, quien lo abatió.

Yosa iba atravesando la plaza de armas. Oyó los disparos e, invadido por un terrible presentimiento, murmuró para sí: «¡Malditos! ¡Mataron a Charro!» Corrió hacia la calle principal, sacó su revólver y comenzó a disparar; pero los matones no estaban a su alcance. Un camarada joven corrió hacia él para entregarle un fusil; pero Belalcázar disparó y también lo mató.

Las calles se llenaron de gritos de asombro, chillidos, perros que aullaban frenéticamente y gallinas que cacareaban. Las gentes salían por las puertas de las casas y volvían a entrar.

Yosa distinguió el cuerpo de Charro medio doblado como si lo hubiesen descargado allí en el suelo. Estallaban disparos en otra parte lo cual quería decir que eran más de tres los hombres de Mariachi en el pueblo. Si Yosa no escapaba ahora, lo matarían también.

Se dirigió hacia un barranco que bordeaba un costado de la plaza de armas, se fue deslizando, resbalando hasta llegar al río y se arrastró por entre matorrales hasta un rancho llamado Jordán, de donde un joven salió en busca de ayuda a Peñarrica. Pero antes de que llegara socorro los liberales tendrían tiempo de pedir sus propias fuerzas de Planadas; Yosa lo sabía.

Marulanda lo localizó horas después. Las trágicas noticias lo habían alcanzado en el camino de Alto Pinares.

«¿Es cierto que mataron a Charro?», preguntó.

«Yo lo vi», dijo Yosa, deshecho.

Habitantes, aterrados, huían de Gaitania. Algunos pasaban por el camino de Jordán. Decían que los liberales habían matado a otro joven camarada. Decían que quemaban las casas, lo que no era cierto. Sonaban más tiros. Venían, retumbando por las paredes del barranco, asustaban a los pájaros entre los matorrales y las piedras. La realidad era que nadie estaba atacando a los liberales, quienes disparaban seguramente para darse ánimo entre sí.

Era verano y no soplaba ninguna brisa que mitigara el calor sofocante.

Al cabo de largas horas de espera, llegaron alrededor de unos treinta camaradas con fusiles, con la frente reluciente de sudor, llegados de Marquetalia por atajos, a toda carrera por el camino.

Querían atacar a los liberales para vengarse sin tardanza. Pero, en estos momentos, Mariachi en persona estaba en Gaitania. Había llegado de Planadas, a caballo, al mando de doscientos hombres armados. Había cercado al pueblo, colocando centinelas por todos lados, de suerte que los habitantes no podían salir.

«Intentar un asalto sería la muerte segura para nosotros», dijo Marulanda.

Sin embargo, los camaradas querían atacar costare lo que costare. ¿Acaso Charro Negro no merece que muramos por él? Sus voces se estrangulaban de dolor y de frustración.

Pero, Marulanda y Yosa como miembros de la dirección campesina habían ya debatido el asunto.

«Los liberales han cometido un crimen abominable y roto la paz», dijo Marulanda. «Si tomamos a Gaitania por asalto, nos haremos cómplices de tal ultraje e, incluso, arriesgamos a que se nos lo reprochen. ¿Quién sabe qué se oculta detrás de esto?

«Nuestro deber es dejar que las autoridades arreglen la situación, demostrarles que nosotros respetamos la ley. Los soldados vendrán aquí. Por lo pronto, no debemos permitir escapar a los liberales.

Debemos estar seguros de que ellos se encuentren en la escena del crimen cuando lleguen los soldados».

Colocó a los camaradas en puestos ventajosos en los flancos de las colinas, dominando el caserío y la ruta que iba hacia Planadas. Enseguida se fue para El Carmen a mandar comunicar telegráficamente las noticias a Neiva y regresó al día siguiente.

Durante dos días los dos grupos intercambiaban disparos, incluso si no se veían. Los camaradas estaban escondidos detrás de las rocas, los matorrales y los árboles, mientras que los liberales se hallaban en las casas.

Había ráfagas de bala en el pueblo, junto con gritos insultantes y de desafío. Del lado de los camaradas respondían disparos aislados pero precisos. Sin embargo cada bala era expedida y cargada con odio mortífero y los camaradas sufrían de saber que el cuerpo de Charro Negro se encontraba en manos del enemigo.

El aire empezaba a dejar ver un color de ceniza por encima del pueblo, el color de pólvora y de humo, como si se tratara de fogatas ardiendo. Cada vez que reinaba el silencio, este se revestía de una calidad de irrealidad como si todo, paisaje, cielo, combatientes, lucharan para lograr respirar.

Un día, un bimotor civil volando sobre los techos dio unas vueltas como quien observa algo, y luego siguió su camino.

Al fin llegaron los soldados, una fila larga de tropas de combate, descendiendo del Alto de los Indios, vestidos con ese uniforme verde-botella detestado por los camaradas, que no habían visto desde hacía bastante tiempo.

Marulanda habló con el oficial comandante, le explicó lo que había ocurrido, y le pidió arrestar a los asesinos liberales. El oficial lo escuchó con muestras de irritación y entonces le dijo:

«¡Llame a sus hombres!»

Condujo a los soldados a Gaitania y horas después, protegidos por la tropa, los liberales salieron en dirección de Planadas. Mariachi y Belalcázar, ambos, habían sido heridos a bala.

Los camaradas no intentaron entrar al pueblo, donde ahora acampaban los soldados, sino que regresaron a Marquetalia. Marulanda se fue con ellos y se quedó allí.

Parafraseando las palabras de un poeta antiguo, el dedo del destino comenzaba a señalar a Marulanda.

Fue el Poeta quien compuso estas líneas como homenaje a Charro Negro:

Compañeros, compañeras camaradas y soldados:
cuando el sol ya florecía en los techos de Gaitania
mil disparos a mansalva me quebraron las espaldas.

Recorred toda la tierra, conquistadla y libertadla y devolvedme a la vida -indio de cuerpo y camayo- naceré en cada niño que nazca en la nueva patria.

La muerte de Charro Negro se sintió duramente en el corazón de los campesinos. Marulanda viajó a Ibagué y a Neiva para denunciar a Mariachi y exigir su arresto y castigo. En la capital el Partido protestó contra el crimen. Pero las autoridades no intentaron nada contra el líder liberal. Sólo más tarde, cuando pensó que los militares querían matarlo, huyó de Planadas.

Los camaradas estudiaron la situación y lo que esta implicaba. Indudablemente las autoridades habían tramado el asesinato de los tres dirigentes campesinos, para justificar su entrada al territorio de estos, lo cual significaba que estaban preparando una nueva fase de violencia contra quienes en cierta época los habían desafiado.

Los camaradas deseaban explicar sus temores a los habitantes de Gaitania, muchos de los cuales partían, asustados por lo que había ocurrido. Pero los soldados prohibieron llevar a cabo allí cualquier clase de reuniones públicas.

Los soldados estaban construyendo un campamento del ejército en Gaitania. No pensaban retirarse del caserío.

«Nosotros debemos prepararnos para luchar otra vez», dijo Marulanda. «No hacerlo nos puede acarrear peligro de muerte. Si les dejamos ver que queremos luchar, quizá las autoridades querrán dejarnos en paz».

¿O tomarán las autoridades tal precaución como una provocación?

Los camaradas escuchaban en silencio a Marulanda y pensaban en las dificultades y peligros del pasado.

La dirección campesina de Marquetalia alistó a treinta hombres con los cuales constituyó una fuerza permanente de combate, denominada la «Móvil». A estos hombres les dieron armas de las mejores así como formación política y entrenamiento militar intensivos. Debían ser la vanguardia armada de la defensa de los campesinos. Era de su incumbencia patrullar la región, rechazar los ataques de los liberales y vigilantes y las posibles incursiones del

ejército. Marulanda comandaba la fuerza con la asistencia de Isaías Pardo y Jaime Guaraca, combatientes ya experimentados.

Los primeros contactos entre camaradas y soldados en Gaitania, fueron cordiales. Continuaban frecuentando el mercado; pero los ataques de los vigilantes conservadores seguían intensificándose, como si la muerte de Charro Negro los designara como víctimas fáciles. Los vigilantes mataron a ocho campesinos de la hacienda de La Florida, donde robaron ganado, parte del cual pertenecía a Marulanda. Entonces los soldados comenzaron a despachar patrullas y a exigir papeles de identificación a los campesinos, quienes en general no los tenían. Jamás los habían visitado los delegados del registro, algo que sabían perfectamente los soldados.

Las bandas liberales reaparecieron, aunque Mariachi había huido. Penetraron a Gaitania y a lejanas veredas, inspirando terror a los campesinos. Era evidente que contaban con la complicidad de los soldados. Cuando, ante las autoridades, los camaradas se quejaron de estas incursiones hostiles, no recibieron respuesta.

Las severas medidas que el gobierno había tomado en las ciudades contra las asociaciones y organizaciones de obreros, preocupaban al Partido; éste se había asociado con el recién constituido partido liberal disidente[8] , que desconocía la legitimidad del gobierno del Frente Nacional y proyectaba postular camaradas para ocupar puestos públicos bajo su bandera. El Tolima permaneció alejado de esa concepción del Partido.

A medida que pasaban los meses, los campesinos de Marquetalia seguían asediados por la inseguridad creciente y la provocación. El ejército instaló puestos avanzados en las fronteras de la región; los soldados molestaban a los campesinos que se trasladaban a los mercados vecinos.

Se producían escaramuzas entre los soldados y la Móvil; los camaradas comenzaron a atacar las columnas militares de pertrechos y a eliminar a los espías civiles de los militares. Mataron a dos miembros de una banda liberal que atacó a San Miguel. Años más tarde Jaime Guaraca fue capturado por unos soldados en la capital. Acusado como autor de estas muertes fue sentenciado y condenado a prisión en la colonia penal de la isla de Gorgona[9].

En la radio y en la Prensa Nacional una vez más los camaradas

---

8. Movimiento Revolucionario Liberal, dirigido por Alfonso López Michelsen, elegido Presidente de la República (1974 - 1978).

9. Isla de la costa del Pacífico, en el Departamento del Cauca. Penitenciaría, creada en 1964. En la actualidad Parque Nacional

fueron calificados de bandidos y considerados responsables de cualquier incidente ilegal ocurrido en su región.

Así, durante una sesión del Senado, el hijo del Tirano pronunció un discurso que tuvo graves repercusiones para el desarrollo de la vida política del país.

Acusó al gobierno de tolerar, dentro del territorio nacional, la existencia de repúblicas independientes que no reconocían la soberanía del Estado ni permitían a sus fuerzas armadas penetrar hasta allí.

Una de las tales repúblicas era Marquetalia, otra era Riochiquito.

Pidió que fueran subyugadas estas regiones, con sus habitantes que eran propietarios de nada, por un Estado que no les daba nada.

Estas palabras de incitación, pronunciadas por un hombre cuya familia poseía tierras en el Sumapaz y cuya ambición de poseer más había sido frustrada por las ligas campesinas, llamó la atención del gobierno hacia esos lugares de refugio de los campesinos.

¿Acaso el Partido previo que serían perseguidos de nuevo los camaradas?

Después de su IX Congreso, reunido clandestinamente en junio de 1961, anunció que «la vía del cambio social en el país debía servirse de la combinación de todas las formas de lucha».

Las palabras «repúblicas independientes» grabadas en la conciencia para ser aprovechadas por la Prensa Nacional, presagiaban la extinción de una modesta forma de esperanza.

Habían pasado casi ya dos años desde la muerte de Charro Negro.

Sometidos a hacer frente a agresiones repetidas, a intimidaciones y a la indiferencia de las autoridades respecto a su situación de inminente peligro, los camaradas decidieron poner a Marquetalia en pie de guerra. Instauraron otra vez los grados militares y reanudaron los entrenamientos militares, reclutaron sus propios espías y trataron de hacer público el grave estado de su situación y su deseo de paz.

En la actualidad únicamente eran autorizados a visitar a Marquetalia sus simpatizantes y los negociantes de confianza.

Pero el ejército deseaba penetrar allá y sacar a los camaradas.

En enero de 1962, más de seis mil oficiales y soldados, la mayor parte perteneciente a la Sexta Brigada del Ejército, estacionada en Ibagué, algunos integrantes de las unidades especiales contraguerrillas, fueron concentrados en Gaitania. Lanzaron entonces una ofensiva repentina contra Marquetalia. No se dio ningún aviso acerca de este ataque. Los soldados avanzaban por las orillas del río

Atá, único camino de acceso. Por los demás puntos quedaban las montañas y la selva.

Los centinelas de los camaradas, descubrieron ese movimiento inesperado del ejército y los combatientes se apresuraron a luchar contra las tropas. Por entre los árboles y matorrales podían arrastrarse como serpientes cerca del río. Se dividieron en pelotones de tres hombres, dos combatientes y un auxiliar, y entablaron la lucha en las fincas de La Floresta y La Suiza. Un pelotón reemplazaba a otro, de suerte que siempre volvían a sus puestos frescos y vigorosos, peleando y retirándose, y dejando a los soldados avanzar lentamente.

Los soldados, viendo que sus colegas eran heridos o muertos, estaban asustados y sus oficiales exasperados ante dicha lentitud. Se encaminaron a lo largo de las orillas del río, vacilantes y cautelosos. Por la noche permanecieron despiertos en la oscuridad, con los oídos atentos para tratar de captar cualquier ruido.

Marulanda instaló su fuerza más importante en la falda de una colina, mirando al río, entre un punto llamado Puerto y la aldea de San Miguel. Aquí se trabó una prolongada batalla campal con los camaradas que trataban de flanquear a las tropas y atacar a su columna por la espalda.

Se retiraron otra vez, dejando a los soldados proseguir su avance por las dos orillas del río, que los camaradas tenían minadas. Marulanda había aprendido esta táctica cuando trabajaba como capataz en la construcción de la carretera de Neiva. Ahora que algunos soldados habían sido muertos por las minas, para evitarlas, los soldados debían apartarse de las orillas hacia los matorrales donde los camaradas los aguardaban. Los morteros de los soldados ya no les eran eficaces porque los camaradas estaban muy cerca de ellos.

Cinco días después de haber salido de Gaitania los soldados se hallaron a la vista de San Miguel. De allí dieron marcha atrás.

Era evidente que los militares habían preparado su acción con el objeto de sopesar las posibilidades defensivas de los campesinos y su capacidad para resistir a una ofensiva superior. Era claro también que los militares tenían al fin y al cabo la intención de apoderarse de la región.

Los soldados que en estos momentos iban a combatir a los camaradas no eran los mismos que los habían combatido en El Davis y Villarrica.

Se trataba de oficiales jóvenes del ejército, entre otros: Alberto Ruiz Novoa, Álvaro Valencia Tovar y José Joaquín Matallana Bermúdez.

Algunos habían aprendido su oficio durante la guerra del País allende los mares, otros combatiendo la insurrección liberal de los Llanos. Los primeros habían adquirido ciertos conocimientos sobre la guerra moderna y sobre las exigencias de un ejército moderno. Regresaron a su propio país decididos a cambiar los métodos y concepciones militares caducas. A medida que ascendían de grado, su influencia aumentaba.

Al contrario de sus predecesores que habían impuesto la voluntad del gobierno mediante métodos brutales, estos hombres habían estudiado y aprendido mucho a través de la reciente y trágica historia política y social del país. Comprendieron que si la gente se sublevaba contra el gobierno legítimamente constituido, era porque padecían a causa de sus actos y que no disponían de otros medios para remediar las injusticias. Sabían, basados en la experiencia de otros, que una conquista no puede remediar nada mientras la injusticia subsista. Al mismo tiempo que combatían la rebelión debían erradicar sus causas. Ellos sabían que jamás había existido una profunda solidaridad entre las fuerzas armadas y la población civil.

Esos hombres eran inteligentes y patriotas y disponían de un deseo auténtico de cambio social. Sin embargo eran hostiles a los camaradas y a sus ideales.

Los victoriosos insurgentes de la Isla de las Antillas, en la actualidad eran camaradas; estos habían rechazado una tentativa[10] tramada por la Nación Potente, tendiente a derrocarlos. La Grande y Fraternal República y las naciones hermanas fueron las únicas en ayudarlos y alentarlos.

Pero en el gran continente donde nuestra historia se desarrolla, campesinos descalzos, obreros hambrientos, en los barrios bajos de la ciudad, estudiantes aburridos con sus libros y sedientos de acontecimientos espectaculares, anhelaban imitarlos.

La Nación Potente temía este sueño subversivo e ideó un Plan[11] para impedir que aquel se convirtiera en realidad. Se ofreció para colaborar con los gobiernos de los países subordinados, facilitándoles financiación, instrucción militar y armas para evitar toda fuente de posible revuelta futura contra ellos. Inventó la presencia de un enemigo dentro de estos países, los camaradas, que aunque

10. Bahía de Cochinos. Cuba 1961
11. El Plan Laso (Latin Amercan Security Operation)..

fueran pocos, un día podían vencer el orden establecido. Esta era una época pletórica de posibilidades.

El gobierno no aceptó este Plan. Pero el ejército se consideró el guardián de los valores democráticos del país, quiso exterminar a los bandidos y tomar medidas preventivas contra los camaradas campesinos que vivían en las llamadas repúblicas independientes, que creía podían convertirse en centros de poder local. La seguridad nacional dependía de su supresión, decía.

A partir de la llegada del General al poder el ejército contó con más del doble de sus efectivos y fue dotado de armas modernas por la Nación Potente. Había adquirido influencia nacional porque los oficiales militares habían sido designados para ocupar altos puestos en la administración. Los políticos habían comenzado a desconfiar de su autoridad creciente.

El Partido quería la paz; los camaradas campesinos no representaban peligro para las autoridades. Los militares habían inventado un enemigo. Pero en las ciudades los radicales y los universitarios se hallaban impacientes frente a la actitud reformista del Partido y escuchaban la invitación de los camaradas de las Antillas para agrupar revolucionarios en la lucha armada.

Los oficiales jóvenes habían asumido la dirección militar del país. Adaptaron el Plan al servicio de sus propios objetivos. Querían combinar la acción militar con la asistencia y reforma social.

Ahora, el ejército se preparaba para una guerra de tipo no convencional. Envió oficiales para entrenarse en lucha antiguerrillera, en la U.S. Army School of the Americas, en la Zona del Canal, en Panamá. Modificó la estructura de su comando, entrenó grupos de choque destinados a la caza de pequeñas y aisladas bandas enemigas, unidades especializadas en información y propaganda. Estudió tácticas guerrilleras de combate, sus organizaciones civiles y la doctrina que las orientaba.

Pero tales precauciones sólo cumplirían su cometido si los militares lograran beneficiarse del apoyo de la población civil. La verdad era que el guerrillero padecía de idénticas condiciones injustas de que eran víctimas los campesinos, luego existía entre ellos una solidaridad de agraviados. Estas relaciones debían ser minadas.

«El guerrillero es como el pez en el agua», decía Ruiz Novoa, «hay que quitarle el agua».

Antes, el ejército había hecho mucho para atemorizar. Ahora, le correspondía transformar esa imagen negativa, debía empeñarse en

demostrar los efectos de la clemencia para que el pueblo viera los atractivos de la paz.

El ejército inició una fase de aquello que denominó acción cívico-militar, consistente en proyectos de obras públicas, algunos de estos sin el acuerdo de las autoridades locales, construcción de puentes y vías, escuelas, centros de salud, en regiones todavía azotadas por la violencia.

El ejército esperaba, en esta forma, ganarse la simpatía de la gente, incorporarse a territorios aislados donde no existía la menor autoridad del Estado y promover el desarrollo económico, conservando a la vez el orden público.

Ante todo el ejército deseaba extirpar la simpatía que el pueblo profesaba por los camaradas.

La mayor parte de los trabajos no fueron concluidos. El gobierno era demasiado pobre para financiarlos. Los militares utilizaron sus propias manos de obra y recursos para terminarlos, lo cual resultó insuficiente.

El gobierno se sentía incómodo con las iniciativas de los militares aplicadas en un sector reservado al gobierno precisamente. Debido a su insistencia concerniente a la reforma social y a la elaboración de planes destinados a su realización, el ejército parecía haber adquirido libertad de decisión y un papel operativo que no había tenido antes.

Tan pronto como se hubo ejecutado el primer asalto a Marquetalia, Guillermo León Valencia, diplomático, político e hijo de un eminente poeta, fue elegido Presidente del país. El Mayor General Alberto Ruíz Novoa fue nombrado Ministro de Guerra.

«Para que este sorpresivo ataque se realizara contra los campesinos, no ha mediado de nuestra parte el menor motivo, pues nuestro trabajo pacífico ha tenido que ser suspendido para dedicamos a la defensa de nuestras vidas».

Esto escribió la dirección campesina de Marquetalia, contenido en una extensa carta de protesta, dirigida a la Cámara de Representantes.

Un período de calma siguió al ataque de los soldados. ¿Acaso el ejército se había vuelto razonable? El Partido había analizado ese Plan vergonzoso y explicado qué significaba para los camaradas. Pero estos se preguntaban cómo podía la Nación Potente temer a campesinos oscuros e inofensivos como ellos.

Los campesinos se hallaban consternados.

«¿Por qué nos atacaron los soldados? ¿Qué va a pasar?»,

preguntaron a los camaradas.

La guerra no convencional volvió a empezar: provocación e intimidación, incursiones de grupos de vigilantes, que los camaradas sospechaban ser armados y organizados por el ejército.

Los soldados habían puesto un cordón alrededor de la región de Marquetalia por lo cual los campesinos no se atrevían a salir para comerciar. Tampoco Marulanda ni los demás miembros de la dirección podían viajar para entrevistarse con las autoridades de Ibagué; mucho menos trasladarse a Gaitania.

Se hallaban encerrados en las montañas como antes les había ocurrido a menudo, con la diferencia de que quienes los asediaban ahora eran mucho más numerosos y mejor preparados para la guerra.

Marulanda reforzó a las defensas de los campesinos, enroló en la Móvil a más combatientes jóvenes, entre los que había mujeres, les hizo construir parapetos y cavar trincheras en El Támaro, e hizo alistar en un punto llamado Alto de Luna cuevas naturales para abrigo de los campesinos en caso de ataque aéreo.

Una vez más los camaradas salieron a la caza de armas modernas que sólo los soldados poseían. Marulanda condujo comisiones lejos al Cauca y al Huila, a donde los soldados no pensaban que fueran. Las autoridades le fijaron el precio de cincuenta mil pesos a su cabeza, como si se tratara de un vulgar malhechor. En el Tolima, en una hacienda grande, le pagaban cinco pesos diarios a un peón.

Mientras cumplían una de sus misiones, y andando de día aprovechando no ser vistos a causa de la neblina y de las nubes, se encontraron en la localidad de Inzá, en Tierradentro.

Al caer la noche dieron con un bohío solitario. Los ocupantes indios debieron huir a su llegada, porque solo encontraron a un anciano de rostro descamado y arrugado, cabello enmarañado y encanecido, cubierto con una ruana raída.

Marulanda le pidió permiso para pasar la noche en esos parajes.

El indio lo miró extrañamente, como desde lejos.

«Cuando el hombre blanco llega llevando armas, el indio no le puede negar nada», le dijo, en castellano.

«No es el fusil quien te pide posada, sino un hombre», le contestó Marulanda.

«Yo conozco al hombre blanco. El hombre blanco tiene dos caras. Yo lo sé porque yo estuve con Quintín[12] en Inzá».

«No le crea, comandante», le dijo un combatiente indio. «Está

12. Manuel Quintín Lame (1883 - 1967). militante indio y líder social. Se tomó a Inzá el 12 de noviembre de 1916.

tratando de provocarlo».

«Lo ocurrido en Inzá hace ya muchas lunas», dijo Marulanda. «Son sus enemigos, precisamente los que estamos combatiendo. Es por eso que andamos armados».

El anciano lo escuchó y se quedó pensando.

«Tengan cuidado con esos enemigos», dijo él, al fin. «Tengan cuidado también con el pobre indio, que sufre y que pide lo dejen en paz».

Continuaron y se quedaron en un sitio plano, al borde de una pendiente que caía directamente al río Páez.

La bruma se había disipado y una luna brillante apareció por sobre las montañas iluminando las crestas y los valles. Marulanda permanecía despierto en la oscuridad, miraba el cielo nocturno mientras escuchaba el agradable susurro del río.

Pensaba en cosas extrañas. Los sabios de la Grande y Fraternal República acababan de lanzar a un camarada al espacio para vagabundear por entre las estrellas. El hombre había escalado por primera vez el techo del mundo. Verdaderos milagros se habían producido durante estos años de amargo conflicto nacional.

Y los hombres seguían el arbitrio del tiempo y la memoria; justificaban su existencia para recordar con soberbia que hacía mucho tiempo ellos se habían apoderado de Inzá al lado del indio Quintín Lame. En esas montañas, en sitios innumerables, por el mundo, seguían todavía encadenados, luchando con armas rudimentarias, por los derechos fundamentales y la dignidad humana. ¿Cómo podía ser posible todo aquello?

Marulanda escuchaba el canto del río y contaba mentalmente los ríos que él había conocido: los de su infancia, luego el Cambrín, el Saldaña, el Atá, el Cauca, el Paez y el río Grande. Cada uno rendía sus aguas a otro hasta cuando las aguas desembocaban al mar. Él nunca había visto el mar.

La voz del combatiente indio, en la oscuridad, dijo:

«Oiga al río, comandante»

«Estoy oyendo», dijo Marulanda.

«Fue Chuatéh quien hizo nacer el río Páez», dijo el indio. «Estaba muy adentro del páramo. Tenía mucha sed pero no había agua. En el monte, había un pantano; tomó un carrizo de monte, lo clavó en el pantano, salió abundante agua y tomó hasta saciarse.

«Esta agua no corría por ningún lado. Caminó el hombre y el agua lo seguía. Corría y el agua también. Se subió a un palo, el agua permaneció estancada a sus pies, haciendo charco grande sin

desbordarse para ningún lado. Se fue el hombre y el agua lo siguió.

«Chautéh corrió en zigzag para evitar ser alcanzado por el agua. Por eso el río Páez corre con muchas vueltas. Como el hombre se cansaba mucho dejó a la corriente en el río Grande».

Encima de la cresta de su montaña, las luces de Inzá brillaban tenuemente, esparcidas como estrellas languidecientes.

Y hubo más disturbios violentos en el Tolima.

Bajo órdenes del coronel Matallana Bermúdez, el Batallón Nacional inició una campaña impía para acorralar a los bandidos desaforados en el norte del departamento. Por primera vez se utilizó el transporte de tropas por helicópteros, que el ejército había adquirido recientemente en la Nación Potente. Era otro aspecto del Plan que se ponía en práctica.

El nudo corredizo hostil alrededor de Marquetalia se apretaba. Más y más tropas llegaban a Gaitania. Se apresuraban para terminar la carretera de Neiva y la construcción de un campo de aviación en Planadas que facilitara el acceso a la región. El ejército continuaba desarrollando el programa de acción cívica. Llevaron a los campesinos ayuda médica, sanitaria y demás elementos.

Al mismo tiempo fue lanzado un ataque premeditado contra los camaradas campesinos, a base de hojas sueltas, radio, reuniones públicas. Eran acusados como responsables de cada manifestación hostil entre ellos; así también por cualquier acto delictuoso perpetrado en los caseríos o en los pueblos. Los acusaban de ser enemigos de la paz, del progreso social, de las autoridades legítimas, y que se prestaban a tramar complots con el objeto de entregar el país a la Grande y Fraternal República. Decían que los camaradas habían impuesto su doctrina e influencia sobre los campesinos mediante la fuerza.

Los camaradas disponían apenas de un mimeógrafo que les servía para refutar tales calumnias. Ya no podían viajar con el objeto de hacer frente a sus acusadores. Ahora su única voz era la del Partido en la capital.

El Partido se hallaba nuevamente aislado. El partido liberal disidente lo había sacado de su breve alianza. Jóvenes de las agrupaciones urbanas, convencidos por las concepciones insurreccionales de los camaradas de la Isla de las Antillas, desertaron o fueron excluidos del partido, radicalmente opuesto a tales teorías. El gobierno tomó medidas represivas contra los obreros y acusó

al Partido de haber fomentado una huelga fuerte de obreros en la región petrolífera de las riberas del río Grande.

Ahora, el Partido estaba convencido de que los militares pensaban ocupar sus áreas de influencia en el país y aconsejaron a cada una de éstas prepararse para defenderse. Denunció que iban a ser subyugados, hecho inminente, y trató de llamar la atención pública en contra, antes de que empezara. Publicó las protestas de los camaradas y su clamor de paz. Pero la Prensa Nacional, portavoz del gobierno del Frente Nacional, incitó a la represión de todos los bandidos, incluidos entre éstos los camaradas campesinos.

Marulanda fue nombrado miembro del Comité Central del Partido. Dignatarios del Partido iban a consultar a la dirección campesina de Marquetalia. Viajaban a caballo desde Neiva, guiados por simpatizantes, a través de trochas solitarias de la montaña. Transportaban consigo menesteres indispensables para la guerra de guerrillas, gemelos, medicinas y equipos para intervenciones urgentes, mantas y botas.

La Móvil vestía ahora uniformes semejantes a los de los soldados, mochilas, cartucheras y vainas para los machetes.

Los militares habían escogido a Marquetalia como primer territorio de los camaradas que se debía atacar. Marquetalia era el de más difícil acceso y ofrecería la mayor resistencia; pero era lo más cercano a las ciudades que podían ofrecer la posibilidad de adquirir lo necesario para la campaña militar. Una vez caída, las demás se desalentarían y se rendirían mucho más rápido. Sin embargo, lo accidentado del terreno sería ventajoso para los camaradas. No existía mapa detallado de la región.

Ruíz Novoa ignoró tanto petición como protesta causadas por el propósito del ejército, al cual pretendía dar la dimensión de una reconquista nacional. En la opinión pública el nombre de Marquetalia se convirtió, primero en símbolo de la injusticia oficial y luego en otro de reto heroico.

La vida se volvió insoportable para los campesinos de la región. Los soldados observaban todos sus movimientos e indagaban sobre su fidelidad. Los sospechosos de entenderse con los camaradas eran conducidos a la Comisaría Militar de El Paraíso, en Planadas, o a los cuarteles del Batallón Tenerife de Neiva, para someterlos a indagatoria o a menudo, a la tortura. Ya habían asesinado a Ave Negra, en Natagaima y acababan de masacrar a dieciséis campesinos miembros del Frente Democrático de la misma municipalidad. Decretaron toque de queda en Gaitania y Planadas, donde habían

prohibido a los campesinos ponerse ruanas so pretexto de que podían esconder armas debajo de ellas.

Los soldados racionaron sal, cigarrillos, medicinas, para evitar que fueran llevados a Marquetalia. Reclutaron espías y buscaron la colaboración de los indios que vivían en la selva y que no gustaban de los camaradas.

Ellos deseaban informaciones acerca de un sitio llamado Marquetalia que debía ser no más que un invento de los políticos y de los generales del ejército.

Con motivo del Año Nuevo el Presidente, que aspiraba a ser identificado como Presidente de la Paz, anunció al pueblo de la nación que antes de finalizar el año, las llamadas repúblicas independientes ya no existirían.

El gobierno había estado de acuerdo con la represión militar.

Los campesinos de Marquetalia padecían la angustia de quienes viven bajo la amenaza, a quienes no queda otro remedio sino aguardar el golpe. El Partido, la radio, sus propios espías, les transmitían noticias contradictorias que, sin embargo, parecían confluir a la misma salida desastrosa. Pidieron al gobierno les enviara comisionados para parlamentar. No hubo respuesta. Nadie se presentó.

Quizá servirse de la intimidación de parte de los militares, era apenas una táctica. Los camaradas pensaban que la protesta pública podía servirles de alivio. Pero, ¿qué pasaría de no ocurrir así? Combatirían. Y no sólo a causa de sus convicciones políticas, sino porque ser hombre significaba enfrentarse al infortunio con valentía. Así habían actuado antes y no habían perecido.

Ya los aviones militares de reconocimiento se hallaban volando por sobre la región. Soltaron hojas sueltas dirigidas a los «seguidores de Tirofijo», invitándolos a abandonarlo para vivir en paz antes que morir en la guerra. Pero ¿quién está violando la paz?

«La tempestad se está preparando», dijo el indio Isaías Pardo a Marulanda, a quien por encima de su admiración y respeto, llamaba siempre Don Manuel.

Los camaradas se consultaban mutuamente con los de Riochiquito a quienes los militares también amenazaban. Almacenaron cantidades de víveres y munición en el monte y prepararon la evacuación de la población civil de Marquetalia. Habían tenido noticias de que Richard había regresado de la Grande y Fraternal República, donde había pasado los últimos tres años y se encontraba de nuevo en el Guayabero. Estaba lejos de ellos pero sentían el vigor de su espíritu cerca, lo cual los animaba.

Los acontecimientos los empujaron hasta el punto de no poder dar paso atrás.

Un bimotor comercial se estrelló en la montaña. Al aterrizar un helicóptero militar venido para constatar los percances, los camaradas lo estaban aguardando. Los dos pilotos desenfundaron sus revólveres, pero los camaradas los mataron. Exigieron un rescate por los dos empleados de la compañía aérea que los acompañaban. Al principio, Marulanda no quiso hacer eso.

«Eso deshonraría el movimiento campesino», dijo.

Pero la dirección campesina de Marquetalia lo persuadió de que sólo de esta forma los camaradas podrían obtener más fondos.

Quienes deseaban hacer la guerra a su costa, debían pagar su precio.

El Partido envió dos personalidades a Marquetalia para reunirse con los camaradas en calidad de consejeros. Uno de ellos era Luis Morantes, a quien llamaremos Jacobo Arenas, ahora miembro del Comité Central del Partido; el otro, Hernando González Acosta, miembro del Comité Central Ejecutivo de las Juventudes.

Marulanda y Arenas estuvieron conferenciando detenidamente. Escribieron cartas abiertas dirigidas al Presidente, a las autoridades políticas, militares y eclesiásticas del país como último esfuerzo desesperado para evitar el conflicto.

Al término de esas conversaciones había nacido una nueva estrategia.

Marulanda se dirigió a los camaradas más o menos en los siguientes términos:

«Nosotros habíamos esperado la paz, pero los militares parecen empeñados en hacer la guerra. Esta vez se nos envía como adversario no ya a campesinos que tienen un credo político diferente al nuestro o soldados asustados o desorientados, sino al poder militar del país. Muchos más soldados, como nunca jamás se había visto antes, van a tratar de matamos, todos mejor entrenados que antes y con un armamento superior. Los vamos a combatir, y en ese sentido no hay más nada qué decir.

«El Partido, los obreros, los campesinos, y los estudiantes nos sostienen. Ellos se alzan, en nombre nuestro, contra el proyecto criminal del ejército, pero el gobierno desconoce las disensiones y no es factible que acudan a ayudarnos realmente. Una vez más, la voluntad del pueblo va a ser pisoteada.

«Demostremos aquí, en Marquetalia, lo que somos, incluso si

estamos perdidos. El pueblo cree que somos campesinos inofensivos, víctimas de la injusticia oficial. Esto es lo que hemos sido durante cinco años. Y si el pueblo cree esto y solamente esto, entonces estamos perdidos, doblemente.

«Una vez que sea lanzada la primera bomba o disparado el primer tiro contra nosotros, debemos proclamar que somos revolucionarios y que no sólo luchamos por defender nuestras vidas y defender las tierras de Marquetalia, sino por un ideal, que es el enemigo jurado de todos los gobiernos, generales, políticos y poderosas oligarquías en donde quiera que la humanidad padezca. El pueblo debe estar en capacidad de entenderlo. También debe saber que detrás de lo que está ocurriendo está la mano arrogante del imperialismo, la misma de la Potente Nación que aplasta a todos aquellos que se levantan en nombre de la justicia social.

«Nosotros ya discutimos estas cosas cuando éramos unos desconocidos, que luchábamos en guerras desconocidas. Hoy el pueblo de nuestro país mantiene sus ojos fijos en nosotros y sobre Marquetalia donde la opresión quiere demostrar de nuevo su poderío.

«Debemos aprovechar esta oportunidad. Seguramente nos toca perder nuestra tierra y los pocos enseres que poseemos, pero vamos a ganar infinitamente, mucho más. Marquetalia debe ser el principio y no el fin, la centella que prenderá el fuego en el que un día los opresores del pueblo perecerán.

«Debemos luchar y aguantar en estas montañas y demostrar que los soldados no son invencibles. Cada día que pase, el pueblo sabrá acerca de nosotros y de los ideales que hemos abrazado.

«Antes que meros campesinos que se defienden contra la agresión, debemos más bien ser revolucionarios que atacan».

Un grupo de políticos y sociólogos, tres de ellos sacerdotes, se ofrecieron como intermediarios entre los camaradas y los militares, y querían visitar a Marquetalia. Las autoridades eclesiásticas desautorizaron a los sacerdotes, así que el proyecto fue abandonado. Uno de los sacerdotes se llamaba Camilo Torres Restrepo[13].

Cinco batallones de artillería e infantería con apoyo aéreo, más soldados de cuantos habían sido reunidos a la vez en la historia del país, estaban ahora agrupados para atacar a Marquetalia.

Tenían como comandante al coronel Hernando Currea Cubides

---

13. Camilo Torres Restrepo (1929 - 66), sacerdote y activista social. Adhirió al Ejército de Liberación Nacional (E.L.N.), grupo guerrillero, murió durante un combate con los militares.

de la Sexta Brigada del Ejército.

Cuarenta y ocho combatientes campesinos armados los aguardaban en las montañas.

Aviones del ejército bombardearon y ametrallaron lo que ellos creían ser puestos de guerrilla en Marquetalia.

Tres días después, el 16 de mayo de 1964, los camaradas oyeron por radio que habían comenzado contra ellos ataques terrestres. Esto se comunicó rápidamente como una noticia de menor importancia.

Aquel día el cielo estaba nublado y el campo parecía melancólico, desamparado. El puente del cañón del Támaro -un tronco de árbol- sobre el río Atá, se hallaba anegado. La estación de lluvias no había terminado.

Los camaradas ya habían ordenado a los civiles evacuar la región. Esto no fue asunto fácil.

Cierto rumor, según el cual los combatientes querían abandonar a sus mujeres con la mira de establecerse en otra parte, circuló rápidamente entre ellas; éstas con sus niños se aferraban a ellos, todas llorando para no separarse de ellos. Finalmente se fueron la esposa de Marulanda, la familia de Yosa, y las de los otros combatientes. Los campesinos se fueron hacia lo desconocido, abandonando hogares, tierras que habían adquirido con sumo sacrificio, sabiendo que nunca más regresarían. Algunos camaradas los escoltaban.

Marulanda había hecho saber que él quería que se quedaran con él sólo aquellos camaradas que se habían comprometido con la lucha y que estaban dispuestos a arriesgar su vida por ella.

Los campesinos que vivían en los caseríos retirados no se fueron por creer que los soldados obtendrían una victoria rápida.

En uno de los manifiestos clandestinos que continuaban redactando los camaradas, publicados por el Partido, se declaraba: «Somos el nervio de un movimiento guerrillero en lucha por el poder». Arenas, hombre de temperamento fogoso, escribió esto así como en lo sucesivo escribiría casi todos los mensajes y cartas a los camaradas imprimiéndoles un tono incisivo que no habían tenido antes. Ya no eran simples protestas sino proclamas de reto, llamamientos a la solidaridad de obreros y campesinos e incitación a la rebelión.

La desproporción entre los combatientes no podía ser mayor.

He aquí los planes de combate de Marulanda:

Los camaradas, visiblemente inferiores en número, adoptarían la forma de guerrilla móvil, en comandos de doce hombres, siete

armados de fusiles, los auxiliares con secretas, machetes y granadas. Golpearían al enemigo desde puntos diferentes, pero evitando en lo posible reunirse para una acción militar conjunta. Esto debido a que los soldados tratarían de tomar contacto con los camaradas para golpearlos hasta haberlos destruido. Los camaradas debían asegurarse de que el enemigo perdiera el contacto y que ellos, en cambio se mantuvieran. La estrategia de los camaradas era estar tras la dirección de un Comando Guerrillero.

La primera fase de sus operaciones tenía que ser la resistencia. Los camaradas debían defender el territorio de Marquetalia, impedir el avance de los militares y hacerles creer que los camaradas eran numerosos. Al principio quizá, tendrían necesidad de luchar desde posiciones fijas.

Una vez que los soldados hubiesen ocupado a Marquetalia, lo que debería finalmente ocurrir, los camaradas adoptarían variadas guerrillas móviles, emboscadas y cacería de los soldados desde el interior de sus líneas.

Sabían que el ejército había entrenado especialmente tropas de combate, quizá tan móviles como las suyas.

Antes de que un tiro hubiera sido disparado, los camaradas recibieron una mala noticia. Richard, el gran Richard, había muerto. ¿Sería posible? Él también se estaba alistando para la guerra; estaba inspeccionando una bomba que le estalló entre las manos. Los camaradas lo lloraron y maldijeron el golpe acaecido por culpa de la fatalidad.

Otra vez columnas de tropas iban siguiendo el cauce del río Atá desde Gaitania hacia las montañas. Los militares habían buscado afanosamente otra entrada hacia Marquetalia. Para la ofensiva, habían estacionado fuerzas desde Neiva hasta el Cauca, por los confines de la región. Pero sólo el cañón del río Atá conducía allá. Por todas partes sólo había selva húmeda y fría, primitiva, inmensidad extremadamente insalubre debido a la proximidad de la nieve. Había por allí pocas trochas, transitadas sólo por contados leñadores y por los indios.

Para los militares, Marquetalia representaba El Támaro más el territorio circundante, donde vivía la mayor parte de los campesinos. En conjunto la región comprendía seiscientas leguas cuadradas de montaña y bosques. Haber abierto un camino a través de esa desolación hubiera necesitado meses y costado muchas vidas.

El ejército había bombardeado el territorio con cohetes, pero no esperaba obtener mucho beneficio de ello. Ya había aprendido de

su primera incursión dos años atrás. A cada pelotón que avanzaba lo seguía otro por la orilla opuesta del río para proteger su retaguardia. Avanzaban lentamente porque había muchos sitios donde los camaradas podían ponerse en emboscada. Pasaron varios días antes del primer encuentro.

Un comando dirigido por Isaías Pardo atacó a los soldados en La Suiza.

Pardo era el principal comandante guerrillero entre los camaradas con excepción de Marulanda. Era en extremo fuerte, bien plantado, duro y al mismo tiempo tierno; pero en la guerra, aunque de manera alguna demasiado confiado ni temerario, tenía predisposición hacia el peligro y le gustaba combatir el enemigo de cerca. Sus camaradas lo querían mucho.

Arriba de La Suiza hubo más combates, algunos prolongados, otros breves escaramuzas a causa de una momentánea falla de disciplina, fue matado el primero de los camaradas.

Aquí, durante algunos días, los camaradas detuvieron el avance de los soldados. Los soldados intentaron una división hacia San Miguel, pero esto también fue un fracaso. No podían cercar a los guerrilleros porque el terreno se empinaba abrupto por ambas orillas del rio. Los guerrilleros estaban por encima de ellos, viéndolos hacia abajo.

El ejército todavía no había combatido en pequeñas unidades. A causa de lluvias y brumas, sus morteros eran ineficaces. Aviones de reconocimiento y helicópteros trataban de localizar las posiciones de los camaradas y les lanzaban invitaciones con megáfonos para que se rindieran. El rotor de los helicópteros resonaba en sus oídos. Estos eran momentos difíciles para los combatientes campesinos que no podían preparar comidas calientes, calentarse, ni secarse la ropa alrededor del fuego y estaban cansados de tanta vigilancia y falta de sueño.

Una tarde cargada de nubarrones, los camaradas prepararon una emboscada a las tropas. Durante la noche Jaime Guaraca salió de su escondite para orinar y vio humo.

Los soldados habían aprovechado la bruma densa para avanzar sin ser vistos. Los camaradas retrocedieron y al amanecer vieron que muchos soldados estaban acampados allí. Burlando a los centinelas atacaron el campo todavía sumido en el sueño, mataron a más soldados y se escaparon sin pérdida de vidas.

El ejército creía que ya su ofensiva debería haber capturado a Peñarrica. En vez de esto estaba paralizada. ¿Cómo podrían los soldados avanzar en territorio tan difícil contra un enemigo que se hallaba en su propia casa?

Los soldados estaban bajo fuego, desde los alrededores de las faldas de las colinas, malezas y rocas desde donde no había enemigo a la vista. Después de una subida lenta y agotadora, avanzando, se encontraron una vez más en una posición expuesta y peligrosa.

Estaban peleando contra la naturaleza misma. Peñarrica distaba mucho y El Támaro más. La situación era crítica. El prestigio del ejército estaba en juego.

Currea Cubides se entrevistó con Matallana. El Batallón Nacional había acabado con los bandidos del norte del Tolima y había aprendido mucho acerca de la lucha en sitios casi inaccesibles. Matallana sugirió que con soldados de su batallón, intentaran un aterrizaje en helicóptero en El Támaro. Cubides prefirió que él con sus propias tropas completaran la misión que se les había asignado fue lo que dijo.

Marulanda ordenó a los camaradas retirarse hacia Peñarrica y colocarse en posiciones mucho más favorables. Los aviones militares los habían descubierto y los estaban ametrallando. Además, los víveres que habían escondido en estas zonas de combate ya casi se habían agotado.

Ahora disfrutaban de un corto intervalo de calma. Pero no era fácil para los camaradas soportar estas horas inactivas. Podían descansar, ocuparse de sus armas y de sus heridas, pero se preguntaban si el enemigo estaba preparando un ataque sorpresa, una nueva táctica. Isaías Pardo se llevó consigo a varios combatientes para inspeccionar.

Los camaradas oyeron por radio que, para apoyarlos, en la capital y en otras ciudades del país había habido disturbios y habían estallado algunas bombas.

Los soldados repentinamente avanzaron con vigor y los camaradas tuvieron de nuevo que luchar.

Pero Currea Cubides había llamado a Matallana a su cuartel general de operaciones en Neiva. La resistencia encarnizada de los campesinos lo había conducido a tomar una penosa decisión: las tropas tratarían de llegar a Marquetalia por aire.

Currea Cubides encargó a Matallana de preparar y llevar a cabo la invasión.

Matallana examinó las pocas fotografías aéreas del territorio que los aviones de reconocimiento habían obtenido. Habían sido tomadas

desde una altura muy elevada, como para ser de mucha utilidad. Las fincas de El Támaro estaban situadas en un pastizal, que parecía ideal para el aterrizaje de helicópteros. Pero Matallana temía que estuviese minado y que los camaradas pudieran estar atrincherados allí.

Por sobre el pastizal estaba la selva. En las fotografías se observaba que en las cumbres de las colinas que dominaban la pequeña vereda, la vegetación parecía más esparcida y los árboles más bajos que en los demás sitios. Para ser eficaz, el ataque terrestre debía ser lanzado desde aquellas colinas, desde posiciones lo más cerca posible a su objetivo. Una compañía de soldados debía haber aterrizado antes de que los camaradas tuvieran tiempo de atacarla. Matallana tenía pocos helicópteros a su disposición. El aterrizaje de uno debía ser inmediatamente seguido por el otro.

Guiados por indios, se fueron por trochas ocultas a través de la selva, desde Gaitania hasta un sitio sólo a doce minutos de vuelo de El Támaro y donde apresuradamente prepararon pistas de despegue para los helicópteros. Todos los víveres y materiales necesarios para el trabajo y un próximo ataque fueron acarreados a hombro. Esto se hizo con extrema rapidez y en absoluto secreto.

A pesar de lo bien que había sido planeada la operación, los militares no se sentían seguros de su éxito. No sabían que al comenzar las hostilidades los camaradas habrían ya abandonado El Támaro. Marulanda había dicho que no tendrían éxito luchando por defender aquello que era probablemente el mayor objetivo del ejército.

Sólo seis guerrilleros se quedaron allí.

Matallana se puso al mando de un contingente de doscientos cincuenta hombres. Seleccionó a cuatro de ellos para acompañarlo en el primer helicóptero, acostumbrados a saltar en terreno difícil desde alturas considerables, equipados con raciones, armas y hasta con hachas.

Al amanecer del día indicado para la operación, uno de esos días en que el viento no transporta el ruido de los motores de los helicópteros hasta el oído de los camaradas, los aviones hicieron un rápido ataque de cohetes contra El Támaro, mientras los helicópteros venidos de Neiva aterrizaban en la selva cerca de Gaitania.

Matallana encabezó el ataque contra El Támaro. Pero su helicóptero no estaba en capacidad de aterrizar, pues la selva era demasiado densa. Regresar significaba el fracaso de la operación. Junto con sus hombres saltó desde quince metros de altura. Nadie sufrió percance de consideración; rápidamente talaron los árboles de suerte que los helicópteros pudieran aterrizar.

Así, una compañía de soldados tomó posiciones en la cúspide de cada una de las tres colinas que dominaban las fincas que los militares denominaban Marquetalia y descendieron hacia allá. El reducido comando guerrillero apostado allá incendió las construcciones y retó a las tropas durante el día; pero, al caer definitivamente la tarde, los soldados ocuparon El Támaro.

Marulanda y el Comando Guerrillero observaron este combate desigual a través de gemelos desde un rancho llamado Trilleras situado en lo alto, arriba del río Atá, al otro lado del cañón.

Al día siguiente, los soldados de El Támaro se unieron a las fuerzas terrestres que ya habían llegado a Peñarrica.

Pasados tres días, durante una ceremonia a la cual asistieron ministros, el 18 de junio de 1964, Ruíz Novoa izó la bandera nacional como símbolo -dijo- de la restitución de Marquetalia a la jurisdicción del Estado.

RIOCHIQUITO

Marquetalia se había perdido. La guerra en Marquetalia estaba por comenzar.

Trilleras era el cuartel general transitorio de la guerrilla. Había dieciocho combatientes apostados allí. Entre éstos, Marulanda, Pardo, Yosa y Guaraca. Detrás del rancho se extendía, como una pradera lindando con el bosque, un pequeño espacio despejado que los soldados ansiarían ocupar.

Marulanda preparó una emboscada y dispuso a los camaradas en posiciones sólidas. Por la noche encendían fogatas para atraer a los soldados hacia ellos, pero durante el día permanecían escondidos. Pasaban el tiempo haciendo planes, evocando y refiriendo uno y otro relatos verdaderos e inventados para alentarse.

Los soldados llegaron una mañana, cuando el cañón, las faldas de las colinas, la selva, brillaban con el sol. El zumbido monótono de los insectos llenaba la soledad rocosa de misterio. Los soldados descendían una pendiente sin la menor cautela. Los primeros corrieron detrás de unas gallinas que los propietarios del rancho habían dejado tras ellos en el momento de irse.

Marulanda había previsto dejar que toda la tropa llegara al rancho antes de abrir fuego. Pero un combatiente joven, todo azorado a la vista de tantos soldados y de las tremendas armas que portaban, disparó demasiado rápido y obligó a los otros a hacer lo mismo. La primera descarga mató a algunos soldados. Los guerrilleros se dieron cuenta de ello porque vieron los cuerpos inánimes tumbados en el suelo todo el día sin que sus compañeros fueran a rescatarlos. Los soldados se ocultaron rápidamente.

Fue este un día de combate desesperado, de retos y valor de

parte y parte. Los soldados no fueron tan previsivos como lo habían sido antes. Trataban de avanzar por entre los árboles que lindaban con el claro de la pradera que ellos sospechaban minada. Abrieron fuego de morteros. Al principio no alcanzaban a localizar a los camaradas, a quienes finalmente ubicaron por el ruido áspero de la carabina San Cristóbal de Pardo, con la cual disparaba junto con su fusil.

Ahora se concentró el fuego más nutrido bajo el cual se sintieron como jamás los camaradas. Comenzó del lado de los soldados una tempestad de fuego de ametralladora con morteros y granadas. Los guerrilleros querían hundirse bajo tierra. La naturaleza misma parecía vomitar todo alrededor de ellos, las rocas se volvían añicos, los árboles se descuajaban sobre ellos e incluso se encendían. El humo los enceguecía y las ametralladoras los ensordecían. Si no los habían desalojado, era porque el solo hecho de moverse les costaba la vida.

Por la tarde acudieron los aviones para reforzar a los soldados y se dirigieron en picada contra los camaradas, enviando proyectiles silbantes como abejas mortales sobre ellos. Pero el espacio era tan angosto entre los dos antagonistas que los aviones se arriesgaban a matar a la tropa. Algunos soldados a gatas avanzaron para plantar una bandera y marcar las posiciones, pero los camaradas los mataron. Otros avanzaron para levantar la bandera; pero los camaradas los mataron también.

Al oscurecer, Marulanda ordenó a los guerrilleros retirarse. Los camaradas habían disparado tan de seguido con sus fusiles, que sus cañones quemaban como fuego.

Prepararon otra emboscada. Eran los mismos dieciocho guerrilleros. Simularon huir y los soldados los persiguieron. Esta vez colocaron una mina, la única que habían empleado durante estos días de dura refriega. Se trataba de un enorme recipiente metálico de los de hacer guarapo, relleno de dinamita y de chatarra, que pesaba catorce arrobas. Una mula lo cargó hasta su sitio. La enterraron y aguardaron a los soldados.

A los tres días llegaron los soldados; sesenta hombres, veinte de ellos a la vanguardia. Los tres primeros hombres avanzaron lentamente entre los árboles; se pararon donde había sido puesta la bomba y miraron a su alrededor. Los camaradas abrieron fuego; más soldados se precipitaron hacia adelante y Pardo hizo estallar la bomba.

Hubo un rugido, se estremeció la tierra y bloques de arcilla, manojos de palo y piedras brotaban para nublar el sol. La explosión como de trueno repercutía de valle en valle y la montaña repetía el

eco. Cuerpos y pertrechos yacían en el suelo ensangrentado. Bajo un silencio anormal que se descuajó, los camaradas se apropiaron de una metralleta que todavía estaba intacta y se escaparon.

Se regocijaron por este acontecimiento. Pardo se frotaba las manos, repitiendo sin cesar:

«¿Realmente los matamos, no, muchachos? La cosa no era juego».

Cuando la tropa llegó a una zona llamada Juntas, habían ocupado todo el territorio de Marquetalia.

Fue el momento de adoptar la táctica de guerrilla móvil por los camaradas. Debían cortar el contacto con el enemigo hasta cuando ellos mismos decidieran renovarlo y atacar varios frentes.

Ya no necesitaban proteger a la población civil, libertad que ellos apreciaban. Durante algunos días vivieron bajo el influjo de una alegría contagiosa, convencidos de que luchar podía ser como una fiesta; se hallaban en armonía con la luz del verano y la profunda paz de la naturaleza, incluso Yosa y otros empedernidos luchadores. El destino, que a menudo había sido cruel para con ellos, les había proporcionado este singular combate, colmado de honor y les había dado la ilusión de vivir la leyenda dorada de la revolución.

Acamparon en el lindero del bosque. Algunos campesinos jóvenes que no habían abandonado el territorio, se unieron a ellos. Se sentían tranquilos y llenos de vigor. El viento, las montañas, el cielo y las estrellas parecían hablarles con cariño. El agua en que se bañaban nunca había sido tan pura ni el sabor de su comida sencilla tan agradable. Hacía tiempo que habían aprendido a combinar las cosas de la guerra con el trajín de la vida cotidiana. Leían, componían cantos revolucionarios y bailaban al suave compás de la guitarra.

La Prensa Nacional anunció la caída de Marquetalia. Los camaradas debían decir al pueblo del país que no había habido victoria del ejército, que no estaban derrotados y que el conflicto apenas había comenzado.

Arenas redactó cartas, lemas, hojas sueltas, hizo denuncias por escrito, llamamientos, que eran sacados clandestinamente de la montaña. Los camaradas proyectaron un programa radical de reforma agraria en el que prometían tierra a los campesinos pobres y la restitución de las tierras usurpadas a las comunidades indígenas. El Partido lo imprimió y lo difundió. ¿No eran ellos la revolución?

Los soldados salieron en su búsqueda. Los guerrilleros los

combatieron en el cañón de La Albania, en La Albania y en El Río. Sin embargo los soldados terminaron por ocupar toda la tierra despejada y los camaradas tuvieron que retirarse a la selva.

Aquí empezaron sus tribulaciones.

Eran campesinos y a menudo les había tocado arar parcelas de esas tierras: habían viajado a través de ellas, abriéndose campo a machete o por trochas solitarias. Ninguno de ellos había vivido allí peleando día y noche.

En las partes más densas tenían ahora también que utilizar sus machetes. A veces el cielo desaparecía y con él la luz del sol que parecía andar buscando el camino a tientas, por frondosas cavernas húmedas. En la selva la noche es más larga que el día.

Se operaban notorios cambios de temperatura. A veces un calor empalagoso, silencioso, obsesionante, sobre cada cosa; otras veces la atmósfera fría súbitamente producida por la bruma y las nubes.

Era la estación seca; pero en esas alturas caían fuertes aguaceros que empapaban todo, la ropa de tela delgada de los guerrilleros, sus armas de fuego y víveres, las caletas hechas a la carrera. En tales momentos sus ánimos decaían. El chillido burlón de los pájaros y de los monos les ponía los nervios de punta.

Dormían mal. Ansiedades y fatigas los mantenían despiertos. Mosquitos, pulgas y gotas de lluvia heladas los acosaban, de suerte que daban vueltas en sus lechos de hojas. Estaban atentos al sordo cuchicheo de la selva, al ruido de los animales o de las ramas que caían, que podían ser movimiento de los soldados, de la misma muerte, acercándose. Incluso en la selva, si el enemigo atacaba, esto ocurría siempre con la primera luz del alba. Los guerrilleros se levantaban entonces a esperar, congelados, cansados, febriles.

Carecían de muchas cosas, alimentos, ropa de lana, zapatos, pilas para sus radios, medicinas. No habían previsto lo riguroso de las circunstancias en que deberían luchar. Más temibles que los soldados, eran entonces el hambre y el agotamiento. El cuerpo humano, a menos de que se nutra con variados alimentos y vitaminas, no puede resistir contra la selva. Sólo el maíz, si se decanta con asiduidad, puede conservarse y no se descompone en dicho ambiente.

Los camaradas padecían fiebres, achaques intestinales, extraños dolores y parálisis, infecciones en los pies y en los tobillos.

Arenas estaba encargado del suministro insuficiente de medicinas. Visitaba a los guerrilleros y también a los campesinos que se habían quedado haciendo lo que podían por ellos. Pidió apoyo

a los camaradas de Neiva para que les mandaran con qué surtir los depósitos que se estaban agotando.

Siempre que les era posible, los camaradas acampaban cerca de riachuelos o de arroyos. El agua era un alivio para su adversidad. Se bañaban, se afeitaban, preparaban la comida, lavaban la ropa. El agua fría, cristalina, corriente y su alegre canturreo bajo la sombra de la selva, iluminaba sus corazones. Pero tenían también que tener cuidado. Podía traicionarlos el dejar arrastrar pedazos de papel, espuma de jabón, cascaras, cosas insignificantes, pero sig-nos inequívocos de su presencia.

Los soldados se movilizaban con suma precaución ahora; ya no usaban los escasos senderos donde los camaradas podían aguardarlos, sino que caminaban a través de la selva virgen y a veces se les adelantaban, así que eran los camaradas quienes de repente se hallaban en peligro.

La vanguardia de los guerrilleros estaba acampada en La Albania que mira al cañón del San Miguel, donde se encontraban algunos ranchos abandonados. Sin suministro de víveres los camaradas no podrían prolongar el conflicto. Tendrían que ocuparse de la recolección de alimentos.

Acamparon igualmente en La Hacienda, una finca escondida por faldas escarpadas del río San Miguel. Unas sesenta familias campesinas vivían en caletas cerca de la selva. Habían huido allí para escaparse de los soldados. Fueron ellas quieres cosecharon el maíz y los fríjoles que transportaron a La Hacienda desde ésta a la selva, mientras los guerrilleros vigilaban aguardando a los soldados.

Un día los camaradas y los campesinos se reunieron en La Hacienda. Marulanda se dirigió a los campesinos. Querían una charla acerca de su seguridad en el futuro. Quizá entre ellos se hallara un delator. Si no, ¿cómo descubrieron La Hacienda los militares? Quizá también el constante ir y venir de los campesinos haría despojado del follaje sus alrededores, dejándola ver por ellos.

Tres días después, por la mañana, un helicóptero sobrevoló el lugar. Poco después aviones lo bombardearon, descubrieren la masa errante del campamento y mataron a una mujer guerrillera.

Los camaradas se retiraron hacia lo profundo de la selva, hacia un rumbo que llamaron con ironía (ILEGIBLE) por estar plagado de (ILEGIBLE). Era húmedo e insalubre, pero los árboles gigantescos los amparaban de los aviones. Las familias campesinas se vienen con

ellos. Los camaradas permanecieron allí dos semanas.

¿En qué había parado su determinación de hacer la guerra permanente contra los soldados, de estar siempre en movimiento? El más corto recorrido en la selva era duro y las dificultades eran incontables. Para deshacerse de viejos hábitos, el cuerpo y el ánimo en tales circunstancias exigían sacrificios excepcionalmente crueles. Los militares habían vacilado antes de hacer frente a tales condiciones, que eran todavía más severas para los camaradas.

Marulanda, sin embargo, impaciente en la inacción, condujo a cincuenta hombres, lo grueso de su fuerza, a atacar una patrulla del ejército en Peñarrica. Cuando los soldados comenzaron a patrullar con regularidad para cimentar su dominio de la región, los camaradas acrecentaron el empleo de sus tácticas móviles.

Los militares creyeron que los campesinos que aún vivían en Peñarrica habían dado informes a los guerrilleros, relacionados con las patrullas y comenzaron a evacuarlos. Los soldados ocupaban ahora muchos puestos y habían descubierto algunos depósitos de víveres, de los guerrilleros. Utilizaron perros de caza para seguir las huellas de los camaradas.

Marulanda dejó a Isaías Pardo con treinta y cinco combatientes para luchar en Marquetalia y con el resto de su fuerza, escoltó hacia Riochiquito a los civiles que se habían quedado. Pensó que Ciro y los campesinos le darían los víveres necesarios.

Habían pasado tres meses desde cuando los soldados habían salido de Gaitania para atacar a Marquetalia.

Los camaradas llegaron a Riochiquito a la caída del sol. La raída roca roja que conduce al pueblito brillaba con luz moribunda, entonces se volvía ceniciento y el cañón del río, abajo, era como un hoyo negro. Quedaban allí sólo contadas chozas de madera asentadas en la enorme roca escarpada. Más arriba del caserío, en terrenos cultivados, algunos bohíos y ranchos agarrados de los flancos de la montaña.

Las familias de los combatientes los estaban esperando allí: tierno consuelo de los peligros afrontados.

A Marulanda le dieron la bienvenida en el rancho de Ciro Truji11o.

«Has ofrecido a los soldados un baile que no olvidarán», dijo Ciro. Incluso en casa mantenía puesto su sombrero alón.

Los dos hombres se consultaban. Yosa y Arenas a veces hacían parte de estas conversaciones. Yosa fue encargado de las familias refugiadas de Marquetalia, y nunca más volvió a combatir allí.

Marulanda le dijo a Ciro que debido a que los militares habían invadido a Marquetalia, este hecho los había comprometido a suprimir los demás territorios del Partido. Lo instó a que evacuara a los civiles de Riochiquito y a preparar la defensa de éste. Se trataba de un asunto de tiempo antes de que el ejército se movilizara, le dijo.

Ciro estuvo de acuerdo con Marulanda, pero no quería renunciar a la esperanza de un entendimiento con el comando militar. Al contrario de Marquetalia, Riochiquito no había combatido a los soldados desde la caída del General, ni había organizado guerrillas. Los militares les permitían vivir en una paz incómoda.

Cuando Ciro fundó la dirección campesina, expulsó del territorio a aquellos habitantes que no acataban su autoridad. Los que vivían allí ahora en su mayoría eran indígenas. La dirección de Riochiquito se componía tanto de colonos como de indios.

Cada familia poseía tierra, pero la población se había mantenido de la organización de granjas. Sin embargo continuaban siendo pobres, miserables. La tierra era fértil, pero alejada para exportar los productos. Iban a Nátaga o Tesalia, una ciudad de casas encaladas, polvorienta, antes llamada Carnicerías. Los viajes a estos mercados citadinos eran largos. Se gastaban dos días de viaje hasta Belalcázar. En época de lluvia las pocas trochas de la montaña eran intransitables.

Ciro quería actuar sometiéndose estrictamente a las normas legales. Fundó la Unión Sindical de Trabajadores de Tierradentro y otorgó a cada habitante de Riochiquito un documento acreditándolo como miembro. Llegó a un acuerdo con la administración departamental del Cauca, según el cual los militares no entrarían en el territorio ni se inmiscuirían en sus asuntos internos. Había sitios en las montañas por donde el viajero inconsciente atravesaba los linderos no marcados de la que era casi una región autónoma.

Las autoridades no daban nada a los campesinos; no prestaban servicios públicos, ayuda material, ni financiera. No había escuela en Riochiquito. El cura los visitó una sola vez. Casi todos los habitantes eran analfabetos y vivían en condiciones primitivas, carentes de las comodidades mínimas.

Sin embargo, Ciro se hallaba en buenos términos con ciertos oficiales de alto rango del ejército. Uno de estos era el coronel Valencia Tovar, entonces comandante de la Quinta Brigada del Ejército, quien visitó a Riochiquito en varias ocasiones y prometió a los campesinos ayuda financiera.

Los campesinos vivieron en paz hasta cuando el ejército hizo

el primer asalto frustrado contra Marquetalia. «Pájaros» y vigilantes comenzaron a perseguirlos. Los «Pájaros» asaltaron y robaron la Caja Agraria de Tesalia, y las autoridades acusaron a los camaradas de haber cometido esta felonía.

Los «Pájaros» eran pagados por ricos terratenientes que codiciaban las tierras de los indios de Tierradentro. En Belalcázar, monseñor Enrique Vallejo continuaba con sus intrigas y predicaba contra los camaradas que vivían, decía él, fuera de toda ley, divina o humana.

Resultaba arriesgado para los campesinos salir de Riochiquito. Varios de ellos fueron asesinados. Uno de éstos fue el admirable Miguel Madrid, a quien los camaradas debían tanto. Las autoridades no hicieron nada para impedir ni para investigar tales crímenes y los soldados aprovecharon ese ambiente de inseguridad para establecer puestos militares alrededor del territorio.

Ciro le garantizó a Marulanda la solidaridad de Riochiquito para con los campesinos desplazados y los combatientes de Marquetalia. Sus ideales y quizá sus destinos eran idénticos, le dijo. Dio a Marulanda el avituallamiento necesario y hombres para transportarlo a la montaña.

Marulanda le pidió a Ciro convocar una reunión de delegados de todos los movimientos campesinos de autodefensa del Partido, en el sur del país, con el fin de acordar una común estrategia frente a la agresión militar.

Entonces regresó a Marquetalia con sus combatientes.

Cuando salieron, todavía el sol brillante de la mañana no había secado el rocío sobre la hierba. Había indios encorvados en los campos, rastrillando la tierra. Niños desnudos, con las morenas barrigas infladas, surgían de los matorrales y miraban a los camaradas al pasar.

Los camaradas estaban de buen humor, rozagantes con la felicidad de la mañana. Ignoraban que el destino les había dado ya un golpe terrible. Tres días después, cuando se encontraron con el comando guerrillero que se había quedado en Marquetalia, se enteraron de que Isaías Pardo había muerto.

Jaime Guaraca, con sus ojos empañados, fijos en un punto del espacio, fue quien se los dijo y refirió cómo había ocurrido el hecho.

Los combatientes de Pardo llegaron a un lugar en donde sospechaban que los soldados les tendían una emboscada y comenzaron a buscarlos. Cuando los encontraron, ellos también

fueron descubiertos. Los soldados abrieron fuego. Pardo ordenó a sus hombres retirarse y los soldados le dispararon en el estómago y en el pecho.

Guaraca se fue a traerlo, pero le dispararon en un brazo. Gritó pidiendo auxilio, pero era demasiado tarde; los camaradas no alcanzaron a llegar hasta su comandante; el tiroteo de los soldados era demasiado intenso. Pardo sostuvo a los soldados a raya con su fusil, pero ellos lo acabaron con granadas. Los camaradas no pudieron recuperar su cuerpo.

Ante la cruel noticia, Marulanda exclamó:

«No debemos sentir lástima. Murió de la muerte que él mismo hubiera escogido».

Pronunciaron pocas palabras acerca de él. Los ligaba una hermandad tan profunda que no necesitaba frases, pero durante varios días algunos de ellos no profirieron palabra, como si hubiesen caído enfermos.

Marulanda los condujo inmediatamente a combatir a los soldados, pues no tendrían así tiempo de mantenerse con la obsesión de ese desastre.

Al llegar el momento de la reunión en Riochiquito, se llevó a todas sus fuerzas para allá.

A fines de septiembre de 1964 se reunieron los delegados campesinos, muchos de los cuales habían sido jefes guerrilleros. Provenían de El Pato y del Guayabero, del oriente del Tolima y de la zona de Natagaima, en donde existía un movimiento campesino que se denominaba a sí mismo 26 de Septiembre, en recuerdo de los dieciséis campesinos que habían sido masacrados allí en dicha fecha. Aislados unos de otros y amenazados por los militares, querían unirse en una sola organización y crear una estrategia defensiva común.

Marulanda presidió el encuentro, debido a que Marquetalia se hallaba en guerra. Dijo, entre otras cosas:

«Aquellos de ustedes que estuvieron con nosotros en La Ocasión y en El Davis, habrán de recordar que nos levantamos en armas sin intención diferente a la de defender nuestras vidas y las de los campesinos que solicitaron nuestra protección. Al principio nosotros queríamos la paz y que una vez obtenida, nunca tuviéramos que volver a pelear. Pero siempre hemos seguido siendo perseguidos.

«Una vez más el gobierno ha enviado a sus soldados contra nosotros. Dice que somos bandidos, pero nos teme porque sospecha que nuestras convicciones pueden prosperar dentro del pueblo. Y puesto que el Partido nos mostró la luz, nuestra lucha se convirtió

en batalla para realizar nuestros ideales. ¿Pero qué significa en las circunstancias en que estamos viviendo, eso de ser un verdadero revolucionario?

«Si luchamos únicamente por objetivos estrechos, vivir en paz, por ejemplo, un día los soldados nos aplastarán. En el pasado peleábamos cuando estábamos obligados a hacerlo; luego cultivábamos nuestros granos; volvíamos a pelear y entonces echábamos nuestros hijos al mundo.

«Pensábamos que estábamos luchando por conservar nuestra libertad, pero también nos dimos cuenta de que no seríamos libres hasta cuando emprendiéramos la guerra final, la única justa, una guerra revolucionaria que destruyera el gobierno y a sus soldados, y llevara el pueblo al poder. Esa es la guerra que debemos desatar ahora.

«Quizá nosotros mismos no alcanzaremos a obtener la victoria, pero si somos verdaderos revolucionarios, estaremos preparando el camino a los que vendrán después de nosotros y que triunfarán.

«Que nuestra actual condición es difícil es tan evidente tanto para ustedes como para mí. La violencia y la represión se nos han venido encima otra vez.

«Por otra parte, las condiciones de la guerra han cambiado. Los militares nos aventajan en todos los dominios, salvo en inteligencia y valentía. Nos superan en número, poseen ingentes recursos y ahora están en capacidad de transportar tropas por aire hasta ponerlas en medio de nosotros. Las ventajas que nos llevan les permite apoderarse de Marquetalia y pueden perfectamente invadir los propios territorios de ustedes y expulsarlos de allá. No digo esto para desanimarlos. Lucharemos tal como lo hemos hecho. Habrá mucho derramamiento de sangre y sufrimientos. No es probable que desde el comienzo podamos derrotarlos.

«Nuestra victoria, que es segura, pertenece al futuro: no sabemos cuándo. El Partido la está preparando, los obreros y estudiantes también, así como aquellos políticos adversos al gobierno del Frente Nacional. Ellos son camaradas nuestros. Cada clase, organización o individuo, todos luchamos según el método preferido, pero inspirados y motivados por idénticas esperanzas y la persecución de idénticas aspiraciones.

«Nosotros somos campesinos y también debemos luchar según nuestro parecer. Sin menospreciar otras formas de lucha, debemos intensificar y extender nuestra actividad guerrillera. Nuestras raíces y nuestro apoyo residen en las masas campesinas, pero nuestro

combate ya no debe ser sólo por estas, sino por la toma del poder en este atormentado país.

«Mientras no lo hayamos conquistado, la guerrilla debe convertirse en la vía permanente de nuestra vida».

Esos hombres, sin instrucción, discutían y juzgaban la política económica del gobierno, las disensiones entre los dos partidos políticos tradicionales, el fortalecimiento de los grupos de oposición, el peligro de una nueva toma del poder por los militares.

Constituyeron una dirección unificada y acordaron contrarrestar la agresión de los militares mediante tácticas de guerrilla móvil. Planearon traspasar el límite de su influencia regional fomentando frentes guerrilleros a través del país. Se llamaron ellos mismos el «Bloque Sur»[14].

Marulanda regresó a Marquetalia, pero había allí un gran número de soldados y tuvo que luchar vanamente y en sitios alejados.

Los camaradas fueron reconfortados por noticias acerca de otros disturbios y protestas a través del país, a causa de lo ocurrido en Marquetalia. La gente admiraba a estos hombres que peleaban por una causa romántica, por su lucha desigual.

Desde una celda de una cárcel de la capital, el Poeta les envió estas líneas:

A Manuel Marulanda Vélez y a Isauro Yosa
y a las mujeres y a los hombres
y a sus penas y a sus victorias
unos presos de aquí les mandan esta rosa.

En diciembre de 1964, dirigiéndose a la XIX Asamblea General de las Naciones Unidas, un camarada y héroe de la Isla de las Antillas [15,] que murió más tarde en tierra extranjera, lanzó el nombre de Marquetalia como signo de reproche a los delegados de la opresión.

Las noticias de su lucha se habían difundido más allá de los mares. Marquetalia ya simbolizaba la resistencia de los hombres contra la injusticia y un día adquiriría el aura de una leyenda.

---

14. Se trata de la Primera Conferencia del Bloque Guerrillero del Sur de Colombia. En la Segunda Conferencia (25 de abril al 5 de mayo de 1966) fueron fundadas las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC).

15. Ernesto "Che" Guevara (1928 - 1967), revolucionario argentino que luchó en Cuba y murió en Bolivia (Nota del Autor)

Ocurrió un acontecimiento inesperado:

Los guerrilleros invadieron la pequeña ciudad de Simacota, en el departamento de Santander, lejos del escenario de nuestra historia, mataron policías y soldados, se apoderaron de dinero, medicinas y armas, arengaron a los habitantes y se fueron. Dejaron un manifiesto llamando al pueblo a levantarse contra el Gobierno del Frente Nacional, firmado en nombre del Ejército de Liberación Nacional.

¿Quiénes eran estos hombres? El Partido supuso que eran renegados de sus filas, extraviados por las teorías falaces de los camaradas de las Antillas. Ellos le habían asestado un golpe no sólo al gobierno sino al Partido, pues ahora existía una actividad guerrillera en el país que no estaba bajo su control.

Marulanda y sus hombres armados se desplazaban por las montañas. A veces llegaban a Riochiquito y luego partían otra vez.

Necesitaban realizar una hazaña sobresaliente que hiciera visible una vez más ante el pueblo del país la desafiante lucha de los camaradas. Debían retar a los militares sin tardanza porque ahora ellos habían invadido El Pato. La invasión se hizo sin el menor pretexto y sin la propaganda de que había sido objeto la campaña de Marquetalia. Ahora los campesinos tenían que huir lejos, desde El Pato, lo que se llamaría Marcha Negra, porque muchos de ellos perecieron.

Marulanda pensaba en la toma de Simacota; esto le daba vueltas en su mente. Evocó las luces de Inzá ardiendo tenuemente contra el cielo nocturno, y abajo el murmullo lejano del río Páez.

Ciro lo respaldó con hombres y armas. Esto fue un error, pero sólo precipitó, sin alterarlo, el curso de los acontecimientos.

Un día de marzo de 1965, el alba encontró a Marulanda con sus hombres en la carretera que va de Belalcázar a Inzá. Eran más de cien hombres.

Era un amanecer gris lleno de un aire frío. Las montañas todavía se hallaban bajo las sombras, misteriosas. De pronto los guerrilleros oyeron acercarse un bus, por detrás. Debían pararlo; si no, los pasajeros hablarían en Inzá de su presencia. Quizá podían hacer bajar a los pasajeros y entrar ellos mismos con el bus a Inzá.

Entre los pasajeros había dos policías escoltando a un preso, y dos monjas maestras de la escuela de la Misión Católica de Inzá. Los camaradas no podían saber eso.

El chofer y los pasajeros vieron la columna de hombres armados, de pie, al borde de la carretera. Quizá los policías creyeron que ellos

querían liberar al preso por lo que dispararon con sus revólveres contra ellos a través de una ventanilla abierta. Varios guerrilleros novicios, sin haber recibido orden de hacerlo, alarmados, abrieron fuego, volviendo añicos el parabrisas y las ventanas del autobús.

Con esa descarga de tiros, Marulanda sintió que algo irreparable había ocurrido y que sería, para siempre, en él una obsesión. Un camarada subió al estribo, echó una mirada dentro del bus, descendió en silencio y asqueado. Dos indios jóvenes de Riochiquito lanzaron un lamento desconsolado.

Marulanda entró al bus, vio a los muertos y a los heridos. Habían matado a las dos monjas. Sus blancos hábitos estaban ensangrentados.

Sintió ahora, como nunca había sentido, la carga aplastante de la responsabilidad de comandante. Atender a los heridos, ir en busca de ayuda médica significaba una muerte segura para todos ellos, el fin de su combate. Los soldados que se hallaban más cerca estaban en Belalcazar; pero quizá la policía de Inzá había oído los disparos. Tenía que tomar ipso facto una decisión: si no, la confianza de sus hombres se desmoronaría.

Los condujo por la carretera abrupta y tortuosa a la pequeña ciudad. Se estaba celebrando la primera misa del día cuando llegaron. Un camarada entró en la iglesia, pidió ser disculpado por las muertes causadas involuntariamente por los camaradas y solicitó firmemente a los congregados que se dirigieran a la plaza de armas. Al mismo tiempo los guerrilleros atacaron el puesto de policía, siendo abaleados por dos policías, el alcalde y el tesorero de la ciudad, que se habían refugiado allí.

Cuando se negaron a rendirse, los guerrilleros los mataron.

Marulanda habló a los habitantes de Inzá desde el balcón de la alcaldía. Les dijo que los camaradas no deseaban hacer daño a nadie, ni a los policías ni a los empleados, y que su entrada allí era de carácter político y por razones de propaganda. Invitó a los habitantes a apoyar la revuelta de los camaradas contra los enemigos del pueblo.

Luego Marulanda se trasladó a la Misión Católica, para manifestarles que lamentaba la muerte de las monjas.

Los guerrilleros quemaron los archivos públicos y los de la policía de la ciudad; se apoderaron de medicinas, armas y dinero de la Caja Agraria. Distribuyeron propaganda subversiva y se fueron.

Los soldados salieron de Belalcázar para perseguirlos; helicópteros registraron a fondo la zona rural, cada cauce y cañón. Estas montañas ofrecían poca protección para hombres acorralados.

Sin embargo, se esfumaron sin dejar rastro.

La Prensa Nacional condenó lo que llamó «masacre de Inzá» y anunció la inminente captura o exterminación de los camaradas. Se decía que se encaminaban en dirección de Riochiquito. Pero también se informaba que habían sido vistos cerca de Gaitania, en las orillas del río Símbola y por entre las nieves del Nevado del Huila.

Poco después de este episodio en Inzá, que originó mucha controversia pública, el Presidente exigió y obtuvo la renuncia de Ruíz Novoa como Ministro de Guerra. Los políticos desconfiaban de las ambiciones políticas escasamente disimuladas de Ruíz Novoa y se molestaban con la intervención de los militares en los asuntos sociales.

Valencia Tovar volvió a Riochiquito. Mantenía relaciones fraternales con la hermana de Ciro. Marulanda y Arenas no estaban muy lejos y les pasó por la mente la idea de secuestrarlo.

Ciro habló detenidamente con el destacado oficial del ejército, quien había contribuido a adoptar el Plan que ahora estaba trastornando la vida de los campesinos. Una vez más Valencia expresó su simpatía hacia el movimiento campesino de Riochiquito y prometió los fondos para la construcción de una escuela. Dijo que los camaradas de Marquetalia habían provocado a los militares para que éstos los atacasen y aconsejó a Ciro ponerse en contra de que se les ayudara. ¿Acaso se estaba refiriendo a Inzá?

«Los campesinos de Riochiquito son respetables y apacibles», dijo él. «Su seguridad está garantizada mientras sigan en tan avisado camino».

Pero eso no era así. Grupos de vigilantes robaban y mataban a los campesinos, a quienes los soldados daban órdenes de no vengarse, pero sin asegurarles su protección.

Una vez más la dirección campesina de Riochiquito se quejó ante los militares y las autoridades civiles. Ellos contestaron con promesas vagas y dijeron que su principal empeño consistía en mantener la paz en la región.

¿Cuál era el valor de su palabra? Los soldados habían atacado El Pato. Habían sido establecidos más puestos del ejército alrededor de Riochiquito. Los campesinos tenían miedo de viajar fuera del territorio.

Ciro sintió que estaba jugando con el ejército una partida que no podría ganar. No debía desafiar a sus contrincantes; debía dar la ilusión de estar guardando cartas que en verdad no poseía, y más

bien conservar las escasas ventajas que les llevaba y esperar que con el tiempo su contrincante quisiera más bien abandonar el juego antes de terminarlo.

Marulanda le dijo que la diplomacia no podía salvar a Riochiquito, que debían prepararse para la lucha.

Los días pasaban, angustiosos días que parecían llevar más al fondo de la incertidumbre y la decepción.

Como consecuencia del ataque de los camaradas a Inzá, Víctor Mosquera Chaux, rico terrateniente, senador por el Cauca y miembro de la Dirección Nacional del Partido Liberal, exigió su expulsión de Riochiquito y dijo que eran bandidos de cuya acción los campesinos pacíficos de Tierradentro debían ser protegidos.

Ruíz Novoa asumió la defensa de los campesinos y acusó a Mosquera Chaux y a otros ricos terratenientes de codiciar sus tierras. Esta polémica llegó al público mediante la Prensa Nacional. ¿Pero, no fue Ruíz Novoa quien ordenó la ofensiva militar contra Marquetalia?

Una delegación de campesinos de Riochiquito viajó a la capital para denunciar las calumnias de Mosquera y proclamar sus intenciones pacíficas. Valencia Tovar envió a Riochiquito fondos con los cuales se edificó la primera escuela.

La Prensa publicaba constantemente noticias acerca de la captura o de la muerte de Marulanda.

Cuando éste las leía, fruncía los labios, prudente, y no decía nada.

Entonces Ciro sufrió una pérdida cruel, personal, venida de la muerte de un hijo y de un sobrino. Junto con otros campesinos, iban por el camino del mercado hacia Pacarní cuando unos vigilantes los mataron.

Ciro soportaba este golpe con fortaleza, aparentemente. ¿El asesinato de cualquier campesino pacífico no era un ultraje vil? Pero esta vez el muerto era de su propia carne y sangre, alguien a quien había dado la vida, y en lo profundo de sí mismo era presa de la desesperación.

Evocó cómo años antes, un campesino tomó a su hijo de quince años de edad, se lo entregó, y dijo:

«Este muchacho y yo hemos decidido que él se va con ustedes, compañero Ciro».

Por las facciones del muchacho, Ciro se dio cuenta de que era hermano de uno de sus hombres muerto recientemente en un combate.

«¿Por qué te vas con nosotros?», le preguntó. El muchacho

contestó:

«Quiero ser un hombre respetado y querido por todos como mi hermano. Él sabía muchas cosas que explicaba en las reuniones que hacía por estas veredas. Decía que las había aprendido con los camaradas».

Ciro quería a Riochiquito, a los indios y a los colonos, y la noble pobreza de sus vidas. Al amanecer solía dar un vistazo a las montañas y pensaba en las palabras exaltadas del Poeta:

Montañas. Sólo montañas. Soledad de cielo y campo.

Los militares ahora aceptaban escoltar y proteger a los campesinos cuando salían del territorio al mercado y cuando regresaban. Pero los soldados no tardaron en comenzar a robarlos e importunarlos. Las bandas de vigilantes se hallaban desenfrenadas.

La dirección campesina escribió al Mayor General Gerardo Ayerbe Chaux, comandante en jefe de las fuerzas militares nacionales. Arenas dictó las cartas y Ciro, casi analfabeta, las escribió difícilmente con su propia letra. Una de ella decía:

«Mientras nosotros pedimos paz, se nos responde con el asesinato de treinta campesinos, cuando solicitamos dieciocho escuelas para la región, se nos responde con dieciocho puestos militares, cuando nosotros pedimos encarcelamiento de las bandas de asesinos, se nos responde con la oficialización de esas bandas».

Ayerbe Chaux contestó a la dirección y dijo que según los militares, los campesinos de Riochiquito eran laboriosos y apacibles, y que no tenían por qué temerles.

De la noche a la mañana, soldados del Batallón Nacional penetraron en el territorio hasta una localidad llamada El Quicuyal e instalaron allí un puesto avanzado. Habían hecho esto, dijeron, para proteger a los campesinos de los «Pájaros». Las autoridades militares apresuradamente legitimaron esta acción mediante la creación de un Comando Militar de Tierradentro.

El bloqueo militar y económico de Tierradentro fue total. En El Quicuyal, los soldados custodiaban el último camino de salida de los campesinos.

Los camaradas pensaron en organizar una marcha campesina hacia la capital para exigir que se terminaran las intimidaciones militares.

Escribieron cartas al Congreso de la República, a las autoridades

eclesiásticas, a los sindicatos, a las universidades y a la Prensa Nacional. Habían hecho lo mismo en Marquetalia, pero sin provecho. En una última carta a Ayerbe Chaux decían:

«En Riochiquito, señor General, los mandos militares y el gobierno van a sufrir una nueva equivocación, porque de la misma manera que hemos defendido con pasión y ardentía la paz, vamos a demostrar de lo que somos capaces si se nos es impuesta la guerra».

El Partido hizo un llamamiento al pueblo, al país, para que demostrara su apoyo a los campesinos y condenara a sus agresores. Pero los camaradas de Riochiquito sabían que el pueblo no los iba a ayudar. Los militares no le temían. Los soldados ya habían llegado al río Guayabero.

Ciro, Marulanda y Yosa, habían sido designados por la dirección campesina para organizar la defensa de Riochiquito. Ciro era el comandante supremo.

Ya la dirección había invitado a los civiles a evacuar el territorio, pero los indios no obedecieron. Los indios no dejarían sus tierras sino cuando vieran a los soldados cara a cara.

Los tres comandantes sabían que la resistencia de Riochiquito podía ser únicamente simbólica. Los camaradas habían tratado de combatirlos allí anteriormente: pero ahora, miles de soldados iban a invadir el territorio por tierra y por aire. Emprender una guerra móvil prolongada era cosa fuera de su alcance. Podían sólo aguardar el ataque de los soldados, matar a cuantos más pudieran y luego retirarse a otras regiones.

Su primera tarea era precisar las rutas por donde los campesinos pudieran escapar al iniciarse la ofensiva.

Los campesinos llevaban reservas de comida para las montañas y desplazaron a sitios seguros el ganado. Pero los militares habían aprendido de su campaña en Marquetalia. Atacarían a Riochiquito antes de que los campesinos hubiesen cosechado y recogido sus granos. Sin el indispensable abastecimiento de la naturaleza, la resistencia de los campesinos contra los soldados no duraría mucho.

Había trescientos combatientes campesinos en Riochiquito, la mayoría indios sin experiencia, quienes habían sido entrenados por los camaradas durante los últimos meses para luchar, o colonos que deseaban luchar. Si éstos hubieran sido tantos en Marquetalia, los militares no hubieran podido someterla. En Riochiquito no eran suficientes.

Los soldados llegarían probablemente del oriente y del sur de El Quicuyal y a lo largo del cañón del río desde Rionegro. El Comando

Guerrillero estudió el terreno, el margen de posibilidades para la defensa. Desplegaron hombres en doce posiciones tácticas, cerca de El Quicuyal, por encima del cañón, y en sitios en donde el enemigo podría intentar colocar tropas. La mayor parte de estos puestos se encontraban en las crestas de las colinas, mi-rando hacia el caserío de Riochiquito. Los camaradas también habían aprendido de su combate en Marquetalia.

Los combatientes se dividieron en escuadrones de dos o tres, y a veces en número superior. Las familias indias que vivían en las cercanías les proporcionaban alimentos. Ya algunos sitios habían sido destinados para refugio, listos para el momento en que empezaran los bombardeos. Los cuarteles generales de los guerrilleros eran algunas caletas construidas apresuradamente.

Cuando hubieron hecho todo lo que les era posible hacer, se dispusieron a esperar.

Fue la mejor época del año.

La luz del sol bañaba el campo con rayos ardientes. El aire teñido de azul relucía como nuevo. Danzaba y fluía por encima de todo, como una corriente dorada, sobre las faldas de las colinas, ranchos, bohíos y los cultivos madurando en los campos.

Las golondrinas picoteaban las hojas, cazaban mariposas y dejaban algunas plumas entre las ramas espinosas. Las serpientes dormitaban en los áridos, pedregosos barrancos, los insectos zumbaban y bordoneaban.

Todo estaba dominado por la belleza y el buen ambiente, por la quietud y el silencio. En el campo no había signo de voz humana ni de rítmico trote de mula, ni de hacha golpeando árbol. Los campesinos permanecían cerca de sus moradas.

En esas apartadas y relucientes montañas no había nada extraño ni hostil. Por la noche las montañas daban la impresión de un espacio límite. Grabadas en la oscuridad transparente eran como grandes olas en que los sueños de felicidad de los hombres deberían viajar tranquilos bajo las estrellas amistosas.

Los combatientes encontraban pesada la espera. Los tres comandantes visitaban las posiciones de los guerrilleros para inspeccionar sus preparativos y comunicar bríos a sus espíritus. Esas inspecciones duraban varios días. Regresaban a sus cuarteles generales cansados, con los ojos rojizos por falta de sueño.

Una tarde los tres hombres se sentaron y escuchaban el canto del río que llegaba hasta ellos en la oscuridad, y hablaron del futuro.

«Los años que se avecinan van a ser duros para nosotros», dijo Marulanda. «Debemos encontrar nuestro camino hacia otras regiones y establecemos allá. Los campesinos que nos han sostenido tanto tiempo, serán dispersados. Nuestras propias fuerzas podrán ser separadas y sin duda serán perseguidas.

«Sin embargo, todos los grupos guerrilleros del Partido o lo que queda de ellos, deben unirse para constituir una sola fuerza combatiente, con un solo comando militar y político, dispuesto a hacer una guerra permanente. Ese es nuestro futuro. Riochiquito es sólo un paso en esa vía. Tenemos que sacar nuevas fuerzas de nuestra derrota».

Después de un prolongado silencio, Yosa dijo:

«Esa es una cita que no voy a cumplir, Manuel».

«¿Acaso los soldados van a matarlo a usted, Isauro, viejo guerrero?», le dijo en broma Marulanda.

«No», dijo Yosa. «Es el tiempo el que me va a matar. Los años ya me pesan bastante. No puedo realizar aquello que los camaradas esperan de mí. Mis hijos deben tomar mi puesto. Me los voy a llevar y a criarlos, y un día se los mandaré a usted».

Ciro, quien había perdido un hijo y Marulanda, tan joven que hubiese podido ser hijo de Yosa, miraron tristemente a este camarada que había consagrado su vida a la causa de los campesinos y que ahora pensaba dejarlos.

Oyeron por radio un violento ataque verbal contra Ciro y los campesinos de Riochiquito, algo que no había ocurrido antes. Se decía que ellos eran bandidos, lacayos de un gobierno extranjero. Una vez más los propios militares eran quienes habían entrado en guerra.

Sus helicópteros sobrevolaban, buscando a los camaradas, estudiando el terreno. Con las informaciones que recogían, el ejército podría planear su ofensiva.

El 10 de septiembre de 1965 los soldados del Batallón Nacional avanzaron desde El Quicuyal y se presentó la primera escaramuza. Los camaradas trataron de detenerlos, pero eran numerosos en demasía y tomaron el punto denominado Los Ponos.

Los helicópteros continuaban su reconocimiento. Los combatientes oyeron el estampido de un cañonazo, a lo lejos, pero no lograron localizarlo. Quizá era una manera de desalentarlos. No habían visto soldados desde su salida de El Quicuyal.

Un helicóptero lanzó un mensaje para los camaradas de parte

del coronel Petronio Castilla, comandante de las operaciones militares enemigas. Pedía que Ciro y otros miembros de la dirección campesina de Riochiquito fueran a conferenciar con él. Pero los camaradas se negaron a ir a El Quicuyal mientras el ejército estuviera en el territorio. Su mensajero regresó con la respuesta de Castilla: las hostilidades iban a empezar.

Cuatro bombarderos y cuatro aviones de combate atacaron las posiciones de los guerrilleros. Nunca habían visto aviones de combate de ese tipo: pequeños, con un extraño morro puntiagudo, con alas traseras, más veloces que un rayo de luz en el agua. Descendían en picada con un espantoso chillido y antes de que el eco de sus cañones se hubiera extinguido, daban la vuelta, listos para regresar.

Los soldados desembarcaron en un sitio llamado La Estrella, en una cumbre, mirando al caserío de Riochiquito. Debido a que no podían defender el caserío los habitantes incendiaron las construcciones de madera y la escuela que tanto habían anhelado tener. Una gran columna de chispas y humo gris se levantó de las cabañas ardiendo y se mantenía como una nube espesa por encima del cañón. Al día siguiente, los soldados entraron en lo que quedaba del caserío.

Los camaradas todavía no habían abordado al enemigo. Sus helicópteros habían descubierto la mayoría de sus posiciones y los soldados los estaban evitando sin que ellos se dieran cuenta.

Amparados por operaciones aéreas, de transporte, bombardeo y fuego de ametralladoras, los soldados habían avanzado sin encontrar resistencia, a lo largo de las orillas del río y a través de barrancos de las montañas, hasta alcanzar puestos que los camaradas hubiesen considerado sin importancia. No avanzaban en gran número sino en pequeños contingentes, y estaban consiguiendo su objetivo que era ocupar el territorio a bajo costo para ellos y aislar las posiciones de los guerrilleros.

Esta fue la estrategia que el ejército utilizó. No querían enfrentarse a los combatientes campesinos hasta cuando éstos no tuvieran manera de escapar. No quemaron ranchos, ni bohíos, ni cultivos por donde pasaron. Los camaradas no podían calcular el avance de los soldados. Deseaban atacarlos, pero no podían verlos. Se hallaban frustrados y, al fin y al cabo, derrotados por esta táctica.

Durante dos días hubo una calma aparente, sin bombardeos: pero los camaradas sospechaban que las tropas seguían activas.

Un velo de humo azulado se extendía por encima de las laderas y recordaba la quema del pueblo. Los camaradas trasladaron su

cuartel general a un bosque, al borde del cañón. Las familias de los campesinos se congregaron allí.

Al cuartel general llegaron noticias procedentes de varias posiciones de los guerrilleros, de que campesinos habían solicitado refugio al lado de ellos también; pero que corrían peligro de ser cercados por los soldados que al fin se habían mostrado desde las cumbres y que se estaban acercando.

Los tiros repercutían de barranco en barranco, de ladera en ladera; bocanadas de humo blanco se alzaban donde caían los proyectiles: y los aviones de combate atacaban de nuevo.

Esto fue la señal del fin.

Ciro ordenó la evacuación inmediata de los campesinos. Los que decidieran quedarse en la región lo harían asumiendo su propio riesgo, dijo. Envió a combatientes para proteger la retirada de los civiles y acondicionarles el primer campamento en las montañas. Era el 22 de septiembre.

Los campesinos acudieron de todos los lados del cañón y atravesaron las alturas desde el área de Mazamorra, punto en donde ellos habían tenido una estancia importante. Confluían y se reunían, empujándose unos contra otros y amontonándose en el camino debajo del cuartel general de los guerrilleros. De allí se marchaban por entre los árboles hacia las montañas.

El tiempo iba a cambiar rápido, pero el cielo estaba todavía de un azul pálido sin nubes; por todas partes la misma odorífica aridez, los mismos resplandecientes ramajes quemados por el sol.

Los primeros en llegar eran campesinos que venían a caballo o en mula. Llevaban comida, petacas, sal, vasijas de terracota, guitarras, lo indispensable y lo trivial. Los niños más pequeños iban montados encima de estas cosas o en hombros de los campesinos. Algunos campesinos se llevaron pequeños animales, aun sabiendo que iban a tener que abandonarlos. Adelante estaba un camarada encargado de matar los perros.

Los campesinos marchaban en tropel, empujando por todos lados, algunos apresurándose, otros morosos, algunos lamentándose, pero la mayor parte de ellos silenciosos, estoicos. Entre ellos había campesinos que habían estado en otras marchas, que estaban al tanto de tales calamidades. De la tierra, con el arrastrarse de sus pies se levantaba un polvo blando, movedizo, así que los rostros, las voces y las pisadas, se mezclaban en una nube blanca, desplazándose.

No habían previsto rumbo e irían a donde los camaradas los llevaran, quizá hacia el río Ariari, e ignoraban cuántos días serían

necesarios, cuánto esfuerzo, para llegar allá. Para ellos, sus vidas no estaban sujetas a causas y efectos, sino a la fatalidad.

Los indios, descalzos, llegaban con su andar al trote, que no era correr ni caminar, torcidos, doblegados bajo sus bultos pesados, atados con mantas de lana. Los infantes miraban con ojos de una inocencia cariñosa.

Avanzando juntos, indios y colonos parecían estar unidos por un destino común, indiferente a la condición racial.

A medida que caía la noche, las figuras encorvadas de los indios, hombres o mujeres, se volvían indistinguibles y parecían esculpidas en una permanencia eterna. Sus rostros, pacientes y tristes, se fundieron en uno, imagen de infortunios sin fin, víctima de la Historia del hombre blanco.

Dos días después, tropas transportadas desembocaron por aire a lo largo del río Narváez y otras avanzaron al área de Mazamorra.

Yosa se encargó de una comisión destinada a evacuar a los guerrilleros de sus posiciones. Hernando González, joven camarada enviado desde la capital por el Partido, asumió un cargo similar y los soldados lo mataron.

El ejército ocupó por completo a Riochiquito. Los campesinos que habían huido ya estaban en la cordillera. Los camaradas que los escoltaban mataron sus animales, último rastro de la tierra que estaban dejando atrás.

Fue también el momento de irse para los guerrilleros. Todavía quedaban civiles con ellos. Aquellos cuyas vidas no estaban en peligro fueron devueltos a sus ranchos o bohíos, los otros siguieron con los guerrilleros.

Se fueron a Mazamorra y de allí abrieron un camino a través de la selva, a igual distancia de uno y otro, entre dos puestos avanzados que los soldados acababan de instalar. Era la última vía posible para escaparse. Llegaron a un sitio en donde habían almacenado munición y víveres, que llevaron consigo.

Los combatientes se dividieron en cuatro columnas, cada una de las cuales se encaminaría finalmente a una región diferente. Era el 2 de octubre de 1965.

Hemos llegado al fin de nuestro relato, que hemos escrito en homenaje a hombres valientes y a un pueblo noble. Se ha tratado de destinos oscuros y de no celebradas guerras entre las tinieblas y la luz, el honor y la ofensa. A partir de hoy la luz se apagará a veces y el honor se perderá con frecuencia.

Los tres comandantes salieron, cada uno al frente de una

columna de hombres: Yosa hacia la vejez definitiva, Marulanda hacia un incierto renombre y Ciro hacia su muerte.

Entonces, el viento suave de la montaña, aquel que trae la lluvia, agitaba las hojas de los árboles y la hierba crecida y susurraba tan bajo que sólo el Poeta tenía oídos para oírlo:

«Colombia. Colombia. Colombia»